



Así me enseñó Dios a caminar

Magdalena Montaña de Dillon

Así me enseñó Dios a caminar

Magdalena Montaña Trias de Dillon

Índice

Agradecimientos	5
Prólogo	8
Introducción	13
<i>Infancia</i>	27
1. El inicio de la familia	28
2. Llega la cigüeña	37
3. Se perfila un héroe	51
4. Terapia de calidad	60
5. Inicia la vida escolar	64
6. Otra vez llega la cigüeña	66
7. Puerto Aransas	71
8. Primaria, Primera comunión y travesuras	77
<i>Adolescencia</i>	88
9. Clínica Mayo	89
10. Silla de ruedas	109
11. Familia en acción	123

<i>Juventud</i>	131
12. Ajedrecistas de corazón	132
13. Florece la juventud	135
14. Llueven el cielo y el corazón	143
15. Nuevos retos en la UDEM	146
16. Prácticas profesionales en CEMEX	149
17. Graduación y Reconocimientos	152
<i>Adulto</i>	164
18. Un nuevo AMIGO	165
19. Relación padre-hijo	170
20. Aparece “El Canario”	175
21. El día a día familiar	178
22. Se desgrana la mazorca	187
23. Independencia	189
24. Coro de Santa Engracia	193
25. Viajero de corazón	196
26. Vida laboral en CEMEX	215
27. Un regalo de antología: nueva silla	221
28. S.S. San Juan Pablo II se encuentra con Bernardo	228
29. Melancolía	234

<i>Regreso a la casa del Padre</i>	237
30. Anuncio de su partida	238
31. En la Plenitud de Dios	242
32. La despedida	249
Epílogo	258
Testimonios	276

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi queridísimo esposo BOBBY por su amor alegre y siempre fiel durante nuestra vida matrimonial. Su calidad humana y nobleza de corazón impulsaron a la familia a un pronto y generoso servicio en la vida de Bernardo.

Gracias a ROBERTO, MAGDALENA, FERNANDO, JESÚS EDUARDO, LUIS GUILLERMO y PATRICIA, mis amados hijos e hijas, por su incondicional entrega y constante empatía para con su hermano.

Gracias a los cónyuges de mis hijos por su solidaridad y cariño.

Gracias a nuestras familias Dillon Barrera y Montaña Trías por su cercanía y apoyo.

Menciono en forma general porque por ningún motivo quiero dejar a nadie fuera: TODOS los AMIGOS que como ‘ángeles de la guarda’ acompañaron a Bernardo durante las diversas etapas de su vida. Nuestro corazón y memoria familiar tienen una deuda de gratitud para todos y cada uno.

Gracias a nuestras amistades, su oración y cariño fueron un bálsamo y un sustento en nuestro diario vivir.

Gracias a nuestros queridos Lasallistas, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y a la Universidad de Monterrey, por la formación humana, espiritual y académica que le brindaron a Bernardo.

Gracias a CEMEX y en especial a los compañeros de trabajo de Bernardo, por la aceptación y apoyo incondicional que le ofrecieron durante ocho años que laboró para la empresa.

Por la elaboración de este escrito que terminó en libro agradezco a Homero Hinojosa que me asesoró en sus inicios. Gracias a Juan Rodrigo Llaguno por la edición inmejorable de las fotografías. Gracias a Virginia Lima por su excelente cooperación y diseño para la portada. Gracias a la Imprenta Litografica Matamoros por su ayuda pronta y eficaz para

los últimos ajustes e impresiones de este libro.

Gracias a María del Mar Rodríguez que con tanto entusiasmo tomó mis afanes y marcó las pautas por las que debía recorrer el camino de escribir este libro.

Gracias a Nena, mi hija, que se puso de mi lado hombro con hombro y me motivó, empujó y hasta me ‘exigió’ que terminara lo que con tanta ilusión tenía en el corazón y que no acababa de fraguar.

Quiero hacer una mención especial a mi mentora, mi querida nieta Susy, que como buena editora agarró el asunto por su cuenta y me corrigió, me impulsó y me ayudó a concretar este proyecto que rondaba mi corazón desde hacía 30 años.

De rodillas y con el corazón en la mano agradezco a NUESTRO SEÑOR JESÚS, que me ha acompañado durante este proyecto y toda mi vida.

¡JESÚS SALVADOR DE LOS HOMBRES!
¡SÁLVALOS, SÁLVALOS!

PRÓLOGO

Bernardo, mi hijo, es el personaje central del libro que está hoy en tus manos. Él es cuate y el cuarto de una familia de 2 niñas y 5 varones.

Es oportuno comentar que durante muchos años y quizá hasta finales de la década de los '80 la integración de las personas con discapacidad era prácticamente inexistente. Tristemente se veía a una persona con discapacidad como algo vergonzante y la mayoría de ellas estaban recluidas en sus casas o en instituciones especiales. La sociedad veía y trataba a las personas con discapacidad como 'inferiores'; se hablaba de ellas veladamente y a hurtadillas, se les mencionaba como: 'minusválidos', 'enfermitos' o 'pobrecitos'. Cuando se presentaba el caso, no solamente los niños, sino también los adultos, se le quedaban mirando a la persona con una actitud de lástima o de rechazo, y en ocasiones se pasaban de largo como si la persona fuera invisible. Los edificios escolares, las Iglesias, los centros comerciales o de trabajo, no contaban con rampas ni accesos que facilitaran el traslado de las personas con discapacidad. En los estacionamientos tampoco tenían lugares reservados con este fin y mucho menos existía transporte público adecuado para darles servicio.

Bernardo nació con Distrofia Muscular Duchén; es una enfermedad que se presenta desde el nacimiento y provoca deficiencia progresiva y rápida en el sistema muscular, causando con los años una discapacidad física severa que ocasiona una muerte prematura. Todos los movimientos conscientes e inconscientes del cuerpo humano están sustentados y regidos por el sistema muscular. Debido al deterioro físico que día a día va en aumento, la persona con Distrofia Muscular Duchén, tendrá que depender de otros para vivir. Bernardo durante todo el transcurso de su vida, paulatinamente fue necesitando de más y más ayuda para realizar las actividades elementales para subsistir como: beber, comer, bañarse, afeitarse, peinarse, rasurarse, cepillarse los dientes, rascarse, vestirse, levantarse, acostarse, moverse en la cama, entre otros. Hasta llegó a necesitar un popote porque ya no podía levantar la cabeza para

beber el líquido.

*“Hagamos un elogio a
aquellos hombres ilustres
cuyos méritos jamás
serán olvidados; han
dejado un recuerdo que
se prolonga por todas las
generaciones.”*

(Sir, 44)

Hay personas que vienen al mundo con una misión tan importante y dejan tanto impacto en las personas que las rodearon, que es una responsabilidad y un honor pasar el legado de su vida a las futuras generaciones. Esta es la razón por la que hace 30 años me hice el propósito de escribir sobre Bernardo. Durante varios años este proyecto se quedó dormido en el cajón por diversos motivos, en ocasiones afilaba el lápiz y lo retomaba, pero no lo terminaba de concluir. Hace unos cuatro o cinco años, Fernando, mi hijo que es cuate de Bernardo, regresó de un viaje a Tierra Santa y en el entramado de sus comentarios a la familia, nos confió:

—Les platicué de la vida de mi cuate, Bernardo, y una persona me dijo que: “ESA VIDA hay que darla a conocer”.

La frase “**esa vida hay que darla a conocer**” se me quedó como dardo clavada en el corazón, como si el mismo Señor Jesús me la hubiera lanzado. Me sentí ingrata por haber dejado pasar tanto tiempo sin compartir la heroica vida que Bernardo vivió llevado de la mano de Dios.

¿Por qué escribir sobre Bernardo? La siguiente anécdota dará un poco de luz del porqué de estas líneas. Un amigo de Fernando le platicó que cuando estaban en preescolar, al ver que Bernardo caminaba distitno al resto sin entender el porqué, le hizo la siguiente pregunta:

—Bernardo, ¿por qué caminas así?

—*Porque así me enseñó Dios a caminar.* —Bernardo respondió.

Esta respuesta profética es la clave, el eje central de la vida de Bernardo. Su vida no fue un jardín de flores, ni una tarde en la playa; su vida fue de lucha y esfuerzo, sin tregua ni descanso, en el combate del diario vivir. Lo maravilloso es que en ‘ese’ diario vivir, de forma exponencial, **Dios estuvo presente**. Él fue quien lo fortaleció y le dio perseverancia en su progresiva debilidad y en los constantes desafíos. Él fue quien lo consoló y le dio paciencia en sus tristezas y soledades. Él fue quien le dio alegría y esperanza en sus sueños y proyectos.

*“El Señor lo llevó como en alas de águila,
lo cuidó como a la niña de sus ojos
y lo protegió en el hueco de su mano.”*
(Salmo 91)

Bernardo desde niño aprendió a ir echando moneditas de oro en su alcancía del cielo, cada vez que la vida le presentaba: un reto por lograr, un dolor que aguantar y un deber en el que tenía que perseverar. Con esas moneditas que él iba depositando, Dios le fue acumulando gracias que en el transcurso de su vida se centuplicaron en favor de él mismo y que con generosidad nos compartió.

El año en el que nacieron los Cuates, empecé a asistir a un grupo de mamás jóvenes que queríamos aprender cómo educar a nuestros hijos y recibir también formación espiritual según la Espiritualidad de la Cruz. Esta espiritualidad se fue permeando en la familia y Bernardo a cuenta gotas, desde su inocencia infantil hasta su madurez de adulto, la vivió unida a

Cristo Jesús, ofreciendo su día a día para alcanzar gracias en favor de los hombres.

¿Cómo era Bernardo? Bernardo disfrutaba de la vida, era muy simpático y tenía muy buen sentido del humor, alguien con quien cualquiera gustaba de estar. Sabía escuchar y comprender, sin interrumpir ni juzgar. Su humildad era admirable y su paciencia extraordinaria. Nunca hacía sentir al otro mal porque estuviera molesto o enojado por algo que le hubiera hecho, más bien perdonaba sin necesidad de que le pidieran perdón. Bernardo estaba dotado de una inteligencia excepcional, llegó a ser una persona muy culta que con sencillez comunicaba sus amplios conocimientos. Era generoso con su persona, con su tiempo y sus bienes, siempre estaba dispuesto a compartir con todos. Su fortaleza era heroica, sin alardes ni quejumbres, enfrentando continuamente los embates y los retos que la vida le presentaba.

Por medio de estas líneas deseo expresar mi profunda gratitud a Dios que nos respondió el gran ¿PARA QUÉ? de la vida de Bernardo. Dios tomó de la mano a Bernardo, el instrumento más débil de la familia, para que nos enseñara a vivir en armonía unos con otros y en presencia de Dios.

INTRODUCCIÓN

¿Qué usaré para el baile? Definitivamente me pondré el vestido planchado y colgado de top y saquito rojo, la falda ampona de color blanco con bolas rojas, que estaba esperando el momento en que yo me arreglara. ¿Me pondré tacones altos o no? Mis primeros zapatos de tacón alto estaban hermosos, al frente tenían como malla con unas florecitas bordadas en color beige y café, el talón estaba descubierto. A mis diecisiete años, era la primera vez que usaría tacón alto y estaba muy indecisa de usarlos porque me preocupaba que un muchacho más bajito que yo me sacara a bailar.

Finalmente llegó la hora, me emperifollé, me puse mis tacones altos y me fui con las amigas al baile. El Casino de la Laguna en Torreón, Coahuila, se había vestido de gala para recibirnos: los candiles estaban encendidos, había muchísimas flores y las mesas alrededor de la pista lucían manteles de diferentes colores. El Baile de Verano era uno de los bailes más esperados del año porque los jóvenes que estudiaban fuera habían regresado a Torreón para las vacaciones.

Al entrar al salón, la Orquesta de Santiago tocaba un *blues* de aquella época. Buscamos a las amigas que ya estaban en una mesa frente a la pista y nos acomodamos. Había muchas parejas bailando y como sin querer queriendo me puse a ver a los bailadores; me llamó mucho la atención un muchacho, que además de estar muy alto estaba guapísimo y también bailaba muy bien.

—¿Quién es el que anda bailando con Gelis? – pregunté con disimulo.

—Es Bobby Dillon—respondió Chelo.

Ese nombre... ya lo había escuchado en algún momento: cuando platicábamos de los muchachos más guapos y populares.

Al terminar la tanda de cuatro piezas, las parejas regresaron a sus mesas. Con la mirada empecé a recorrer el salón. De pronto, mis ojos se encontraron con unos ojos

que me sonreían y su dueño era nada más y nada menos que... Bobby Dillon. Sin el menor aspaviento, seguí con mi trayectoria visual. Obviamente, la curiosidad me ganó y volví la mirada hacía aquellos ojos que sentía que me llamaban; al encontrarme nuevamente con ellos, su dueño sonriendo me hizo una discreta seña, que en aquella época se acostumbraba, para pedirme la siguiente tanda; le sonreí y con la cabeza asentí muy modosamente.

Me uní a la conversación de las amigas, que estaban chirinoleando sobre los asistentes, los vestidos y los peinados. Sin embargo, no dije nada de lo que acababa de suceder, *it was to good to be true*. Siempre he pensado que no hay que cacaraquear el cuete porque se ceba.

La orquesta empezó a tocar y el joven que me había pedido la tanda se vino de balazo; cuando estuvo frente a mí, muy cortésmente se inclinó y me ofreció su mano, le di la mía y me levanté. Nos dirigimos al centro de la pista y al empezar a bailar la música con sus acordes nos envolvió como si flotáramos entre nubes, como si hubiéramos bailado juntos toda nuestra vida.

Estuvimos bailando un rato, se me quedó viendo y muy formalmente me preguntó:

—¿Usted es Anita Montaña?

Debido a las circunstancias me pareció curioso que me preguntara si yo era Anita y le respondí:

—No. Anita es mi hermana y se casa el próximo sábado, yo soy Magdalena.

Miró hacía donde estaba su amigo, seguramente fue quien le dio la información equivocada y meneó la cabeza. Ahora era mi turno, así que muy casualmente pregunté:

— ¿Usted es Bobby Dillon?

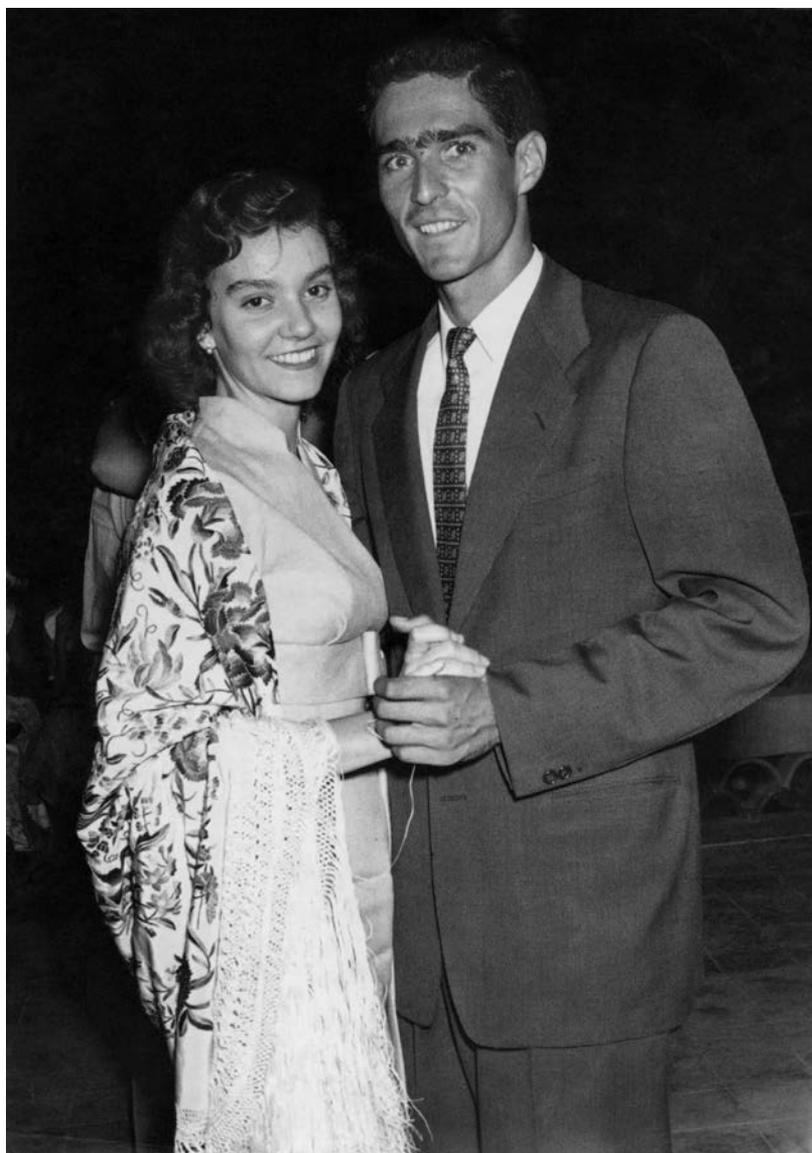
—Roberto Dillon, para servir a usted—me contestó con

una formalidad pasmosa, casi golpeaba los talones al decirlo.

A mí me hizo gracia tanta solemnidad y dije para mis adentros: “Caramba, qué formal”. Seguimos bailando, gozando la facilidad de como coincidimos en la cadencia de la música y los pasos. Platicamos un poco de nuestra vida: estudios, trabajo y aficiones. Él me contó que tocaba el violín, lo cual me encantó, y que había estado en la aviación en Estados Unidos. Yo le comenté que estaba estudiando en un internado y que hacía unos días había regresado de vacaciones. Antes de que terminara la tanda me pidió que si le daba la siguiente, y la siguiente... y así sucesivamente, por lo cual bailamos toda la noche. Este encuentro inicial quedó grabado mágicamente en nuestras mentes y corazones, al paso de los años cuando lo recordábamos siempre coincidíamos que esa noche nos enamoramos el uno del otro. Él decía que había percibido en mí un aroma de pureza que le atraía, y sonriendo decía:

—También de tu cinturita.

—Yo me enamoré de tu mirada, porque en el fondo de tus ojos verdes percibí la nobleza de tu generoso corazón —le comentaba.



Era tradición que los jóvenes fuéramos de paseo a la Plaza de Armas los jueves y domingos de nueve a diez de la noche. La banda municipal tocaba en el quiosco y amenizaba la velada. Las muchachas caminaban del lado exterior de la plaza y los muchachos por el interior. Cada media vuelta, cuando se encontraban, se saludaban y sonreían; con estos gestos y saludos se delataban aquellos que empezaban a pretenderse. Los muchachos más grandes casi siempre se recargaban en un coche para ver pasar a las muchachas. Las parejas acostumbraban a caminar por donde las muchachas o se sentaban en una banca a platicar. Andar por en medio de la plaza no era correcto ¿por qué? no lo sé, pero así era.

Al día siguiente del baile fui con mis amigas al paseo tradicional de los domingos en la Plaza. Bobby estaba allí con sus amigos, recargados en un coche. Al cruzar nuestras miradas obviamente nos saludamos y sonreímos. Cuando volví a pasar se encaminó hacia mí al verme y me pidió que si me podía acompañar. Sin dudar, acepté. Me separé de mis compañeras y nos pusimos a dar la vuelta. Después de un rato de estar platicando me preguntó:

— ¿Te puedo llamar?

—Sí, claro que sí —contesté.

Como en Torreón no había muchos teléfonos no batalló para localizarme y la siguiente semana hablamos todos los días.

Yo traía el brete que durante nuestro primer encuentro le había dicho a Bobby que Anita, mi hermana, se casaba el siguiente fin de semana, pero no lo había invitado y se me hacía una falta de educación, por otro lado, no me quería ver muy aprontona, pues nos acabábamos de conocer. Le estuve dando vueltas, al fin me armé de valor y le llevé la invitación a su casa. Bobby asistió a la boda, estuvimos juntos durante el banquete y bailamos todo el tiempo. Obviamente, Mamá se empezó a sospechar que había algo de por medio, así que cuando llegamos a la casa me preguntó al respecto.

Durante las siguientes tres semanas Bobby y yo hablábamos por teléfono todos los días, nos veíamos los jueves en la plaza, y los domingos en Misa de doce, en el cine por la tarde y en la Plaza por la noche. El domingo 19 de julio, después de dar varias vueltas en la Plaza, Bobby señaló una banca y me dijo:

—Mira allí hay una banca vacía, ¿nos sentamos?

Seguimos platicando de mil cosas y de pronto, sin decir “*agua va*” me preguntó:

—¿Quieres ser mi novia?

Sorprendida me quedé en silencio, parpadeé, para digerir lo que me acababa de proponer y sin pensar respondí:

—Vuélvemelo a preguntar.

Ahora, a él, le tocó el turno de sorprenderse, parpadear y volver a preguntar:

—¿Quieres ser mi novia?

—Sí, Bobby —contesté muy sonriente.

Sin más preámbulos ni pormenores, iniciamos nuestro noviazgo que duró cuatro años. Después de los años, cuando recordábamos ese momento, Bobby siempre me echaba mosca por esa primera respuesta tan absurda. Hasta el día de hoy no sé porque lo hice. Seguramente fue una muletilla para ganar tiempo y caer en cuenta lo que estaba sucediendo. Como que no me la creía.

En esos días, Bobby fue a hablar con Papá para pedirle permiso de ser mi novio y visitarme en casa. Papá con esa solemnidad y al mismo tiempo sencillez, que lo caracterizaba, platicó un rato con él y luego autorizó nuestro noviazgo y las visitas. Aquel feliz verano del '53 llegó a su fin, estuvo lleno de fiestas, paseos y especialmente mi noviazgo con Bobby. Y también se llegó el momento de regresar a Loretto Academy

en El Paso, Texas para terminar mi último año de High School.

Los papás de Bobby se habían divorciado hacía unos cuatro o cinco años y en ese entonces el ambiente para las familias de los divorciados era muy negativo. Por lo cual a principios del '54, Bobby y su Mamá vieron la conveniencia de vivir en Monterrey con el fin de brindarle a la familia más estabilidad emocional y mejores oportunidades de estudio y trabajo. Concluidos mis estudios regresé a casa; Bobby ya no vivía en Torreón, sin embargo, casi cada fin de semana se iba de raid con algún amigo o tomaba el autobús para irme a ver. Llegaba el sábado a mediodía y se regresaba el domingo en la noche, ese tiempo lo aprovechábamos al máximo: bailes, plaza, cine, misa o iba a la casa de visita y con frecuencia comía con nosotros.

Una tarde estábamos platicando en la Plaza, en ella había un árbol que en primavera da unas flores color lila y en el otoño suelta unas bolitas verdes, es similar al canelo. De pronto, Bobby arrancó una bolita, se la puso en la boca, la masticó y se la tragó. Me le quedé viendo e incrédula le cuestioné:

—Hay sí... ¿apoco se comen?

—Son deliciosas, ¿nunca las has probado?

Me le quedé mirando con bastante suspicacia y al tiempo que me ofrecía una, dijo:

—Pruébala.

Condescendiente, pero cautelosa, la mordí con la punta de los dientes.

—Uff...qué cosa más horrible —dije.

Enseguida la tiré al suelo y hasta me estremecía de lo amargo, acido o sabe Dios qué. Él soltó la carcajada y me hizo un cariño en la mejilla, mientras sus sonrientes ojos me veían con mucha ternura pidiendo perdón.

El asunto no quedó allí. Poco tiempo después fuimos al cine, cuando ya habían apagado las luces y estaba la función por iniciar, saqué una bolsita con unas nueces de la india con chispitas de sal y le ofrecí. Bobby tomó varias, se las puso en la boca y las empezó a masticar; yo me moría de risa. Al darse cuenta que eran de hule las escupió y muerto de risa me miró como diciendo: “vas a ver”. Este tipo de incidentes siempre estuvieron presentes en nuestra vida.

La mayor parte de nuestro noviazgo lo vivimos separados, Bobby en Monterrey y yo en Torreón y por medio de las cartas semanales escritas con tanto gusto y esperadas con suma impaciencia, aprendimos a comunicarnos el diario vivir y a expresar nuestro cariño que crecía paulatinamente. Sin embargo, las situaciones de conflicto que cada pareja tiene en esta época de la vida no faltaron; fueron tiempos de prueba, crecimiento y esperanza.

En la Navidad de 1956 Bobby fue a Torreón y me llevó de regalo un precioso arreglo de mesa. Era un tronco con flores y varios detalles. Muy contento me mostraba los adornos al tiempo que me decía:

—Mira estas piedritas brillantes que están aquí.

En ese momento pensé: “es el anillo”. Para entonces ya habíamos hablado de boda y teníamos una fecha tentativa, faltaban unos seis meses. Sin embargo, aún no había anillo de por medio. Así que cuando me decía: “mira esas piedritas brillantes” a mí se me hacían largos los ojos buscando el anillo en todo el tronco, pero por más lucha que le hice, no lo encontré...el anillo no estaba allí.

El 31 de diciembre de 1956, Bobby regresó a Torreón para festejar Fin de Año y al ir subiendo para la casa, a mitad de las escaleras me detuvo y me dijo:

—Te quiero mucho —después muy serio y ceremonioso, abrió una cajita con un anillo que me ofreció y me preguntó:

— ¿Te quieres casar conmigo?

Me quedé pasmada...no me lo esperaba... no en ese momento. Unos segundos después contesté:

— ¡Sí, con todo mi corazón!

Aunque la escalera no era un lugar romántico, sin embargo, el momento fue inolvidable, de ensueño. Acabamos de subir y la familia se unió a nuestra alegría, deseándonos lo mejor en la nueva etapa de vida que empezaría en unos meses.

Mi Yaya, mi abuelo, se llevó aparte a Bobby y le dijo:

—Roberto, le encargo mucho a mi Magdalena cuídela y hágala muy feliz.

Para la celebración de Fin de Año, el Casino de la Laguna lucía en todo su esplendor: flores, luces y adornos alusivos al festejo. Dos orquestas amenizaban el evento, así que, cuando terminaba la tanda en el salón principal, bajábamos al salón del primer piso para bailar; siempre nos encantó bailar. Nuestro atuendo era de lujo. Bobby con *esmoquin* riguroso. Yo traía un vestido verde jade con falda muy amplia, que al bailar parecía hojas mecidas por el viento.

Para nosotros esa noche fue espectacular, gozábamos enormemente nuestro compromiso y cuando bailábamos yo colocaba mi mano izquierda sobre su hombro y presumía orgullosamente mi anillo. Amigos y conocidos nos felicitaban y deseaban lo mejor. Así cerramos el año que estaba terminando y brindamos por la nueva etapa de vida que en unos cuantos meses íbamos a emprender.



Llegó entonces el tan anhelado 8 de junio de 1957. La Iglesia de Guadalupe, que era mi parroquia, fue nuestra elección. No era la de moda pero tenía un significado importante para mí. En esa Iglesia había recibido los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Primera Comunión, y era a la que iba a Misa. En ese entonces, la Misa se celebraba en latín, el sacerdote siempre estaba de espaldas a la asamblea y los novios permanecían de rodillas durante toda la ceremonia. Los arreglos en la iglesia eran muy sencillos: todas las luces encendidas, floreros con gladiolas blancas en el altar, en el pasillo central y frente al altar un templete cubierto de tela blanca para los novios.

Mi vestido, confeccionado en seda natural tenía aplicaciones de encaje bordado. El tocado de azahares remataba la mantilla española que sobresalía la cola del vestido. El ramo elaborado con siete rosas blancas entrelazadas con azahares. Las rosas blancas se pidieron a Ciudad de México porque en Torreón no había.

A las once en punto de la mañana se escucharon los

acordes de la marcha nupcial y el sacerdote nos recibió en el atrio. Bobby y su Mamá, Ofelia Barrera, iniciaron el cortejo, seguidos por Mamá, María Trías de Montaña, acompañada por Jorge, hermano de Bobby. A continuación, los padrinos de iglesia, seguidas por las madrinas de lazo y las damas. Finalmente, Papá, Ramón Montaña, y yo. Por cuestión del divorcio, el Papá de Bobby no podía asistir a la misa como padrino, sin embargo, desde el coro estuvo presente durante toda la ceremonia.

El Padre Chávez Peón, S.J. ofició la Misa. Cuando hicimos las promesas matrimoniales nos acercó el micrófono para que se escucharan sus preguntas y nuestras respuestas; en aquel entonces eso no se acostumbraba. Cuando el Sacerdote nos declaró marido y mujer, nuestro matrimonio quedó sellado con el AMOR FUNDANTE DE CRISTO JESUS y fue ese AMOR quien nos iluminó, condujo y sostuvo durante nuestra vida matrimonial.

Al terminar la ceremonia, el Padre dijo por el micrófono:

—Ante Dios me hago responsable de este matrimonio.

Al escuchar esas palabras me estremecí. Fue la primera y la única vez que he escuchado que el sacerdote públicamente avale un matrimonio.

Cuando estuvimos afuera del templo Bobby y yo, locos de alegría, nos abrazamos y como niños chiquitos dábamos vueltas. Después de un rato de abrazos y felicitaciones de los asistentes, Papá y yo nos abrazamos y se me salieron las lágrimas porque siempre hubo una relación muy especial entre nosotros y yo sentía que me estaba yendo, como que lo estaba dejando. Con lágrimas en los ojos, le murmuré al oído:

—Adiós, Papá.

Él me vio con ternura y sonriendo me dijo:

—Nunca habrá un adiós entre nosotros.

Nos volvimos a abrazar y en el silencio nos dijimos que siempre contaríamos el uno con el otro.

Los familiares, padrinos y amistades más cercanas nos acompañaron a casa para brindar por nuestra felicidad, degustar canapés, quesos y carnes frías. Había un riquísimo pastel de almendra, adornado con novios y *lucky charms*. Estos eran unos dijes de buena suerte alusivos al amor, noviazgo, hogar, bebés, etc., estaban amarrados a un listón y acomodados debajo del pastel para que las asistentes descubrieran su fortuna.

Después de un rato de convivir con nuestros invitados Bobby y yo nos despedimos para iniciar nuestra luna de miel en un *buick* blanco que Papá nos prestó. Recorrimos varias ciudades de México hasta llegar a San José Purúa, pasamos por Pátzcuaro para terminar en Acapulco; estos eran algunos de los destinos frecuentes de los luna-mieleros de aquella época.



Inicié la más maravillosa aventura de mi vida: estar casada con Bobby Dillon. Un caballero en toda la extensión de la palabra. La persona más simpática que he conocido y la más impredecible. Jamás era un día igual que otro. Siempre

dispuesto con todo su ánimo y energía para emprender una nueva actividad que difícilmente abandonaba. Muy ingenioso para inventar, instalar o arreglar cosas. Las sorpresas y las bromas cargadas de buen humor las tenía a flor de piel. Sin faltar las impacencias y los berrinches que pronto se le pasaban.

Dios le regaló el don de tratar a las personas con mucha cordialidad e interesarse personalmente en sus circunstancias, sin importar clase social o estatus económico. Aunado a una memoria privilegiada para recordar nombres, caras y datos de las personas que conocía, lo hacía muy amigable y cercano. Su trato jovial y sincero, la honestidad en sus compromisos y su indiscutible caballerosidad alcanzaron para él un lugar en la sociedad de reconocimiento y respeto. Curiosamente sus amigos íntimos fueron pocos, pero fueron de por vida.

Después de un maravilloso e inolvidable viaje de luna de miel, Bobby y yo nos vinimos a vivir a Monterrey. Nuestro primer hogar fue por la calle Degollado en la Colonia María Luisa. Una casita de dos pisos: salita, comedor y cocina en la planta baja; en el segundo piso tres recamaras. En ese, nuestro primer hogar, iniciamos la misión más importante y fascinante de nuestra vida: formar una familia para Dios.

INFANCIA

1. El inicio de la familia

Bobby y yo descubrimos que esta aventura del matrimonio era trascendental y totalmente nueva. Con la ayuda de Dios y el tiempo fuimos aprendiendo a acoplar nuestra propia individualidad al bien de la pareja y a tomar consciencia de cuales serían nuestras prioridades. Percibimos, como en un sueño, que Dios deseaba y nos pedía que nuestra primordial misión era formarnos junto con nuestros hijos para ser hijos de Dios.

Bobby y yo nunca platicamos de cuántos hijos queríamos tener, como tampoco si serían niños o niñas, de lo que sí estábamos absolutamente seguros era que sí queríamos hijos y estábamos dispuestos a recibir los que Dios nos quisiera regalar. Ese bendito y esperado día llegó...

—Creo que estoy embarazada —le anuncié con alegría a Bobby.

Su emoción fue desbordante; se le iluminaron los ojos y con una sonrisa que no le cabía en la cara me dijo:

—¡Ésa es mi Male!

Después de gritos de júbilo, abrazos y demás, le agradecemos a Dios la gran bendición de ser padres y obviamente estábamos felices. Las preguntas nos atropellaban: ¿cuándo? ¿dónde? ¿qué hacer?. Decidimos consultar al doctor antes de alborotar a toda la familia y acudimos a un médico recomendado por la compañía en donde Bobby trabajaba.

Cuando el doctor nos confirmó la hermosa noticia, nuestra vida matrimonial experimentó un giro descomunal. Nuestras miradas de tu y yo, se convirtió en UNA sola mirada, para concentrar nuestra atención en el nuevo ser que empezaba a tomar vida, y que un día, iba a ser hijo de Dios.

Nuestras familias estaban felices por tan maravillosa noticia y nosotros nos empezamos a preparar, de forma muy sencilla, para recibir a nuestro amado bebé. El moisés vestido de tul, las camisitas y sabanitas de nansú que me dediqué a bordar, las chambritas tejidas por Mamá y por supuesto baberos y pañales; entre checar y re-chechar qué más podría faltar, los meses fueron transcurriendo tranquilamente.

El mero 5 de mayo de 1957, día de la Batalla de Puebla, hizo su entrada triunfal nuestro amado primogénito Robertito. Al salir de la maternidad, fuimos a la Iglesia de la Purísima para bautizar a nuestro hijito. Sus padrinos fueron Doña Ofelia, la Mamá de Bobby, y Luis Guillermo Barrenechea, amigo de Bobby desde niños. Para mí, Robertito era mi hermoso bebé, nunca en mi vida había yo visto a nadie más lindo. Su pelito castaño y lacio, seguramente iba a ser muy alto como su Papá, estaba delgadito, delgadito, pero ya engordaría. Mamá vino de Torreón a ayudarme los primeros días. Como yo no sabía ni por dónde empezar, ya que era medio lloroncito, al principio batallé un poco; sin embargo, despacito le fui agarrando el modo y al poco tiempo todo estaba bajo control, y por supuesto que empezó a engordar.

En ese tiempo mi Papá era dueño de Casa Montaña en Torreón, Coahuila. El negocio consistía en una tienda que tenía a la venta artículos de importación como: joyería fina, juguetes, artículos de decoración, litografías, etc. Además se fabricaban ventanas y puertas de aluminio, y el *hobby* de Papá era la fabricación de vitrales. Poco tiempo después del nacimiento de nuestro primer hijo, Robertito, Papá le propuso a Bobby que le ayudara con un proyecto que hacía tiempo traía en mente: se trataba de abrir una sucursal de Casa Montaña en Los Mochis, Sinaloa, para vender la rama de aluminio y vidrio. Bobby y yo estuvimos platicando la propuesta de Papá y decidimos tomarla ya que era una buena oportunidad en la vida laboral de Bobby. Se hicieron los arreglos y para fines de septiembre ya estábamos viviendo allá.

En 1957, Los Mochis estaba enclavado en una zona agrícola muy pujante. Se cultivaba el tomate, algodón, caña de azúcar, chile y otros muchos productos. La industria azucarera era una de las más importantes en el país. La explosión poblacional crecía día con día y la rama de la construcción estaba en auge. Esto era de gran beneficio para Casa Montaña ya que una de sus ramas comerciales más importantes eran el aluminio y el vidrio plano. Sin embargo, este crecimiento constante, sobrepasó la infraestructura y servicios de la ciudad. Había solamente una calle pavimentada y cuando llovía todos los coches se quedaban atascados en el lodo. Con frecuencia faltaba el agua en las tuberías, la energía eléctrica era bastante deficiente y había muy pocos teléfonos. Las Iglesias católicas no contaban con atención sacerdotal estable y tampoco había hospitales; las señoras embarazadas tenían que ir a Guadalajara para tener a sus hijos o estos nacían en la casa. Cuando los hijos crecían había que mandarlos a otras ciudades para que continuaran sus estudios. Nos preocupaba Bobby y a mí que nuestra familia iba a crecer en un ambiente demasiado rural y relajado. Tras considerarlo por un tiempo, lo platicamos con Papá y él nos dejó en entera libertad para tomar la decisión más conveniente, ante esto decidimos quedarnos un año y medio más.

Durante el tiempo en el que vivimos en Los Mochis, quedé nuevamente embarazada y por la falta de hospitales decidimos que lo más adecuado era que un mes antes de la fecha prevista del parto me fuera a Torreón con Robertito, Bobby nos alcanzaría allá. Por gracia de Dios el 18 de septiembre de 1959, en el Sanatorio Español, nació nuestra hermosísima bebita Magdalena Sofía. Tenía la naricita respingada, el pelito güerito y sus manitas delgaditas con unos deditos muy largos, iguales a los de su Papá. El Bautizo de la Nena se celebró en la Iglesia de Guadalupe, los padrinos fueron mi Papá, Don Ramón Montaña, y mi Mamá, María Trías, a quien le decíamos Yayita. En aquellos años se acostumbraba que los abuelos fueran los padrinos. Bobby se regresó a Los Mochis y cuarenta

días después lo alcanzamos mi Mamá, Robertito, Nena y yo.

En enero de 1960 regresamos a Monterrey. Bobby consiguió un buen trabajo y yo me dediqué a cuidar a mis bebitos. Al llegar de trabajar, Bobby inventaba mil formas para jugar con Robertito y se echaban unas carcajadas que, al escucharlos, te reías junto con ellos. A la Nena la levantaba en alto sosteniéndola con una sola mano, ella feliz empezaba a patear y a mover sus manitas; parecía una abejita voladora. En ese departamento estuvimos varios meses y luego nos cambiamos a una casita en la colonia Lomas, en donde vivimos diez años.

Doña Ofelia, Mamá de Bobby, a quien de cariño llamábamos Minina, era maestra de piano y tenía mucho trabajo, por lo que la veíamos los fines de semana. Ofelia, hermana de Bobby, siempre estuvo muy dispuesta y servicial para ayudarnos con nuestros hijos en todo lo que se ofreciera, siempre contábamos con ella y mi gratitud hacia ella es de por vida. Para mí además de cuñada, fue una hermana y una amiga.

En ese tiempo, Gabriel mi hermano estudiaba en el Tecnológico y todos los martes nos acompañaba a comer, disfrutábamos mucho su plática y a Robertito le encantaba jugar con él. Mis papás venían con regularidad y nosotros íbamos a Torreón dos veces al año.

Nuestra vida como pareja poco a poco iba encarrilándose y con el tiempo fuimos aprendiendo a conocernos mejor, comprendernos más y perdonarnos siempre. Nuestros queridísimos hijitos ocupaban y llenaban nuestra vida de alegrías con sus primeras sonrisas, balbuceos y pasitos; pero también de mortificaciones, porque en ocasiones no sabíamos qué hacer cuando se nos enfermaban. Poco a poco fuimos trabajando por ser mejores papás.

Un buen día, me percaté que estaba nuevamente embarazada y cuando Bobby llegó del trabajo le di la feliz noticia, con mucha alegría agradecemos al Señor por tan gran

bendición. Acudimos al médico para que confirmara la noticia y continué asistiendo a la cita mensual, como lo había hecho en los embarazos anteriores. En aquella época, no había ecos para checar al bebé durante la gestación. No se sabía la salud, el peso ni el sexo hasta que naciera. Por eso, eran tan importantes las visitas constantes. El doctor, en cada cita, pedía exámenes de sangre para revisar el hierro; me checaba el peso y escuchaba el corazoncito del bebé con una corneta que colocaba en el vientre.

Cuando asistí a la consulta en el quinto mes, el doctor me llamó la atención porque había aumentado considerablemente de peso, me recordó la importancia de cuidar los alimentos para evitar el sobrepeso. Yo me defendí diciendo:

—De verdad doctor, sí estoy pendiente de lo que como —y para minimizar el asunto dije— capaz que son Cuates.

Enseguida empezó a escuchar el corazón del bebé; movió la corneta de un lado a otro del vientre y prestó atención durante un rato.

—Parece que sí son dos niños...se perciben los latidos de dos corazoncitos —comentó tranquilamente y pasó a su oficina. Yo estaba muda de asombro.

Al levantarme de la camilla lo escuche decir:

—Roberto, lo felicito, creo que va a ser padre de Cuates.

Cuando entré a la oficina, Bobby estaba de pie esperándome radiante de felicidad y me abrazaba sin saber que decir. Yo también estaba bastante impactada, nunca en mi vida imaginé que yo fuera a tener Cuates, nunca me cruzó por la mente y en la familia nunca había ocurrido antes.

El doctor nos sacó del estupor cuando dijo:

—En este momento no podemos estar totalmente seguros, hay que esperar hasta el octavo mes para que le tomen una radiografía que confirme el diagnóstico; antes sería peligroso

para los niños.

Bobby y yo salimos del consultorio con miles de pensamientos rondándonos por la cabeza.

—Vamos a la Farmacia San Rafael —propuso Bobby— tomamos un refresco y podremos platicar tranquilamente tan estupenda noticia, antes de irnos a la casa.

—Muy buena idea —contesté— Ofelia está con Robertito y Nena, así que no hay tanta urgencia de regresar.

Mientras sus ojos verdes sonreían y me miraban con muchísima ternura me dijo:

—¿Qué tal, mijita? Primero me regalaste un niño, luego una niña y ahora Cuates...estoy feliz y orgulloso de ti.

Comentamos lo maravilloso que sería tener Cuates, pero al mismo tiempo teníamos la incertidumbre de cómo nos íbamos a organizar para atender a dos bebés recién nacidos y al mismo tiempo cuidar a una niñita de un año y a un niño de dos años. Esto, no nos amilanó porque estábamos seguros de que Dios siempre estaría con nosotros para ayudarnos, darnos sabiduría y fortaleza para salir adelante y Él jamás se deja ganar en generosidad.

Los siguientes tres meses de espera para confirmar el diagnóstico platicamos una y mil veces sobre este asunto... aunque estábamos muy ilusionados de que fueran Cuates, no le comentamos a nadie de esta posibilidad, era preferible esperar el momento oportuno.

Al cumplirse los ocho meses fuimos a que me tomaran la radiografía solicitada por el doctor; esperando el resultado apareció en el dintel de la puerta el médico radiólogo levantando dos dedos de su mano. Bobby pegó un brinco de la silla gritando loco de alegría:

— ¡Son Cuates! ¡Son Cuates!

— ¿Está seguro, doctor? —pregunté yo escéptica.

—Pasen para que los vean ustedes mismos—comentó sonriendo.

En estos tiempos de tanta tecnología, una radiografía parece algo muy simple...pero, para nosotros, “esa radiografía” fue una de las imágenes más hermosas que habíamos visto en nuestras vidas. Observamos por primera vez a un bebé en el seno materno. Fue inolvidable. Uno de ellos tenía su cabecita en la parte superior con su columna vertebral hacía abajo; el otro tenía su cabecita en la parte inferior con su columna vertebral hacía arriba.

—Mañana pueden recoger la radiografía para que el doctor tenga completo el expediente y les confirme el diagnóstico —cuando escuchamos al radiólogo decir esto, como que volvimos en sí.

Bobby y yo contemplábamos extasiados la formación de dos personas. Radiantes de alegría salimos del consultorio y agradecemos a Dios por la bendición tan hermosa y milagrosa que en su bondad ha concedido al ser humano: ser co-creadores con Él y engendrar personas que participen de su amor infinito ¡Serán hijos de Dios!



Durante el trayecto a la casa no dejábamos de comentar la radiografía, nos arrebatábamos la palabra y repetíamos una y otra vez cómo estaban acomodados. No cabíamos de asombro y nuestros corazones rebosaban de alegría y gratitud a Dios por tanta bondad. Nuestras familias gozaron la noticia a más no poder y Minina nos comentó que en su familia sí había el antecedente de Cuates.

Bobby siempre ha sido muy apasionado y comunicativo, ésta noticia lo traía vuelto loco.

— ¡Voy a ser Papá de Cuates! —gritaba de un coche a otro, cuando veía a alguno de sus amigos.

Casi a cualquier persona le platicaba esta gran noticia y además les explicaba con lujo de detalles la radiografía. Cuando llegaba del trabajo no me dejaba hacer nada, casi quería que todo el tiempo estuviera sentada. Hasta le comentaba a la familia:

—La tengo sentada en una mecedora.

A mi me daba risa, pero él así estaba más tranquilo. Nuestros hijitos, con su ternura e inocencia, llenaban nuestras vidas de esperanza y amor y ahora, en lo escondido, ya se entretejían dos personitas que colmarían de alegría nuestro cosmos familiar. En un abrir y cerrar de ojos, el huerto familiar que iniciamos el día de nuestro matrimonio se estaba convirtiendo en un hermoso campo lleno de frutos.

“¿Cómo agradecerle al Señor tanta bondad?”

(Salmo 116, 12.13)

2. Llega la cigüeña

Bobby y yo anduvimos varios días como niños chiquitos con juguete nuevo después de la maravillosa noticia de que seríamos papás de Cuates; sin embargo, volvimos a poner los pies en la tierra y empezamos los preparativos para el nacimiento de nuestros amados bebés. La cigüeña llegaría a principios de enero y estábamos a fines de octubre del 60.

Minina me organizó un *baby-shower* al que asistieron muchas señoras que me regalaron muchas cosas muy buenas y útiles para nuestros futuros bebés. Mary Sladek, una de las invitadas, me dio un regalo muy simpático; tejió veinticuatro pares de zapatitos de diferentes colores y diseños; los acomodó en un cartón redondo que parecía un pastel, se veía tan bonito, que aún lo recuerdo. Seguramente, si hubiera habido celulares en aquella época, todo el mundo les hubiera tomado una foto.

Mamá empezó como buena arañita a tejer y tejer: cobijitas, chambritas y zapatitos. Se necesitaba el doble de todo. Anita mi hermana, como no estaba ocupando su moisés, me lo prestó con faldón y toda la cosa. La casa parecía guardería con cunas, pañales y un montón de ropita para bebé. Los bebés empezaron a crecer y crecer, cada día era más obvio que serían dos, pues yo también crecía con ellos... Me sentía como trasatlántico en medio del océano.

El 1ero de enero del 61 fuimos a Misa, Bobby nos dejó a Ofelia y a mí frente al templo y se fue a estacionar; cuando subíamos las escaleras le cuestioné:

—¿Por qué van con tanto apuro? ¿qué ya es muy tarde?

—Es que tú caminas muy despacio —me respondió.

No me había percatado; pero, con el peso que traía encima, seguramente así era. Por ser día primero había muchísimas

personas en la iglesia dando gracias y pidiendo bendiciones al Señor para el siguiente año.

—Qué bueno que encontraron lugar —me dijo Bobby al entrar a la Iglesia y colocarse a nuestro lado.

Monsy, mi hermana, estudiaba en Laredo, Texas y mis papás la fueron a dejar. De regreso, Mamá se quedó con nosotros y aunque no lo decía, yo notaba que estaba bastante preocupada por el nacimiento de los Cuates y quería estar a tiempo para lo que se ofreciera. En la madrugada, escuché que a Robertito se la cayó la botella con agua y pensé: “Más vale que se la vaya a dar para que no se despierte y empiece a llorar”. De regreso a la cama, aproveché para ir al baño. Cuando salí, Mamá me estaba esperando en la puerta y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí Mamá, todo bien —contesté—me levanté para darle su “bibe” a Robertito porque se le cayó.

Mamá se me quedó viendo no muy convencida y volvió insistir:

—¿Todo bien?

—Bueno...ahorita que fui al baño noté algo raro, pero no creo que pase a mayores.

Sin decir más, Mamá se encaminó a mí recamara, tocó la puerta, la abrió y dijo:

— ¡Bobby, presiento que ya se vienen los Cuates! ¡Así que, vámonos al hospital!

Bobby pegó un brinco de la cama, disparado se metió a bañar, Mamá hizo lo mismo. Luego que salieron me empezaron a decir: arréglate...apúrate...vámonos... inútilmente me defendí diciendo: me siento bien...no me pasa nada...todo está tranquilo; realmente yo no sentía ningún dolor. Aun así, para la siete de la mañana ya estábamos en la Maternidad

Conchita. ¡De plano me llevaron en rastras! Gracias a Dios que se pusieron tercetos, porque, en menos de dos horas, ya estaban naciendo los niños: Fernando, pesando 3.450 kilos, y en menos de cinco minutos nació Bernardo con un peso de 3.750 kilos. Era 3 de enero de 1961 la fecha exacta que el doctor nos dio cuando lo visitamos por primera vez. Al contemplar a mis Cuates mi corazón me dio un vuelco, mis dos chiquitos estaban hermosos. Fernandito tenía poquito pelo, muy güerito y lacio; sus ojitos color miel parecían gotitas de rocío. Bernardito con su pelito rizado color castaño con destellos color canela; sus ojos sonreían como ensueño y sus pestañas muy largas. La enfermera los llevó al cuarto, Bobby y yo recordamos cuando los vimos por primera vez en la radiografía y ahora al tenerlos en nuestros brazos nos embargó un sentimiento extraordinario de gratitud a Dios.

—¿Cómo ves? De verdad que te has lucido —me dijo Bobby muy ufano. Yo lo miré sonriendo y volvimos nuestra mirada a las hermosas criaturas que mecíamos con amor.

En aquella época en la Maternidad Conchita acostumbraban tomarle fotografía a los recién nacidos y los acomodaban en una báscula para que se viera el peso en la foto. Bobby cacaraqueaba la foto con cuánta gente se topaba; le sacó copia y se la regaló a Papá, él también la presumía con sus amistades.



Me dieron de alta en la maternidad y nos fuimos directamente a la Parroquia de la Purísima para bautizarlos. Los padrinos de Fernando fueron Carlos Pérez Maldonado y Magdalena López de Pérez Maldonado. Los de Bernardo fueron Eduardo Sada y Alma Lozano de Sada. Los bebés, muy elegantes, salieron vestidos con sus ropones que les regalaron sus padrinos. El Padre José Cruz Camacho al celebrar el Sacramento dijo: “Recibir el Bautizo es una gracia extraordinaria para el bautizado y para las personas que asisten porque durante la celebración la Santísima Trinidad se hace presente: el Padre adopta a un hijo, Jesús lo hace su hermano y el Espíritu Santo habita en él; así mismo, el bautizado queda sellado para siempre como: *sacerdote, profeta y rey.*”

Mamá se quedó con nosotros un mes. Entre ella, Bobby y yo nos organizamos para poder atender a todos nuestros niñitos. Era todo un cuete porque Robertito tenía dos años, Nena apenas uno y los Cuates estaban recién nacidos, así que, nuestros cuatro hijos ocupaban pañales y los desechables todavía no los inventaban. Los bebés recién nacidos usaban pañales muy suaves...eran de manta de cielo, que las Mamás comprábamos en McAllen. Los mayorcitos usaban de tela ‘nido de pájaro’: eran cuadrados y se doblaban en triángulo; se detenían con un seguro enorme que con el tiempo se oxidaba y los calzones de protección eran de plástico que fácilmente se rompía y el elástico muy pronto se aflojaba. Los pañales primero se hervían y después se lavaban. En invierno, durante el interminable “chipi-chipi” regiomontano, las casas tenían prendido el calentador en alto y estaban llenas de tendederos para colgar los pañales y lograr que se secaran; tener secadora en ese tiempo era un lujo.

No sé qué hubiéramos hecho, Bobby y yo, el primer mes de la vida de los Cuates sin la presencia y la ayuda de Mamá. Siempre le hemos agradecido desde el fondo del corazón el apoyo eficaz e incondicional que nos brindó durante nuestra vida de casados, particularmente cuando nacían nuestros hijos. Se venía de Torreón y vivía con nosotros todo el tiempo que le

era posible. Esa convivencia promovió entre Bobby y ella un gran cariño, la decía Mamá María y el trato entre ellos era muy cordial.



Mamá y yo siempre tuvimos una relación muy especial. Cuando yo aún estaba soltera, ella se enfermó gravemente y durante varios meses la cuidé, desde esa época se dio entre nosotros una gran empatía y cuidado recíproco. Cuando ella se enfermaba yo la cuidaba y cuando yo me enfermaba, ella era quien me atendía. Nos decíamos enfermeras mutuas. Mamá era una persona de mucha fe; para mí fue una formadora excepcional. De su persona emanaba una paz interior y cuando me daba indicaciones en la atención de mis hijos, me hacía sentir mucha seguridad. Ella fue Mamá de ocho así que se las sabía de todas, todas. Cuando se daba cuenta que estaba exagerando alguna situación, ni caso me hacía, eso me ayudó a ser fuerte. Su manera de ser era muy sencilla y sin arguendes; con un amor muy profundo que lo expresaba en solicitud y entrega, y no tanto con arrumacos y mimos; además le gustaba bromear y aceptaba las bromas de buen talante.

En esos tiempos, Bobby se iba muy temprano al trabajo,

volvía a la casa a comer y cuando regresaba al atardecer, además de jugar con Robertito y Nena, nos ayudaba en el cuidado de los Cuates; entre esos cuidados era darle golpecitos a uno de los Cuates para que repitiera. Teníamos implementada una estrategia: yo le daba pecho a uno de ellos y Mamá le daba la fórmula al otro. El que acababa primero se le ponía a repetir. Para la siguiente toma, a un niño se le daba leche materna y al otro formula.

Un atardecer, yo andaba trajinando en la cocina y escuché, un poco desesperado, a Bobby decirle a mi Mamá:

—Mamá María, no sé qué le pasa a este niño, por más que le doy golpecitos en la espalda y lo paseo, no repite y solo está llorando.

—Bobby, es que él todavía no come —respondió Mamá entre risas— pon a repetir a éste, que es el que ya comió.

Yo solté la carcajada y seguí con mi quehacer: hirviendo biberones, esterilizando mamilas e hirviendo el agua para la formula; preparé la cena de Robertito y Nena, los bañé y los llevé a dormir ¡Al fin, ya estaban dos en santa paz, por el día de hoy! Estábamos siempre tan ocupados con los cuatro niños que los días y las noches pasaban por nuestras vidas como pasa el agua entre los dedos: la sientes, pero no la puedes detener.

Sin proponérselo, Mamá estaba más pendiente de Bernardo y yo de Fernando. Esto fomentó un lazo muy estrecho entre ellos, siempre eran aliados o cómplices. En ocasiones, cuando Bernardo estaba dormido y Fernando lloraba me decía:

—Ve a apaciguar a tu ‘rebelde sin causa’, o a tu ‘comunista’ que ya no llore porque va a despertar a ‘mi niño’.

Estas expresiones de Mamá que pudieran parecer duras eran todo lo contrario; al decirlo sonreía, su tono de voz siempre era suave y a mí me daba mucha risa. Con su manera de ser contribuía muchísimo a bajar el estrés y a tomar los incidentes del diario vivir, como lo eran ‘del diario vivir’. Fueron tiempos

de muchísimo trabajo, alegrías inolvidables y uno que otro sobresalto.

Como aquella vez que Bernardo andaba un poco estreñado y llamé al pediatra para consultarle.

—Dele seis gotas de “tal” medicina —respondió escuetamente.

Conseguimos el medicamento y le di las gotas directamente en la boca como les daba las medicinas a todos mis hijitos.

La reacción de Bernardo fue totalmente inesperada.

Dejó de respirar, los ojos fijos, manos y pies crispados. No se movía.

¡NADA!

Los segundos pasaban y los minutos nos parecían eternos.

Estaba inerte.

Mamá y yo estábamos tremendamente angustiadas sin saber qué hacer.

Me rascaba la nuca en un tic de desesperación.

Yo como histérica, entraba y salía del cuarto.

Volvía a entrar y a salir.

La situación era angustiante.

Los minutos pasaban...Bernardo no reaccionaba.

Mamá y yo mudas, nos veíamos una a la otra y seguíamos sin saber qué hacer.

Con la mirada le preguntaba a Mamá: “¿qué hago?”

Ella se me quedaba viendo y solamente movía su cabeza sin saber qué contestarme.

Bernardo inmóvil, acostado sobre mi cama, la mirada perdida y sin llorar.

De pronto, me acerqué.

Me le quedé mirando y sin saber por qué, le soplé muy fuerte en la cara.

Al instante, noté una leve reacción.

Entonces con todas mis fuerzas le empecé a soplar, a soplar y a resoplar en la cara. Poco a poco empezó a reaccionar.

Recuperó la respiración, el color y se puso a llorar.

Llorábamos los tres: Bernardo, Mamá y yo. Abracé a mi bebé llenándolo de besos en medio de lágrimas, alegría y gratitud a Dios.

Bernardo dejó de llorar, se tranquilizó y se durmió.

Cuando se nos pasó el susto empezamos a cuestionarnos qué era lo que había pasado, pues había sido algo muy extraño. Nos pusimos a recrear los hechos: el niño estaba bien antes de darle la medicina; ni siquiera estaba llorando. Fue al momento de darle las gotas que se quedó sin respirar, inmóvil, con los ojos fijos.

—Prueba las gotas para ver a que saben —me dijo Mamá.

Me puse unas gotas en la lengua y la sensación fue horrible. Era un aceite espeso y picosísimo. Como si tuviera chile. Nos cuestionamos ¿cómo era posible que el doctor le hubiera recetado esa medicina? En cuanto pude, le llamé para decirle lo que había pasado.

—Señora, es que la medicina se la tenía que haber dado en un té —contestó tranquilamente.

Al ser mamá joven yo no sabía muchas cosas, sin embargo, nos pareció que el doctor fue muy poco profesional e irresponsable al no darnos las indicaciones de manera más

clara. Cuando Bobby llegó a casa, le dimos santo y seña de todos los pormenores del percance y del tremendo susto que nos habíamos llevado. Sobra decir que fue la última vez que consultamos a ese médico. A partir de esa fecha y durante la niñez de nuestros hijos el pediatra que los atendió fue el Dr. Rubén Reyes Escobar. Era muy acertado en su diagnóstico y bajo su cuidado los niños siempre estuvieron muy bien atendidos y siempre lo recordamos con gratitud, como un gran médico y como un buen amigo.



Ese verano, los cuatro niños y yo fuimos a pasar unas semanas a casa de mis papás en Torreón; Bobby se quedó en casa, porque con una familia tan numerosa, la carga estaba pesada y debía trabajar duro para poder salir adelante. Ese tiempo sería para mí, como unas verdaderas vacaciones que necesitaba a gritos, además estaba segura que no me faltaría ayuda, porque Mamá, mis hermanas y las personas de servicio estarían muy dispuestas a echarme la mano. Un buen día Mamá me dijo:

—Male, creo que te vendría muy bien que vayas a ‘scampar la boira’ y salgas con tus amigas a merendar —y añadió— no te preocupes por los Cuates. Yo me encargo de ellos, al cabo, ya me he fijado cómo les das de cenar; además una de tus hermanas estará pendiente de Robertito y Nena.

Casi no me la creía, abracé a mamá, la dejé que me consintiera y dándole un beso le contesté:

—Gracias, Mamá, me va a caer de perlas.

Sin embargo, me quedé pensando: “Darles la merienda a los Cuates no es cualquier tarea...se requería logística y velocidad...en fin, ya veremos en qué acaba todo”. Como los portabebes no existían, yo ya estaba organizada para lograrlo sin contratiempos: sobre la cama ponía dos almohadas y en cada una acomodaba a un niño; no lo sujetaba con nada, porque no se podía. Inmediatamente empezaba la faena de darles la papilla: “crema de trigo”, que se prepara con leche, sémola y azúcar. Una cucharadita a uno y enseguida al otro. No me podía detener en pormenores como limpiar la boquita, ni mucho menos. Una y una, en movimiento continuo del mismo plato y con la misma cuchara. Detenerse provocaría un caos, como sucede en una línea de producción.

Para el día de mi salida, me había puesto de acuerdo con mis amigas, me arreglé feliz de la vida y casi casi sentía que me estaba escapando. Esa ‘huida’ me cayó de maravilla, verdaderamente la gocé con: plática, risas y recuerdos entre

nieve, pastel y un buen café. Cuando me di cuenta ya era hora de regresar.

En cuanto Mamá me vio llegar, con un aparente dejo de enfado me dijo:

—¡Esos niños tuyos son unos verdaderos traviesos!

Sonreí pensando: “¿qué habrá pasado?”

Sin preámbulos Mamá inició el relato:

—¡Ni te imaginas! Los acomodé en las almohadas y les empecé a dar de comer, igualito que tú. Sin motivo aparente, Fernando se empezó a disgustar, a bajarse de la almohada e intenté reacomodarlo; para entonces, Bernardo estaba llorando porque no le seguí dando de comer y también se empezó a bajar de la almohada. Luego los dos se dieron vuelta y comenzaron a gatear por toda la cama. Cada uno disparado en dirección contraria, el plato de comida quedó volcado en la sobrecama y la cucharita... en el suelo —Mamá continuó narrando lo sucedido—. Además de que el lloriqueo era doble, aquello se convirtió en un verdadero desastre que no había forma de controlar. Con una mano detenía la pierna de Fernando y con la otra el brazo de Bernardo; pero ellos seguían gateando y protestando. Entonces casi me puse a lloriquear junto con ellos y empecé a dar de gritos para que alguien fuera a darme auxilio. Por fin, llegó el socorro. Una de las muchachas me ayudó a recoger niños, plato, cucharita y crema de trigo.

Mientras Mamá me daba santo y seña del ‘tornado’ yo me reía a carcajadas. ¡Qué bien conocía yo todos esos incidentes! Se genera tal catástrofe que acaba uno sin saber qué hacer. Al recordar Mamá y yo las remembranzas del tiempo en que mis hijos estaban chiquitos, este episodio salía a colación.

Nuestros cuatro hijitos eran todavía tan bebés que parecían una camada de pollitos. En mayo Robertito cumplió tres años y ya éramos una familia de seis que andábamos juntos para todos lados. El amor de Bobby para sus hijos era increíble.

Con Robertito jugaba a las luchitas y a las escondidas; a Nena le tocaba el violín, ella se emocionaba tanto, que hasta se le salían las lágrimas; y a los Cuates les empezó a enseñar lecciones básicas del ring: maromas y volteretas.

Desde bebitos los Cuates tenían una conexión mágica; aún no hablaban y con sus balbuceos parecía que estaban platicando todo lo que sucedía en la familia. Bobby y yo les llamábamos ‘las urracas parlanchinas’. Cuando tenían unos ocho meses, estaban en su recamara como platicando y se empezaron a reír...silencio...y otra vez la risa; al poco tiempo reían y reían y no paraban de reír. Decidí investigar el motivo de tanta risa, porque, aunque estaba cada uno en su cuna, esa risa, de plano, sonaba a travesura. Al entrar en la recamara, me llevé una sorpresa fuera de este mundo en olor y aspecto: los niños estaban muy divertidos y atareados pintándose y embarrando las cunas...aquello era un caos espantoso. Eche de gritos pidiendo ayuda; como verdaderos rescatistas, entramos en tropel para llevarnos a los Cuates, casi con pinzas, directo a la regadera para tallarlos con agua y jabón; al patio sacamos colchones y cunas para lavarlas con detergente y a manguerasos; y en la zona de desastre, abrimos ventanas, prendimos cerillos y la rociamos varias veces con aromatizante; al fin el olor se disimuló.



Los Cuates siguieron creciendo muy sanitos, en peso y estatura. Sin embargo, empecé a notar una seria diferencia física entre ellos al realizar algunos movimientos como: rodarse en la cama, sentarse, pararse y gatear. Bernardito batallaba mucho para llevar a cabo actividades sencillas: había que ayudarlo para sentarse en una silla, lo tomábamos de la mano para ayudarlo a subir las escaleras, su Papá siempre lo subía al coche porque él solito no lo lograba. Estos son unos ejemplos indicadores que algo no estaba bien. Empezó a caminar casi hasta los dos años y se caía constantemente. Yo, con mucha tristeza, me daba cuenta de que, aunque no hubiera nada que entorpeciera su marcha, simplemente se le doblaban las piernitas y se caía. Además, no metía las manos para protegerse, por lo que con frecuencia tenía chipotes muy grandes en la frente. A medida que pasaba el tiempo su dificultad para caminar se fue haciendo más notoria.

—No los estés comparando, todos los niños son diferentes, aunque sean Cuates —era la respuesta que escuchaba cuando comentaba esta situación. Comprendía que era cierto, pero aquella inquietud siempre estaba latente en mi corazón. Los Cuates ya tenían dos años y Fernando ya corría mientras que Bernardo apenas empezaba a dar sus primeros pasitos. La conexión mágica entre ellos cada vez se hizo más evidente y sin necesidad de que Bernardo se lo pidiera, Fernando siempre estaba pendiente, brotaba de él una empatía natural...lo comprendía...lo esperaba...le ayudaba.

El 23 de diciembre de 1963 a las 11:30 pm, Dios nos bendijo con el arribo de un quinto hijo que intempestivamente llegó con dos meses de anticipación, como que no quería perderse de nada de lo que estaba ocurriendo en la familia. Un hermoso bebé prematuro de seis meses y medio, muy chiquito y con muy poco peso. El siguiente día, el Sacerdote y su padrino lo bautizaron dentro de la incubadora con el mínimo del rito sacramental: se invocó a la Santísima Trinidad, y rociándolo con agua bendita se le puso por nombre: Jesús Eduardo. En estos casos la Iglesia pide que se termine el rito del Bautismo

en el templo, así que ocho meses después fuimos todos a completar el ritual del Sacramento: niño, Sacerdote, familia, y sus padrinos Eduardo Rodríguez y Nena Cantú de Rodríguez. Para entonces, gracias a Dios, Chuy ya media y pesaba lo que un niño de su edad; tenía el pelito muy güerito y lacio, unos ojos muy grandes y expresivos, y además era muy travieso.

Tiempo después, Bobby me comentó:

—Male, te has fijado qué buena química hace Chuy con los Cuates.

—Así es, creo que se siente triate de ellos. Con decirte que cuando se van al kínder los empieza a buscar por toda la casa y al no encontrarlos se pone a llorar gritando “¡mis pates!, ¡mis pates!” hasta que se cansa y se distrae con algo, o acaba por quedarse dormido. Y cuando regresan, es tal su gozo que los abraza, se pone feliz de la vida y todo el tiempo anda detrás de ellos.



3. Se perfila un héroe

Con una familia numerosa no faltaban el trabajo, el alboroto, alguna que otra preocupación, y muchas satisfacciones. Sin embargo, yo seguía notando algo en Bernardo que me inquietaba. Su caminar seguía siendo lento y sus caídas eran muy frecuentes; además, Chuy, que era dos años menor se desplazaba con más facilidad y seguridad. Chuy ya se podía subir al coche, a las sillas y casi corría, mientras que a Bernardo lo teníamos que ayudar para casi todo. Bobby y yo nos dábamos cuenta de esto, pero no sabíamos qué le pasaba, como tampoco sabíamos qué hacer y platicamos lo conveniente que sería que lo revisara algún médico.

En ese tiempo, el Dr. Reyes Escobar estaba en México, D.F. haciendo un postgrado, por lo cual habíamos ido a la Clínica #17 del Seguro Social para tener servicio médico y nos asignaron para la atención de nuestros hijos a la doctora pediatra, Nelly Quiroga, que fue siempre muy amable y atendió con esmero a nuestros hijos. En algunas ocasiones le llamaba para consultarle alguna situación con los niños y según el caso me daba indicaciones para la casa o si veía necesario me decía que llevara al niño para examinarlo. Con estos antecedentes Bobby y yo decidimos consultar a la Dra. Nelly Quiroga sobre la situación de Bernardo. Saqué cita por la mañana para poder hablar abiertamente con ella, me escuchó con mucho interés, me hizo varias preguntas pertinentes y recomendó tomarle unas radiografías; al estarme dando la orden, con empatía me dijo:

—Señora, la noto muy pensativa, ¿está de acuerdo?

—Por supuesto doctora, muchas gracias —contesté amablemente.

Esa misma tarde llevé a Bernardo a la Clínica para que le hicieran los estudios y al día siguiente regresamos para conocer

el resultado.

—Además de revisar detenidamente las radiografías— comentó la doctora— las consulté con el doctor de traumatología y coincidimos en el diagnóstico, la estructura ósea de Bernardo es absolutamente normal.

Internamente sentí un alivio y le agradecí al Señor.

—Recomiendo —prosiguió— que consulten con un doctor neurólogo para que él estudie el caso y así tendrán una opinión más calificada de cuál es el motivo de la debilidad motriz de Bernardo.

¡El corazón se me estremeció!

—Aquí en la clínica —continuó— está el Dr. Oliverio Tijerina y para ayudarle a agilizar el trámite me tomé la libertad de sacarles una cita.

—Muchas gracias —contesté.

Mientras muy apesadumbrada pensaba: “Otro doctor... ¿qué significará?”

—Magdalena, le recomiendo que a esa cita procuren venir usted y su esposo con Bernardo. Es de suma importancia que ambos padres estén durante la consulta —concluyó la doctora con mucha delicadeza.

Salimos Bernardo y yo del consultorio. Él de cuatro años con su inocencia infantil. Yo... con sentimientos encontrados. En el trayecto a la casa seguía rumiando lo que acababa de escuchar. En cuanto a los huesos... la doctora decía que estaban bien. Sin embargo, tener que recurrir a otro médico abría la posibilidad de que Bernardo tuviera algo...

Esa tarde cuando llegó Bobby del trabajo le platique con lujo de detalle los pormenores de la consulta, las radiografías, el resultado, y añadí:

—La doctora Nelly considera que es muy conveniente tener la opinión de un doctor neurólogo y nos hizo el favor de sacar cita con un médico que está en la misma clínica. Además, recomienda que asistamos los tres a la consulta.

—Por supuesto que vamos —contestó Bobby— ¿Cuándo es la cita?

El día indicado nos presentamos puntualmente con el neurólogo, Dr. Oliverio Tijerina; estuvo revisando detenidamente las radiografías y el expediente que estaba sobre su escritorio. Al terminar, nos preguntó sobre las habilidades motoras de Bernardo, desde el nacimiento: voltearse, sentarse, gatear, pararse y caminar. También la fecha aproximada de dichos sucesos y si habíamos notado algo en particular. Estuvimos narrando la historia de todo lo que recordábamos al respecto. El doctor le pidió a Bobby que ayudara Bernardo para quitarse pantalón y camisa y que se quedara en ropa interior, también que le quitara zapatos y calcetines.

—Bernardo, camina hacia aquella pared —pidió el doctor—. Ahora camina hacia acá con la punta de los pies. Cuando llegues a la pared, regresas apoyándote únicamente en tus talones.

Obediente como siempre Bernardo siguió dócilmente y lo mejor que pudo las indicaciones del doctor.

—Bernardo, ahora toca tus pies con los dedos de las manos e incorpórate.

Al finalizar aquellas pruebas el doctor se acomodó en su escritorio al tiempo que dijo:

—Señor Dillon, por favor, ¿le ayuda a Bernardo a vestirse?

Bobby se acercó a Bernardo y le ayudó a ponerse ropa y zapatos. Después Bernardo se sentó a mi lado. Y Bobby permaneció de pie. El doctor amablemente le dijo a Bobby:

—Por favor, tome asiento.

—Gracias, así estoy bien —contestó.

—Por favor, le ruego que se siente —insistió el médico amablemente.

Bobby asintió y el doctor, con mucha precisión nos explicó cuál era el problema de Bernardo:

Que pronto dejaría de caminar.

Que las expectativas de vida eran muy limitadas.

Que no había ninguna medicina ni nada que lo aliviara.

Bobby y yo mudos, escuchábamos sin comprender el alcance de sus palabras. Estábamos tan conmocionados que, aunque la cabeza nos aturdiría con preguntas, nos quedamos callados. Como dardo candente, se nos clavó en la mente y en el corazón que nuestro amado hijo no podría tener una vida normal. Salimos tambaleando del consultorio en un silencio abrumador, sin entender nada y con el corazón palpitando de pesar. Escuchar de golpe y porrazo que nuestro amadísimo hijo, Bernardo padecía una enfermedad incurable fue una experiencia dolorosamente indescriptible. Ni siquiera el nombre de la enfermedad se nos quedó grabada. La juventud no nos ayudaba a digerir lo que acabábamos de escuchar; Bobby tenía treinta y cuatro años, yo veintinueve. Hay dolores tan intensos en la vida que se guardan en el más profundo silencio del corazón y desde lo más hondo del alma, se ofrecen a Dios como incienso de amor. Esos dolores, solamente Él los conoce.

Bernardo, Bobby y yo nos subimos al coche, en aquel silencio abismal: sin hablar, sin pensar, solamente sentir; al fin...llegamos a casa.

—En seguida regreso —dijo Bobby cuando Bernardo y yo nos bajamos.

El nudo que oprimía mi garganta no era lo menos importante

en ese momento. Cinco chiquitines juguetones y cansados estaban listos para merendar, bañarse e irse a la cama, ellos necesitaban a una Mamá tranquila y contenta...Bernardo más que nadie.

Bobby no tardó en regresar; cuando logramos que los niños se apaciguaran, se acostaran y durmieran, ya en santa paz me platicó que había ido con su prima, la doctora Estela, para informarle lo que nos había dicho el Dr. Tijerina.

—Me escuchó con mucho interés y sugirió que consultáramos al Dr. Ernesto Rangel. Por lo que percibí, le tiene mucha confianza y me hizo el favor de sacarnos cita para mañana en la tarde.

Bobby y yo nos abrazamos llorando, elevamos una sencilla oración y le pedimos a Dios luz porque había muchas cosas que ni sabíamos ni entendíamos y a pesar de estar atemorizados por la ignorancia y la incertidumbre, el sueño, finalmente, nos rindió.

Al día siguiente fuimos a la cita con el doctor Ernesto y le comentamos lo mejor que pudimos lo que nos había dicho el médico del seguro. Examinó a Bernardo y opinó que lo encontraba muy sanito. Sin embargo, considerando el diagnóstico del doctor Tijerina, nos recomendó que viéramos al Dr. Ricardo Rangel Guerra, quien también era neurólogo, para que tuviéramos otro dictamen. Asistimos entonces a una cita con el Dr. Rangel días después y le comentamos lo que confusamente recordábamos y habíamos entendido durante la visita con el Dr. Tijerina. El doctor nos cuestionó sobre su nacimiento y las diferencias motrices que observábamos entre Bernardo y Fernando, y registró nuestras respuestas en un expediente. Después le pidió a Bernardo quedarse en ropa interior y descalzo. Se repitieron las pruebas: caminar de puntas, de talones. Al tocarse los pies con las manos, el doctor nos hizo notar que para poder levantarse Bernardo tenía que apoyar la mano sobre sus rodillas porque no tenía la fuerza necesaria para hacerlo sin ese soporte. Al terminar toda aquella

faena, Bobby le ayudó a Bernardo para vestirse y luego ya nos dispusimos para atender lo que el doctor nos iba a decir:

—Antes de dar mi opinión, hay que hacerle a Bernardo una serie de exámenes físicos que nos ayuden a dar un diagnóstico evidente y definitivo. Algunos exámenes son químicos: de sangre y orina; otros son físicos, para investigar la comunicación entre cerebro y nervios como también medir la fuerza muscular.

Al día siguiente, muy temprano estábamos en el laboratorio para los exámenes médicos que le harían a Bernardo. Los químicos: sangre y orina ya sabíamos de qué se trataban. Sin embargo, los físicos fueron pruebas verdaderamente pesadas y dolorosas. Para medir la fuerza muscular, e investigar la conducción de los nervios al cerebro le insertaban a Bernardo en brazos, piernas y glúteos, unas agujas delgaditas y muy largas que conducían electricidad a una parte concreta de su cuerpo. En ese instante, él tenía que hacer fuerza para que se registrara la medición de la resistencia del músculo en cuestión y la conducción oportuna del nervio al cerebro.

¿Y Bernardo? Aguantando la vara. No se quejaba, no se enojaba. Todo lo aceptaba con buena actitud y ponía toda su voluntad para seguir las indicaciones que le daban. ¡Que valentía demostró a sus cuatro años! Un verdadero héroe. Desde entonces nos dio ejemplo de temple ante el dolor y de la aceptación paciente ante las pruebas que constantemente se fueron presentando en su vida.

Bobby, Bernardo y yo regresamos unos días después con el Dr. Ricardo para entregarle los resultados de los exámenes. Él los estudio detenidamente y nos dijo:

—Los resultados de la comunicación entre cerebro y nervios están muy bien —y continuó— Sin embargo, los exámenes de la fuerza muscular y el de los químicos indican que está presente una enfermedad congénita, al analizar el historial de su evolución motriz mi diagnóstico coincide con el

del Dr. Tijerina. Bernardo tiene Distrofia Muscular Duchen—concluyó.

Para Bobby y para mí, que estábamos esperanzados con un diagnóstico diferente, fue como si nos hubieran echado encima un balde de agua fría. ¿Qué pasaría por la mente y el corazón de nuestro chiquito? no lo sé...lo que sí sé, es que él, como nosotros, no entendió nada; indudablemente su corazón infantil, al percibir nuestra angustia, también se angustió. En ese momento, Bobby y yo ni siquiera sabíamos lo que quería decir “enfermedad congénita”. Nuestra mente era un torbellino de palabras desconocidas, aterradoras...y nuestros corazones se estremecieron al entrever el futuro de nuestro amado Bernardo. Seguramente el doctor Ricardo se dio cuenta que no teníamos ni idea de lo que nos acababa de decir, como también, lo atribulados que estábamos. Con paciencia y mucha precisión, nos explicó:

—El sistema muscular está distribuido en todo el cuerpo, no solamente brazos y piernas. Está presente en todos los movimientos que realizamos e incluso en aquellos que hacemos de manera inconsciente; como la respiración, el palpitar del corazón, el parpadeo, masticar, deglutir, digerir, etc. —hizo una pausa y prosiguió— En algunas personas, esta enfermedad se presenta a una edad avanzada y en ocasiones es tan leve que quienes la padecen no se percatan de ella; son personas muy sedentarias.

—Bernardo tiene Distrofia Muscular Duchen. Este tipo de distrofia es congénita, quiere decir que está presente desde el nacimiento y además es sumamente agresiva porque los músculos se van debilitando grave y progresivamente, al grado que llega el día en que la persona no puede hacer nada por sí misma —finalizó el doctor.

Minutos después, con voz temblorosa Bobby preguntó:

—¿Hay alguna medicina o tratamiento para esta enfermedad?

—Ninguna medicina...ningún tratamiento...no hay nada —fue la contestación pausada del doctor.

Nos hundimos en un silencio abismal...sin pensar...sin comprender y el corazón en llamas. Hiriente como el cristal el silencio se prolongaba. Como de un lugar muy lejano volvimos a escuchar la voz del doctor que decía:

—Recomiendo que se le de terapia muscular en piernas y brazos para estimularle estos músculos y que se mantengan más activos durante su crecimiento; sin que eso signifique que se vaya a recuperar o que podrá adquirir mayor fuerza — concluyó el médico.

Una vez más, salimos del consultorio apabullados por el dolor y la ignorancia. Bernardito que escuchaba atentamente lo que el doctor nos explicaba, sin comprender nada, recibió toda la información como verdadero héroe. Siempre he pensado que por ser un niño muy intuitivo percibió con mucha claridad el dolor que sus papás estábamos experimentando y desde ese momento su tierno corazón estuvo unido al nuestro en el dolor. No recuerdo que Bernardo, alguna vez en su vida, me haya cuestionado acerca de su enfermedad. Él escuchaba todo, lo guardaba todo en su corazón y lo sobrellevaba con la valentía y la serenidad que solamente Dios da.

Al día siguiente Bobby me dijo:

—Voy a investigar en el Seguro Social a ver si allí le pueden dar la terapia que recomendó el Dr. Rangel a Bernardito.

Pocos días después me explicó lugar y horario de la terapia muscular que proporcionaban en el IMMS. M u y tempranito nos fuimos Bernardito y yo a la Clínica Número Uno del Seguro que está en Pino Suárez. Por “Diosidencia” me estacioné frente a la Iglesia de San José y al bajarnos le dije:

— ¿Cómo ves, entramos a saludar a Nuestro Señor?

—Sí, Mamá —me respondió sonriente.

Lo tomé de la mano y subimos la escalera que está bastante alta, nos arrodillamos ante el Santísimo y en el silencio de la Iglesia, con sencillez dejamos nuestros corazones y necesidades en su presencia. Esto lo hicimos costumbre, antes de ir a la terapia, entrabamos a darle los buenos días a Jesús.

Estuvimos yendo a la terapia varios meses y, en el día a día, llegamos a la conclusión que la atención que el Seguro brindaba a los pacientes era sumamente deficiente en tiempo y calidad, ciertamente el servicio que Bernardo recibía ahí no redituaba el esfuerzo que él tenía que hacer para recibirlo.

4. Terapia de calidad

Cuando fuimos a la siguiente cita con el doctor Ricardo le explicamos la situación que estábamos experimentando y consultamos qué podríamos hacer al respecto y nos respondió:

—Creo que la persona que les puede ayudar, y recomiendo ampliamente es a la terapeuta Diana Muraira. Ella está muy capacitada y es muy profesional —y continuó— Hablaré con ella directamente para avisarle que le llamarán; le daré las indicaciones pertinentes sobre la terapia.

Cuando salimos del consultorio, le pregunté a Bernardo:

—¿Cómo ves que te den los ejercicios en la casa?

—Qué bueno, Mamá; era bien aburrido ir allá a dónde íbamos y luego se tardaban tanto, ¿te acuerdas?

La señorita Diana apareció en la casa como una especie de “Mary Poppins”. Aunque no hacía magia ni cosas parecidas, sí era muy buena persona y al mismo tiempo muy exigente y disciplinada en el tratamiento de Bernardo. No solamente le exigía a él, sino también a la familia. Todo tenía que estar en su lugar y a tiempo para cuando ella llegara. Con frecuencia cambiaba o inventaba algún tipo de terapia. Por ejemplo, que Bernardo subiera al resbaladero por el lado en el que los niños se resbalan, pero como era de lámina, le teníamos que poner temprano una colcha para que no se calentara durante el transcurso del día. Muchas veces se me olvidaba y pues...la resbaladilla estaba ardiendo...y la señorita Diana me llamaba de atención.

Recuerdo que una tarde que llovía a cántaros, la señorita Diana le estaba dando terapia a Bernardo, los demás niños estaban viendo la televisión y para que se estuvieran quietos y no se alborotaran, les lleve la merienda a la tele. Cuando se dio

cuenta de lo que estaba haciendo me dijo:

—Señora, si usted quiere consentir a sus hijos, es su problema. Pero a Bernardo no lo puede consentir —y concluyó— A él, la vida le va a exigir mucho y se tiene que preparar para enfrentarla.

Me quedé de a cuatro...pero... ¡cuánta razón tenía!

La señorita Diana atendía a un grupo de alrededor de veinticinco niños con diferentes discapacidades a quienes habitualmente les daba terapia. Además promovía entre ellos y sus familias una sana y enriquecedora convivencia. Anualmente, festejaban el día del Niño, hacían la posada, iban de paseo a parques y algunas otras actividades y al niño que cumplía años le llevaba pastel.

Al poco tiempo de darle terapia a Bernardo, un día del mes de diciembre me preguntó:

—¿Cómo ve si la Posada de este año la podemos hacer aquí en su casa?

—Por supuesto que sí, estaremos encantados —contesté.

¡Y...tuvimos posada! Con autorización de la señorita Diana los hermanos de Bernardo asistieron y ayudaron, fue una experiencia muy enriquecedora, el convivir con niños con capacidades diferentes favoreció a toda la familia para tomar conciencia de que Bernardo no era el único niño con discapacidad. A partir de esa fecha, la señorita Diana nos invitaba a diversas actividades y nos uníamos con mucho gusto. Un día les preguntó a mis hijos:

—¿Quién se apunta para subir en una avioneta y volar sobre Monterrey?

Todos estaban puestísimos. Sin embargo, no todos podían porque algunos eran todavía muy chiquitos y Robertito tenía juego de béisbol. El sábado por la mañana, Bobby llevó a Bernardo, Fernando y Nena al aeropuerto del Norte.

Al regresar a casa del paseo en avioneta venían felices y no paraban de platicar cómo se veía la ciudad desde las alturas; estaban muy impresionados de todas las explicaciones que les dio el copiloto.



Un verano Diana consiguió la alberca del IMSS que está por Morones Prieto y se organizó para que el grupo de sus pacientes fueran a nadar, además contrató al profesor Contreras para que les diera clases tres veces por semana. Cuando me platicó su plan me pareció una magnífica idea y luego me preguntó:

—¿Cómo ve, señora? ¿Se animan a asistir también con sus otros hijos? —y continuó— las clases serán a las siete de la mañana, así no habrá más personas en la alberca y no estaremos con el pendiente por la seguridad de los niños.

Todas las mañanas llevaba a Bernardo, Nena y Fernando, y todos aprendieron a nadar. Recuerdo que Bernardo cuando necesitaba respirar se detenía, se incorporaba y se limpiaba las pestañas que se le llenaban de agua porque las tenía muy

largas; luego agarraba aire, se metía al agua, flotaba y volvía a braccar. Bernardo muy contento comentaba:

—Me gusta mucho nadar porque dentro del agua me puedo mover solo sin que nadie me ayude.

Bernardo recibió terapia de la señorita Diana Muraria durante varios años, ella fue una ayuda invaluable en la vida de nuestro hijo y de nuestra familia. Nos enseñó que Bernardo, aunque fuera nuestro hijo y fuera muy especial para nosotros, no era el único que tenía una discapacidad y que tampoco era la peor. Que por lo tanto, había que darle un trato igual que a los demás hermanos y si fuera necesario exigirle un poco más. Así mismo que estuviéramos atentos a buscar diversas actividades para lograr la integración calificada de Bernardo en la familia y en la sociedad. No obstante de su valiosa ayuda, la debilidad muscular de Bernardo siguió avanzando. Siempre recordamos a la Srta. Diana Muraira con mucho cariño y gratitud, la respetamos como a una excelente profesionista en su especialidad y admiramos la entrega total y desinteresada de su persona a sus pacientes, a quien siempre atendió con cariño y solicitud.

Dios y la vida nos fueron enseñando que Bernardo, en el día a día, necesitaría más y más ayuda para poder llevar a cabo una vida lo más normal posible. Sin embargo, nunca lo vimos como enfermo y él jamás actuó como tal. Su enfermedad no era un tema de conversación familiar; era una realidad que, en el diario vivir, todos asumimos y los demás familiares lo aceptaron por igual. Nuestro trato fue el mismo que a los demás hijos y la relación entre los hermanos siempre fue pareja. Jugaban, peleaban y bromeaban como si fuera cualquiera de los hermanos.

5. Inicia la vida escolar

Cuando Robertito cumplió cinco años ya era tiempo de que iniciara su época escolar; a la vuelta de la casa había un kindersito y para no complicarnos la existencia lo inscribimos ahí. Yo lo llevaba al kinder caminando, al dejarlo se tiraba al suelo y se ponía a llorar; un día me escondí detrás de un árbol para espiarlo y me di cuenta de que en cuanto me dejaba de ver, dejaba de llorar, muy campante se levantaba y entraba a las clases. Cuando llegó el tiempo de que pasara a parvulitos, lo inscribimos en el Instituto Regiomontano, que dirigen los Hermanos Lasallistas y estaba a unas cuantas cuabras de la casa. A Nena la inscribimos en El Instituto Motolinía, dirigido por las Misioneras del Jesús Sacerdote. Minina acompañaba las clases de canto de las niñas en ese colegio y nos lo recomendó mucho.

Los Cuates cumplieron cinco años pero el kindersito de la vuelta de la casa ya no estaba, por lo que asistieron al Colegio Jesús María Echevarría dirigido por Religiosas que prestaban servicio como maestras en el Regiomontano. El transporte escolar los recogía por la mañana y regresaban a mediodía, al llegar nos platicaban todo lo que habían hecho y cómo jugaban con sus amiguitos. Un día noté que Bernardo venía cabizbajo y le pregunté que qué le pasaba y me contestó:

—Mamá, hoy castigaron a Fernando porque un niño me empujó de adrede y me caí, luego Fernando le pegó y el niño se puso a llorar, la maestra se enojó y castigó a Fernando en un rincón.

Cuando Bobby llegó a casa, le platicaron con lujo de detalles el incidente y por supuesto que dijo:

—Fernando, te felicito; los hermanos siempre se tienen que defender cuando se hace una injusticia contra alguno de ustedes.

Para el festejo de fin de curso del Kínder usaron un vestuario muy bonito: era un uniforme militar de gala con

chaqueta roja, pantalón blanco y sombrero rojo muy alto. Los dos se paraban muy derechitos y formales como soldaditos y hacían el saludo militar que su Papá les enseñó. En una ocasión que vinieron mis papás de Torreón, los niños se disfrazaron para presentarnos un *show*. Nena, con un vestuario de española rojo, claveles y peineta en el chongo y bailaba moviendo sus manitas como una verdadera flamenca; Fernando y Bernardo, disfrazados de soldaditos marchaban muy ceremoniosos haciendo el saludo militar; y Chuy disfrazado de apache traía un paliacate amarrado en la cabeza con una pluma ensartada. El show consistía en que el apache perseguía a la española y los soldados iban a rescatarla. Robertito, como hermano mayor, ya no le gustaban aquellos juegos infantiles y se acomodó con nosotros para aplaudir a los artistas.



6. Otra vez llega la cigüeña

En muchos aspectos nuestra vida familiar seguía transcurriendo de lo más normal, como puede ser el día a día de cualquier familia. Bobby había iniciado el negocio de Dillon, S.A. y tenía varias representaciones aquí en Monterrey, para que prosperara debía darle duro a la chamba y atenderlo a carta cabal. Era representante de diversos productos como: papel, celloprint, máquinas para embolsar, fabricación de anaqueles, juegos infantiles, hilos de henequén, básculas y algunos otros. Yo me dedicaba a atender al marido, los hijos y la casa. Asistía a mis reuniones de formación en la educación de los hijos y me inicié espiritualmente en el Apostolado de la Cruz; las reuniones eran en la misma cuadra de la casa en donde vivíamos, así que no se me dificultaba la asistencia. En ocasiones, Bobby inventaba alguna escapada en fin de semana a Laredo y Ofelia nos hacía el favor de cuidarnos a los niños; estas huidas nos servían muchísimo para estar un rato a solas, poder platicar y descansar.

Un día Bobby llegó un poco más tarde del trabajo, los niños ya estaban dormidos y me platicó:

—Traigo un lío en la cabeza que le ando dando vueltas y vueltas. Fíjate que quieren que les fabrique un asta-bandera. Pero no sé si aceptar o no ese pedido; se necesitan muchos cálculos: el tubo, la altura y la base para anclarlo, también hay que calcular el peso de la bandera y el viento. De plano no voy aceptar el pedido. —después, me preguntó— ¿y de los niños, qué travesuras me cuentas?

—Con las peripecias que ya ves que no faltan —respondí y le pregunté—¿Cómo andas de tiempo mañana? Quiero ir al doctor.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? —me preguntó inquieto.

—Todo esta bien Bobby —contesté— creo que vas a ser Papá otra vez.

Se me quedó viendo fijamente, y como pensando que lo estaba bromeando dijo:

— *¿Are you sure?*

—Creo que sí —contesté— de hecho, te iba a decir que si esta semana vamos al médico para que nos lo confirme; creo que ya son como dos meses que tengo de embarazo.

Inmediatamente, se puso de pie, y feliz de la vida me abrazó con mucho cariño.

— Mi'jita —me dijo— me haces tan feliz...me da tanto gusto...es una verdadera bendición.

Fuimos al doctor y nos confirmó el embarazo. Durante ese tiempo yo estuve bastante preocupada de que fuera prematuro como Chuy. Sin embargo, gracias a Dios los nueve meses transcurrieron sin ningún contratiempo.

En la madrugada del 30 de octubre de 1965 hizo su entrada triunfal nuestro sexto hijo, Luis Guillermo, Memo; hermoso bebé de 4 kilos, tenía el pelito castaño y ondulado, con un lunar de pelo rojizo a un lado de la cabeza; sus ojitos cafés muy grandes y un carácter muy jovial. Sus padrinos de Bautizo fueron Adán y Lucy Elizondo; saliendo del hospital nos fuimos a la Parroquia de la Purísima para celebrar la ceremonia.

A sus hermanitos les gustaba mucho acercase a su cuna para verlo, les daba emoción tener en casa aquel pequeñito. Un día que regresaron del colegio, Robertito dijo:

—Nena, vamos a ver si Memito está despierto para hacerlo reír.

Todos entraron muy quedito al cuarto. Unos se subieron a la cama, otros se quedaron paraditos y se asomaron a ver a su hermanito. En cuanto Memo los vio empezó a sonreír, ellos felices le hablaban y hacían aspavientos para que siguiera riendo.



Entre risas, travesuras y mucho trabajo transcurrían los días y los meses sin darnos cuenta. A finales del verano después de corretear durante todo el día los niños ya estaban dormidos y Bobby muy entretenido veía un partido de béisbol de la serie mundial.

—¿Cómo va el partido?—le pregunté al sentarme a su lado.

De pronto se puso de pie y como buen fanático me narró con lujo de detalles los pormenores del juego:

—En la séptima entrada, había dos hombres en base, con dos *outs*; el siguiente bateador, después de dos *strikes*, metió un *home-run*...y el juego se empató; el público entusiasmado se puso de pie a vitorear. Luego, al siguiente bateador lo poncharon; ahora le toca batear al otro equipo a ver si desempatan.

—Aprovechando que el juego está en la séptima entrada —dije— te quiero comentar que nuestra familia se está perfilando para iniciar la séptima entrada.

Se me quedó mirando bastante desconcertado, como diciendo: ¿qué, qué? ¿Qué me estas tratando de decir?

Con mucha parsimonia continué:

—Pues sí Bobby, con favor de Dios, creo que en unos siete meses recibiremos un home-run en la familia.

Volvió a parpadear y muy serio se me quedó viendo. Unos segundos más tarde, le cayó el veinte, me abrazó y muy cariñoso dijo:

—¿Qué nos irá a regalar el Señor en esta ocasión? Quiero muchísimo a mis varoncitos y ahora me encantaría que fuera una princesita.

—A mí también me gustaría, y si es niña ¿cómo ves si le ponemos Patricia? Ya ves que ese nombre nos ha gustado siempre.

—De acuerdísimo; ya saca la cita para ir al doctor para que nos confirme esta novedad y que cheque que todo esté bien.

Días más tarde fuimos al médico, quien corroboró el nuevo embarazo y nos dio fecha probable del nacimiento.

El 16 de abril de 1967, Dios bendijo nuestra familia con la llegada de nuestra deseada Bebita, Paty; hermosa como ella sola, con su pelito oscuro y lacio, unos ojos muy grandes y pizpiretos. Saliendo de la maternidad nos fuimos directo a la Parroquia de la Purísima a Bautizarla; sus padrinos fueron Rodrigo Barrenechea y Margarita González de Barrenechea.

Bobby y yo estábamos fascinados con ella; ahora el desfile de los niños era para ver a su nueva hermanita. Un día Nena me dijo:

—Mamá, ¿me dejas cargarla como a mis muñecas?

—Ven Nena, siéntate aquí en la mecedora—le acomodé a Patita y empezó a platicarle, la estuvo arrullando hasta que se quedó dormida.

Nuestra hijita Paty-bu, de cariñito como le decía su Papá, además de alegrar a nuestra familia, llegó, como luego se dice, ‘con la torta debajo el brazo’. Días después de su nacimiento, Bobby regresó a la casa muy entusiasmado y me dijo:

—¿Te acuerdas lo que habíamos platicado sobre el coche? Pues ya vi uno en la agencia Rambler y lo tengo apalabrado, quiero que me acompañes para que le eches un ojo a ver qué te parece.

Bobby no cabía en sí de satisfacción, sería nuestro primer coche ‘nuevo’, como él decía: *salido de agencia*. Esa tarde lo fuimos a ver y a mí me pareció muy bonito; Bobby acabó de cerrar el trato, firmó papeles y dejó todo listo para ir por él al día siguiente, Robertito y Nena lo acompañaron. Llegaron sonando el claxon y grite y grite. Curiosos e ilusionados contemplábamos la nueva adquisición; Nena no dejaba de gritar:

—¡Lo sacamos del aparador y salimos a la calle por la puerta de la tienda!

Obviamente nos subimos para probarlo...como luego se dice: ‘darle el remojón’. Estaba de lujo: color azul celeste, cuatro puertas y lo mejor: *nuevecito*.

7. Puerto Aranzas

Cada año las vacaciones de verano las pasábamos con mis papás en Torreón, pero el año que nació Patita pudimos ir por primera vez toda la familia a un destino turístico: Puerto Aranzas, Texas; una playa que se encuentra en el Golfo de México, frente a Corpus Christi.

Bobby y yo le echamos ganas para organizar el viaje porque requería bastante logística y coordinación, ya que éramos una caravana de once personas: el Papá, la Mamá, siete niños, la abuelita y la nana. Imposible que todos cupiéramos en el coche; éramos cuatro adultos y aunque los niños estaban chicos, eran siete. Así pues, optamos por que parte del contingente fuera en coche y otra parte en un camión de Transportes del Norte. En el autobús irían Minina, Nena, Fernando, Bernardo y Emilia Loredo (la nana); en el coche: Bobby, Roberto, Chuy, Memo, Paty (de tres meses) y yo.

Todas las noches platicábamos de la organización del viaje y no faltaban las preguntas de los niños, interesados en saber lo más que se pudiera: ¿está muy lejos? ¿cuánto tiempo hacemos? ¿cómo es el mar? ¿qué es la arena? Tratábamos de darles respuestas que pudieran comprender y lo que íbamos a hacer: meterse al mar, jugar en la arena e ir de pesca. Todos estaban muy ilusionados y también inquietos por lo desconocido.

—Male— dijo Bobby cuando andábamos en los últimos planes—creo que debemos quedarnos a dormir en Corpus Christi y al día siguiente seguirle a Aranzas porque el tirón está muy largo. Me pareció una muy buena idea.

El señalado y tan platicado día por fin llegó y todos, como relojitos, empezamos funcionar. Muy temprano, Bobby llevó a

la central a los que iban en el camión. Después regresó por el resto para emprender el viaje. En la carretera adelantamos al camión en el que viajaba parte de la tribu y cuando llegamos a la aduana en Laredo, nos detuvimos para esperar al autobús; en mi pasaporte estaban los siete niños y para que ellos pudieran cruzar necesitábamos ir juntos; se bajaron del camión y pasamos el puente caminando; aproveché para preguntarles:

—¿Cómo les ha ido de viaje?

—Muy bien —respondió Fernando— los asientos están muy a gusto, se hacen hasta atrás y te puedes dormir. Las ventanas están muy grandes, te asomas y ves para afuera sin que nada te estorbe.

Al terminar los tramites de aduana, nos volvimos a acomodar como estaba pre-establecido y emprendimos nuevamente la travesía. Un poco más adelante Bobby me dijo:

—Mira, ya alcanzamos al camión, lo voy a adelantar para llegar al hotel en Corpus a instalarnos y tener tiempo de regresar a la terminal para recoger a los demás.

Nos hospedamos en el Hotel Nueces y mientras Bobby recogía al resto del contingente, me quedé reacomodando las camas para que pudiéramos caber todos en dos cuartos, que se comunicaban. Mujeres en uno y hombres en otro. Sobre una mesa, que puse entre dos paredes, preparé un tendido que sirvió de cuna para Patita. Aunque en aquel entonces todo era mucho más sencillo, sí se necesitaba bastante coordinación. Esa noche cenamos cualquier cosa y muertos de cansancio nos dormimos enseguida.

Al día siguiente, Bobby se fue muy temprano a Puerto Aranzas para conseguir hospedaje; los demás bajamos a desayunar. Para antes del mediodía, Bobby regresó con una buena noticia: ya teníamos reservación en el hotel “Rock Cottages”. Terminamos de comer y Bobby se llevó a la mayoría

de la tropa para que se fueran instalando. Roberto, Fernando y Chuy se quedaron conmigo para hacer las compras en el súper. Traíamos dos carritos y travesaron hasta cansarse; fue una ‘epopeya’ hacer tanto mandando con ‘esos’ tres niños; cuando Bobby regresó por nosotros yo ya ‘pedía esquina’.

La cabaña me encantó; estaba frente al mar; las paredes exteriores eran de piedra bola, el techo de dos aguas y adentro todo era de madera. Tenía salita, comedor, cocina, dos baños, tres recamaras y un corralito para acostar a mi Patita. Finalmente, aquel largo y ajetreado día llegó a su fin y gracias a Dios también llegó la hora de dormir.

Muy temprano, al siguiente día, empezó el ajetreo: desayunos, trajes de baño, toallas, sillas y todo lo que se necesita para ir a la playa. Los niños alborotaban y corrían de un lado para otro y la cabaña parecía un torbellino. Al fin, equipados salimos al mar; sentimos la arena muy suavcita, las olas no estaban fuertes y el mar fabuloso. De pronto Robertito gritó:

—Unas carreritas a ver quién llega primero al mar.

Hechos la cochinita, salieron disparados y nosotros tras de ellos para ayudar a Bernardo y a los chiquitos. Sin pensarlo, dos veces, se aventaron al mar y como era de esperarse llegó una ola y los revolcó. Chuy se levantó escupiendo y gritando:

—Qué asco...está salada.

Todos se limpiaban los ojos, hacían aspavientos y escupían el agua; y cuando menos se lo esperaban hay viene otra ola...otra revolcada...a tragar agua, y otra vez: toses, aspavientos y risas.

Fueron unos días maravillosos: tomar el sol, hacer castillos de arena y retozar en el mar. Bobby y yo sosteníamos a los niños de las manos para ayudarles a torear las olas y a mi preciosa Bebida de tres meses, la acomodaba sobre la arena para que la brisa del mar, el murmullo de las olas y el canto de



Una noche, después de cenar y ya casi listos para dormir, su Papá preguntó:

—¿Quién se apunta para ir de pesca mañana?

Todos estaban puestísimos, pero finalmente fueron: Roberto, Fernando y Bernardo. La lancha tenía en cubierta unas sillas muy seguras y Bobby acomodó y sujetó a Bernardo para que pudiera disfrutar de la pesca y del paseo sin peligro; regresó muy contento y desde entonces le gustó mucho ir de pesca. Atraparon un montón de guachinangos; para esa noche Minina preparó un platillo tan delicioso como para chuparse los dedos.

En el centro del puerto había un parque infantil que tenía columpios, resbaladeros y sube-y-baja, los niños, al verlos se subieron a todos los juegos. Después descubrieron unos animales de cemento y encaramarse sobre ellos fue la siguiente diversión.



Bobby anduvo dando vueltas al parque y le hizo señas a Bernardo para que fuera a donde él estaba y le susurró:

—Ven, te voy a enseñar algo.

—¿Qué es, Papá? —contestó a media voz.

Bobby lo tomó de la mano y se fueron caminando sigilosamente hacia un letrero. Bobby le murmuraba algo al oído y Bernardo se reía. Chuy de curioso salió corriendo tras ellos y los demás lo siguieron. Cuando sus hermanos se aproximaban, Bernardo les gritó:

—¡Cuidado hay víboras de cascabel!

Cuando escucharon la advertencia, se detuvieron en seco ante un agujero en la tierra que tenía una malla de alambón y temerosos se acercaron muy despacito porque frente al pozo, había un letrero que decía:

¡Watch Out, *Texas Rattles!*

En ese momento Bernardo y Bobby soltaron la carcajada, los demás se quedaron desconcertados; al asomarse se sorprendieron porque dentro del agujero lo que había eran sonajas para bebé. Las carcajadas no paraban y se echaban mosca a ver quién era el que había tenido más miedo.

Los diez días de unas formidables vacaciones llegaron a su fin; felices, cansados y bien tostados, ya era tiempo de regresar a casa. La misma logística que usamos para ir la empleamos para regresar: los mismos en el camión y los mismos en el coche. Sin embargo, como no tuvimos que esperar al camión en el puente, nos vinimos directo hasta Monterrey. Bobby nos dejó en casa y se regresó chisqueado a recoger a los que viajaban en el autobús. Cansados y contentos, esa noche dormimos como lirones y al día siguiente...a chamber.

8. Primaria, Primera Comuni3n y travesuras

Bobby y yo tenamos un objetivo muy importante: brindarles a nuestros hijos la mejor educaci3n posible. Por esto, decidimos que estudiaran en el Instituto Regiomontano que dirigen los Hermanos Lasallistas de las Escuelas Cristianas, fundados por San Juan Bautista de Lasalle. Su formaci3n siempre ha sido de profundos valores cristianos y 3tica moral de primer nivel. Adem3s, desde aros atr3s, haba una relaci3n muy estrecha con los Hermanos porque en Barcelona mi Pap3 fue formado por ellos y todos mis hermanos estudiaron bajo su tutela en el Instituto Franc3s de la Laguna. Los Lasallistas siempre nos acogieron con un trato fraterno, como familia.

Cuando los Cuates iniciaron su primaria, Bernardo todav3a se desplazaba con suficiente facilidad, por lo que Bobby y yo pensamos que era mejor que estuvieran en salones diferentes para no generar entre ellos una dependencia y que interactuaran libremente con sus compaeros. Un d3a que fui a recoger a los niros, la maestra Mar3a Luisa de parvulitos me detuvo y me coment3:

—Seora, estoy sorprendida de la extraordinaria memoria de Bernardo, tiene una inteligencia fotogr3fica porque todo lo que les explico en clase lo graba con mucha precisi3n.

—Mar3a Luisa, le agradezco y valoro mucho lo que me comenta porque me ayuda para conocer mejor a mi hijo—le respond3 emocionada y aadi—mi esposo y yo hemos notado que siendo tan pequeo est3 muy atento a lo que se dice o sucede en la familia.

—S3, as3 es —continu3 la maestra— y por su condici3n, ser3 de gran ventaja durante su vida.





Durante su vida escolar, Bernardo fue un alumno destacado y apreciado por sus compañeros y profesores. Nuestros hijos recibieron en el Regiomontano la preparación para hacer su Primera Comunión y los Cuates en el segundo año de primaria estaban listos para el Sacramento. Un día que los fui a recoger les dije que el Padre Fidel los estaba esperando para confesarlos porque el sábado ya iban a hacer su Primera Comunión. Cuando íbamos de camino, los noté un poco inquietos y les pregunté qué les pasaba y Fernando me contestó:

—Es que no sabemos que es lo que le tenemos que decir.

—No se apuren el Padre les ayuda —contesté.

El Padre recibió primero a uno y enseguida al otro; después los dos estuvieron con él un buen rato y al salir estaban tan contentos y me platicaron lo que el Padre les había dicho.

—El Padre me explicó — Bernardo inició el relato— que cuando batallo para hacer algo y se lo ofrezco a Dios es como si echara una monedita de oro en mi alcancía del cielo.

—A mí me dijo que cada vez que ayudo a Bernardo, yo también echo una monedita de oro en la mía— dijo Fernando.

Y en su idioma infantil me explicaron que a partir de ese día el Señor Jesús sería el copiloto en su vida...que Él viviría con ellos y siempre los llevaría por el bien. Al llegar el tan esperado día, nos estábamos acabando de arreglar cuando escuchamos a Bobby con voz de clarín:

—¡Vámonnnnooosss!

Los Cuates muy trajeados y la familia echando tiros, nos subimos al coche para salir destapados a la Capilla del Motolinía para la Primera Comuni3n. El Padre Fidel como siempre, celebr3 la Eucaristía con mucha unción. Bernardo observaba todo lo que sucedía. Esa noche me confi3:

—Mamá, siento que Jesús me quiere mucho.

Aguantando las lágrimas, lo abracé y le di un beso:

—Sí, Bernardo, te quiere mucho y toda tu vida estará contigo para ayudarte, aunque no lo veas siempre está contigo.

Quebrando una pícara sonrisa dijo,

—Sabes otra cosa...a mi padrino Ernesto le voy a decir: Padrino Bigotitos porque tiene unos bigotes muy grandes.

—Me parece muy bien...ahora a dormir—dije sonriendo.



Los años transcurrían, Bernardo cursaba la primaria y la debilidad en su fuerza motriz fue haciéndose cada vez más evidente y sus habilidades paulatinamente fueron disminuyendo; algunas actividades escolares ya no le fue posible realizarlas. Un día que regresó del colegio me dijo:

—Hoy no participé en los honores a la bandera y el maestro me pidió que le ayudara a poner en orden las tareas y estuvimos platicando.

Me enteré que un día, cuando terminó el recreo, estaba un grupito de niños detenidos viendo una situación; por curiosos otros se detuvieron para ver qué sucedía y escucharon que un niño le decía a Bernardo:

—Perdóname...discúlpame...lo hice por bromear...no pensé que te fueras a caer...

—No te preocupes —contestó Bernardo— sé que no fue tu intención que me cayera...estoy bien...ayúdame a levantarme, porque yo solo no puedo.

— Bernardo ¿qué te paso? —preguntó otro niño.

—Es mi culpa —explicó el primer niño casi llorando— él se venía deteniendo de la pared y de broma le quité la mano y se cayó hasta el suelo —añadió— por favor, perdóname.

—Bernardo vamos a levantarte— intervino otro compañero.

Entre varios le ayudaron a levantarse y ya de pie Bernardo dijo:

—Vamos a seguirle, porque han de estar entrando al salón y el maestro nos va a castigar por llegar tarde.

Bernardo iba cojeando y los compañeros caminaron a su paso para ayudarlo.

El maestro los esperaba en la puerta y se dio cuenta que había ocurrido algo y preguntó:

—Bernardo ¿qué paso? ¿porqué traes raspada la rodilla y el codo?

El niño que hizo la broma respondió cabizbajo:

—Maestro, le quise hacer una broma a Bernardo, pero nunca pensé que se fuera a caer hasta el suelo...

Entonces Bernardo inmediatamente intervino:

—Maestro, fue una broma, somos amigos, y sé que no lo hizo con mala intención.

El profesor muy serio ordenó:

—Pasen a sus lugares —y añadió— Bernardo, ¿quieres ir a la enfermería?

—Estoy bien, no hay problema.

—Jovencitos —continuó el maestro— no quiero que esto se repita: ¡Jamás! Comprendo que la intención no fue que Bernardo se lastimara, pero tienen que aprender a respetarse y cuidarse entre ustedes.

A la salida del colegio, uno de los amigos le fue a avisar a Fernando que Bernardo lo estaba esperando en el salón.

—¿Qué te pasó, Bernardo? —inquirió Fernando cuando lo vio.

—Me caí cuando veníamos del recreo; por travieso un compañero del salón me empujó la mano de la pared; estoy bien, solo me duele la rodilla para caminar... nomás vámonos despacito.

La bolita de amigos se apiñó para enterarse qué había pasado y como los Cuates no hicieron arguende de enojo, hasta ahí llegó el percance; sin embargo, al compañero bromista no le faltaron las miradas matadoras. Uno de los vecinos se ofreció a ayudarles en el camino a la casa.

Nuestros hijos y varios vecinitos se regresaban del colegio caminando a la casa; aunque la distancia no era larga los niños aprovechaban para hacer travesuras y es obvio que los percances no faltaban. En una de las casas vecinas había un perro muy grande y al estar enfrente se ponían a gritar:

—¡Peny, Peny, Peny!

El perro al escuchar la gritona de los niños empezaba a ladrar; ellos despavoridos salían disparados a carrera tendida llevando a Bernardo a volanteadas; en algunas ocasiones el Peny se salía y los perseguía, pero nunca los lastimó.



En otra ocasión que regresaban del colegio al pasar por un monte baldío vieron algo extraño, la curiosidad fue mucha y fueron a investigar. . .tristemente, la lección la aprendieron por las malas porque Chuy llegó a la casa gritando:

— ¡MAMÁ! nos picaron las abejas.

—Que, ¿qué? —repliqué desde la cocina y fui a ver qué pasaba; por lo pronto, Chuy traía un piquetazo en el brazo y le dije:

—¿Y los Cuates?

—Vienen juntos, Fernando me dijo que me adelantara para avisarte.

Cuando salí a la banqueta, ellos casi llegaban a la casa y Bernardo también traía otros piquetazos en la frente y en la mano. Les puse hielo para bajar la hinchazón. Cuando se nos pasó a todos el susto les pregunté qué era lo que había pasado. Chuy empezó el relato:

—Veníamos por el monte y vimos entre las ramas secas que algo se movía pero no sabíamos qué era.

Bernardo interrumpió.

—Yo también quería saber así que le dije a Chuy: “mira allí hay una rama larga, pícale para que se mueva a ver qué es”.

—Cuando nos dimos cuenta que era un panal —prosiguió Chuy— las abejas ya estaban bastante enojadas y se nos vinieron encima.

—Yo quería agarrar una para revisarla de cerquita —siguió Bernardo— pero pican bien fuerte.

—En eso los alcancé —intervino Fernando— le dije a Chuy que te viniera a avisar y entre otro niño y yo agarramos a Bernardo y nos lo trajimos corriendo.

—Pues las abejas ya se encargaron de darles una buena lección, ¿verdad? —bromeando y con ironía contesté.

Cuando llegó su Papá le volvieron a dar santo y seña de la aventura con las abejas, él se rio a carcajadas y cuando los niños ya estaban listos para dormirse inició su clásico cuento nocturno.

—Niños, como recordarán ustedes... Tom Swayer iba por el monte con su amigo Huckle Berry Finn cuando a lo lejos vieron a un oso que hurgaba dentro del tronco de un árbol y de los dedos le chorreaba algo que se relamía. Al acercarse a ver, descubrieron que comía algo que escurría del panal y las abejas zumbaban sobre él. Se dieron cuenta que era miel y se veía muy sabrosa así que decidieron buscar otro panal para también comer miel. Al encontrarlo, metieron la mano dentro del panal, se les vino encima un enjambre de abejas que tuvieron que salir hechos la cochinilla para echarse al río y tratar de evitar más picotazos... el cuento siguió hasta que se fueron quedando dormidos.

Así era el diario vivir con una familia numerosa y traviesa; si no inventaban una cosa, inventaban otra. Los más grandes se subían al techo con unas ramas y trataban de darle a las mariposas que pasaban volando; los más chicos siempre improvisaban alguna travesura.

Uno de tantos días estaba muy impaciente porque había buscado mi pluma por mar y cielo, abrí y cerré cajones de toda la casa, al fin, con un dejo de mal humor pregunté:

—¿Alguien ha visto mi pluma?

Respuesta: SILENCIO.

Los hijos seguían con sus cosas, para ellos, cualquier pluma daba lo mismo... pero, para mí NO. La impaciencia convertida en preguntas aumentó, como también la frenética búsqueda... en medio de la apasionada investigación, de pronto, la pluma apareció; muy ufana y contentita dije:

—¡Ah... aquí está!

Quebrando una sonrisa y con un suspiro de alivio Bernardo dijo:

—¡Gracias a Dios!

Con esa actitud y con expresiones muy sencillas, Bernardo nos

ubicaba a no darle tanta importancia, a las cosas que no la tienen.

Aunque la implacable enfermedad seguía su curso, haciéndose cada vez más obvia por las dificultades que Bernardo debía sobrellevar en su diario vivir, siempre participó en todas las actividades de la vida familiar: convivencias, viajes y paseos. Jamás hubo una razón para que se quedara en casa ya que todos poníamos de nuestra parte para que eso no sucediera. Dios reforzó su voluntad para tener un estado de ánimo equilibrado, confiado y resuelto en todo momento.



ADOLESCENCIA

9. Clínica Mayo

En 1972, Bobby era Gerente de Ventas en la LTH y Don Ricardo Cantú Leal era el dueño de la empresa; un día lo llamó a su oficina y le dijo:

—Bobby, estoy muy contento con los excelentes resultados que tienes en el desempeño de tu trabajo, las ventas a nivel nacional se han incrementado y estoy al tanto de que el personal de ventas está muy motivado.

—Gracias, don Ricardo, creo que se ha logrado bastante y me da gusto que usted esté satisfecho —contestó.

—Me gustaría tratar un asunto personal contigo, ¿estás de acuerdo? —cortésmente inquirió don Ricardo.

—Por supuesto don Ricardo —respondió Bobby— ¿de qué se trata?

—Sé que hay una amistad muy estrecha entre tu esposa Magdalena y mi hija Nena. Ella me ha comentado de la enfermedad que tiene un hijo tuyo. No sé cuál es el problema o qué diagnóstico les han dado, pero, si me permites, quiero proponerte que consideren la posibilidad de buscar otra opinión médica —y con mucha empatía preguntó— ¿cómo se llama tu hijito y qué edad tiene?

—Su nombre es Bernardo, tiene once años y está cursando quinto de primaria en el Colegio Regiomontano —respondió Bobby, con un dejo de tristeza en su voz— La enfermedad que le han diagnosticado es Distrofia Muscular Duchén. Es una enfermedad que continuamente debilita los músculos de todo el cuerpo. Hasta el día de hoy no tiene curación, no hay medicinas y no hay nada que se pueda hacer.

Bobby con los ojos llenos de lágrimas permaneció en silencio.

Don Ricardo, respetando el dolor de un padre afligido por su hijo hizo una pausa. Unos minutos después, con voz cargada de ánimo dijo:

—Bobby, estoy pensando en la posibilidad de que tú y tu esposa se animen a llevar a su hijo a la Clínica Mayo, allí están los mejores especialistas de diversas enfermedades y tienen tecnología de vanguardia para investigar y dar un diagnóstico seguro —terminó diciendo— ¿cómo ves? ¿se animan?

Bobby estupefacto, movía negativamente la cabeza reflejando en su semblante la imposibilidad de dicho viaje; con voz apagada por la emoción respondió:

—Qué más quisiéramos Don Ricardo, pero no nos es posible.

—Por el costo...no te preocupes —lo interrumpió don Ricardo y aseguró— Si Magdalena y tú se animan, yo estoy dispuesto a apoyarlos con los gastos derivados del viaje. Consulta con el médico de tu hijo, seguramente él te puede orientar al respecto y quizá te puede ayudar para hacer los contactos necesarios con doctores de la Clínica Mayo.

Bobby se quedó callado sin saber qué contestar. Don Ricardo se puso de pie y estrechando afectuosamente la mano de Bobby, le dijo:

—Cuando tengas esa información, coordinas las citas y me avisas las fechas; lo demás corre por mi cuenta.

De todo corazón Bobby le agradeció a Don Ricardo su generosidad.

Cuando Bobby llegó a la casa no cabía en sí de alegría y como luego se dice, ‘desde el quiübole’ y sin dejar fuera ningún detalle me contó la increíble noticia: la oportunidad de que a Bernardo lo atendieran los mejores especialistas en la Clínica Mayo; la posibilidad de que hubiera un descubrimiento o tratamiento para la enfermedad; hasta la esperanza de otro

diagnóstico. Agradecidos también, por supuesto, por la empatía y generosidad de Don Ricardo.

Jubilosos y esperanzados agradecemos a Dios por esta oportunidad para nuestro hijo y constatamos una vez que Él con su inmensa bondad siempre nos acompañaba en el camino de la vida. No cabíamos de alegría, era algo que ni soñando se nos hubiera ocurrido.

Días después, fuimos con el doctor Rangel para platicarle tan estupenda noticia de llevar a Bernardo a la Clínica Mayo. El doctor entusiasmado nos garantizó:

—¡Los felicito! A nivel mundial, es lo mejor que hay para diagnóstico.

—Ricardo, ¿conoces algún médico de allá? ¿cómo nos recomiendas sacar cita? —preguntó Bobby.

—Le llamo al doctor Gómez con mucho gusto, a quien conozco desde hace muchos años para presentarle el caso —respondió el médico y añadió— cuando tenga todas las citas agendadas te aviso para que programen su viaje.

Pocos días después, el doctor Ricardo telefoneó:

—Bobby ya tengo el programa de las citas con días y horarios en la clínica y el doctor Gómez los está esperando; ven al consultorio para entregártelo por escrito.

Con todos los datos en la mano, Bobby fue a la oficina de Don Ricardo y le informó la buenísima ayuda que el Dr. Rangel nos había brindado. Don Ricardo estaba muy contento y enseguida ordenó el pago generoso para boletos de avión, consultas y estancia; una vez terminado esa diligencia dijo:

—Excelente Bobby, me alegro sobremanera que tú y Magdalena tengan la oportunidad de brindarle a Bernardo la posibilidad de otra consulta y en manos de Dios pondremos los resultados.

Bobby le manifestó a Don Ricardo nuestra gratitud y me llamó para que organizara todo en la casa y salir de viaje sin contratiempos; él inició todos los trámites para el viaje.

La Clínica Mayo está en Rochester, Minnesota, y el avión aterrizaba en el aeropuerto de las ciudades gemelas, St. Paul y Minneapolis, por esta razón Bobby dedujo que lo mejor era rentar un coche para trasladarnos a Rochester y tener transporte a la mano para lo que se pudiera ofrecer. Al bajarnos del avión Bobby tomó a Bernardo de la mano y lo llevó al lote de renta de coches y le preguntó:

—Mi'jito, ¿cuál te gusta?

—Ese coche sport —contestó Bernardo con mucha seguridad.

—¡Ni hablar! El coche había sido elegido y ese fue el que usamos durante nuestra estancia en aquellos parajes.



El doctor Ricardo nos comentó que la estancia en Rochester posiblemente duraría una semana y seguimos su recomendación, de que, en vez de quedarnos en un hotel, rentáramos un departamento cerca de la clínica, nos sentiríamos

como en casa y era más económico. El viaje fue en el mes de agosto y como Minnesota está muy al norte, amanece a las cuatro de la mañana y a esa hora el canto de los pajaritos alegraba nuestro día; por la noche eran las nueve y aún no oscurecía.

Nos presentamos en la administración de la Clínica Mayo y nos recibió el doctor Gómez, jefe de neurología de la clínica; era un poco mayor de edad y de origen español. Desde un principio sentí mucha confianza en él. Después de los saludos nos llevó con otro médico para llenar la ficha médica con los datos generales de Bernardo, una vez terminado ese trámite volvimos con el Dr. Gómez; enseguida empezó el interrogatorio en inglés:

—*Magdalena, in a few words ¿what can you tell me about your son? ¿how did he handle himself when he was a baby, when did he sit up, crawl, stand and walk?*

Guardé un tiempo de silencio y mi memoria en fracción de segundos recorrió los primeros meses de la vida de Bernardo. Recordé con claridad de cómo se caía sin tener nada que se lo provocara, de cómo no metía las manos para protegerse y otros muchos detalles que visualice con toda claridad...hasta recordé que en su álbum de bebe había escrito “es el cuatito débil” y que Bobby con toda razón me recomendó borrarlo para que Bernardo nunca lo leyera. Después lentamente contesté:

—*I think...he was clumsy.*

El doctor con su mirada cuestionó mi contestación y en tono indagatorio me dijo:

—¿Clumsy?

Pensativa...guardé silencio...mientras buscaba la palabra correcta. Después...despacio...pero con seguridad absoluta, corregí:

—No, he was not clumsy, he was weak.

Durante unos instantes el doctor me miró fijamente y asintió con su cabeza. Siguió haciendo algunas preguntas sobre temas relacionados hasta completar el expediente. Luego nos refirió con otros doctores para que le hicieran a Bernardo los estudios físicos. Esa noche, repasando la conversación con el doctor, caí en la cuenta la diferencia entre las palabras: ‘clumsy’ es torpe y ‘weak’ es débil. Y Bernardo era débil pero no torpe.

En los subsiguientes días, a Bernardo le hicieron todas las pruebas químicas, físicas y motrices, como también le aplicaron la prueba con las agujas pasando electricidad. ¿Y Bernardo? una vez más...aguantando la vara.

Durante una entrevista, el doctor Gómez nos explicó que la distrofia es una enfermedad que generalmente las madres heredan a los hijos varones y que sería pertinente que me hicieran unos exámenes para afirmar o descartar la posibilidad que yo fuera transmisora, por su puesto se hicieron las pruebas necesarias para revisar esto.

Terminaron de hacerle a Bernardo todos los exámenes y nos informaron que los resultados tardarían unos días y que nuestra siguiente cita sería tres días después. Esto significaba que teníamos dos días libres. En cuanto salimos de la clínica, Bobby, jovial y optimista, disipó el ambiente un poco depresivo que habíamos vivido durante los días de preguntas, estudios y demás. Cuando llegamos al departamento con pompa y circunstancia como guía turístico nos anunció:

—Como ustedes saben Minnesota es *The State of the thousand Lakes*, por lo tanto, mañana vamos a ir a un parque que me han recomendado muchísimo y añadió:

—Bernardo, me han dicho que ahorita hay muchos gansos en el lago, ¿cómo ves, te animas?

A Bernardo le brillaron los ojos y respondió entusiasmado:

— ¡Claro que sí, vamos!

— ¿Qué tan lejos está? —pregunté.

—Como a una media hora.

—Excelente —respondí— desayunamos tranquilos, hago unos sándwiches y podemos comer en el parque.

Terminando de cenar nos fuimos a dormir...estábamos muy cansados.

Al día siguiente, al buen despertar empezó el paseo. Primero dimos vueltas para conocer Rochester; la ciudad está enfocada en la atención de la Clínica: hoteles, departamentos y por supuesto la Universidad de Medicina. Casi todos los edificios relacionados a la Clínica se comunican entre sí por el sótano. Así las personas para ir de un edificio a otro no tienen necesidad de salir a la calle, evitando así la inclemencia del tiempo, en los crudos meses de invierno. Durante esa época los días son tan cortos que todavía no amanece cuando los empleados llegan al trabajo y cuando salen ya anocheció; como no salen de los edificios, el sol lo ven solamente los fines de semana.

Continuamos con el paseo dejando atrás la ciudad y media hora después llegamos al parque “*Silver Lake*”. Nos quedamos sorprendidos de la belleza de los árboles que rodeaban el lago de agua cristalina que reflejaba, como espejo, el cielo azul. En cuanto nos bajamos del coche, empezamos a escuchar el graznido de los gansos. Al irnos acercando era tal el barullo que nos aturdió y el espectáculo que se presentó ante nuestros ojos fue aún más impresionante. Cientos, sino es que miles, de gansos poblaban el lago; algunos dentro del agua y otros se paseaban entre las yerbas y hojas secas que cubrían el parque. Buscamos una mesa y nos instalamos para el picnic. El sol asomaba las narices por entre las hojas de fresnos, maples, pinos y una inmensa variedad de árboles.

—Vamos a juntar las migajas del pan que nos sobraron y se las damos a los gansos— dijo Bobby.

Cerca de donde estábamos, aventamos algunas al suelo, y los gansos al ver las migajas, poco a poco se fueron acercando, agarraron confianza y cada vez se aproximaban más y más; los estuvimos observando y después de un rato Bobby dijo:

—¿Cómo ves, mi'jito, si las pones en tu mano y se las ofreces para que se animen a comer de tu misma mano?

Bernardo se le quedó viendo y después de pensarlo dijo:

—¿Y si me pican?

—No, ya verás que no lo hacen —le aseguró su Papá.

Bernardo dio unos pasos hacia los enormes gansos, mientras su Papá le ponía unas migas en la mano extendida y las aves cautelosamente se le acercaron. Tranquilo y con mucho valor vivió esta hazaña: ver y sentir que los gansos, que le llegaban a la altura del hombro, picoteaban suavemente su mano al comer. Él gozó mucho esta extraordinaria e inolvidable aventura y por supuesto que Bobby y yo la gozamos a más no poder.





En el coche de regreso al departamento platicamos sobre la hermosura de los árboles del parque, la belleza del lago, pero sobre todo de los gansos. La hazaña de Bernardo dándole de comer a los gansos fue lo máximo del día; alegre y satisfecho comentó:

—¿Te fijaste cómo se acercaban los gansos para comer de mi mano?

Y su Papá respondió jubiloso:

—¡Claro que me fije! ¡estoy muy orgulloso de ti! ¡qué valor mostraste ante esos enormes y salvajes gansos y aguantaste como mero macho los picotazos que te daban al comer!

Bernardo sonrió y me miró muy complacido.

Después de la cena Bobby dijo:

—Voy a ir al súper ¿falta algo?

—Sí, falta leche, huevos y algo de fruta, gracias — respondí.

—No tardo en regresar.

Bobby salió del departamento y Bernardo y yo nos quedamos repasando la aventura de aquel día, todavía muy emocionado recordaba:

—Estaban grandotes los gansos ¿verdad? —y continuó— ¿Qué dirán mis hermanos cuando les platiemos? Creo que les hubiera gustado ver a esos gansos así de cerquita, como yo los vi.

—Estoy segura que van a estar muy orgullosos de ti— respondí.

Emocionado siguió platicándome todo lo que había sentido:

—¿Te fijaste como se me acercaron? Como que no me tenían miedo, creo que ellos se daban cuenta que no les iba a hacer nada.

Así continuó nuestro diálogo hasta que Bobby regresó con las compras y con novedades como era su costumbre. Ya que acomodamos el mandado nos dijo:

—Les tengo una sorpresa.

—¿Qué traes entre manos? —dije sonriendo.

— ¡Ya tengo los boletos para navegar mañana en el Río Mississippi!

— ¿De veras, Papá?—emocionado preguntó Bernardo.

Bobby feliz contestó:

—Sí, mi'jito —con mucho entusiasmo Bobby contestó— mañana tenemos que estar en el embarcadero de la ciudad de Winona temprano en la mañana.

Enseguida nos enseñó los boletos y el folleto que contenía la información del barco y de la travesía por el río, y de su propia cosecha nos informó:

—El barco es un *steamboat* con una caldera que genera vapor y hace girar la enorme rueda fuera de borda, que es la que impulsa el barco. Es como los vapores que en otra época navegaban por el Río Mississippi y las personas que viajaban eran muy corteses y vestían con mucha elegancia; tenían camarotes de lujo y también había salón comedor; durante la travesía la orquesta animaba el viaje y algunas parejas aprovechaban para bailar. Hubo un tiempo —prosiguió— que en la ciudad las apuestas estaban prohibidas; el vapor, en cuanto zarpaba tenían autorización de abrir un casino de apuestas para naipes o ruleta y las personas que les gustaban el juego viajaban con este fin.

Bernardo no cabía de asombro; sus ojos expresaban la emoción expectante de tan maravillosa aventura y las preguntas afloraban a sus labios a borbotones. Al cabo de un rato de responder todas sus dudas, su Papá recomendó:

—Creo que debemos ir a dormir...mañana nos espera un largo día. Tenemos que estar en Winona a las ocho de la mañana y el vapor suelta amarras a las nueve.

Esa noche, entre gansos, vapores navegando por el río y juegos de apuestas a Bernardo le costó trabajo conciliar el sueño.

Al día siguiente estábamos en el embarcadero de Winona frente a un hermoso vapor clásico de épocas pasadas. Puntualmente a las nueve se escuchó un silbato, salió humo de la enorme chimenea y la rueda fuera de borda empezó a girar; lentamente el barco despegó del embarcadero para enfilarse hacia el río y emprender la travesía.

Como a la media hora de haber zarpado, el capitán se presentó ante nosotros y se dirigió a Bernardo:

—*¿Would you like to come upstairs and join me during the trip?*

Bernardo, aunque entendía algo de inglés, se quedó estupefacto sin saber qué contestar.

—*Your father can also come with us* —le aseguró el capitán al percibir la incertidumbre reflejada en su semblante y dirigiéndose a Bobby dijo— *Sir, ¿would you like to join us?*

—*Of course I will, thank you* —y preguntó— ¿Te animas, Bernardo?

El rostro de Bernardo se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja y le respondió al capitán:

—*Thank you.*

Bobby cargó a Bernardo escaleras arriba y se fueron tras el capitán. Desde la cabina del capitán, Bernardo, con ojos soñadores y aventureros recorrió el espectacular panorama del caudaloso y larguísimo cause del Rio Mississippi, contempló su ribera bordeada de árboles y una enorme variedad de aves que piando sobrevolaban el cielo. El Mississippi le brindó a Bernardo la oportunidad de recrear con su imaginación la trascendental y controvertida historia que se vivió durante el desarrollo de Estados Unidos. Seguramente también vinieron a su memoria las aventuras que su Papá les contaba sobre Tom Swayer que vivió en aquellos parajes.



La travesía duró dos horas y desembarcamos en St. Paul Minnesota, una ciudad muy bonita y con avenidas muy amplias. Por ser domingo buscamos una Iglesia para asistir a Misa y agradecerle a Nuestro Señor Jesús el viaje tan maravilloso que estábamos realizando. En la iglesia había unas preciosas esculturas de los cuatro evangelistas en tamaño natural.

Nuestra siguiente parada fue el *mall* y como era de esperarse dije:

—Bobby, ¿cómo ves si tú y Bernardo se van a dar una vuelta mientras yo aprovecho y me voy tantito de *shopping*?

—Me parece muy bien —contestó Bobby— voy a conseguir una silla de ruedas para que Bernardo no se canse y pasear por el *mall* —añadió— nos vemos aquí dentro de dos horas, ¿te parece?

—Perfecto —respondí.

Nos separamos y me fui a mis compritas muy contentita.

Durante su recorrido, entraron en una tienda especial para caballeros y sin preámbulos Bobby le dijo a una de las dependientas:

—*We are from Mexico and I want you to meet my son Bernardo.*

La señorita los miró atentamente y se quedó asombrada por la buena pronunciación del inglés de Bobby e incrédula contestó:

—*You're kidding, I don't think you are mexicans.*

—*Of course we live in Mexico* —replicó Bobby con una sonrisa, al tiempo que animaba a Bernardo para que saludara a la señorita y corroborara la historia.

Medio serio y con desgano Bernardo le extendió la mano.

La empleada intrigada llamó a una compañera y le dijo:

—*¿Would you believe these people are from Mexico?*

Bobby inmediatamente contestó:

—*I am telling you the truth, you have to believe me. We came to the Mayo Clinic and right now we are visiting you city.*

La empleada que se acababa de unir al grupo era alta y rubia como su compañera y con una amplia sonrisa dijo:

—*I think you are teasing us.*

En ese momento había poca clientela en la tienda y entre los empleados se empezó a correr la voz acerca del Papá y su hijo que decían que eran mexicanos, pero que no tenían la pinta y que el inglés que hablaba el señor era tan bueno que pensaban que les estaba tomando el pelo. Algunas dependientas se acercaban para hacer preguntas de México o de temas sin importancia. Al cabo de un rato, Bernardo ya fastidiado se molestó y dijo:

—Papá, si le sigues así, le voy a decir a Mamá y ya verás la cachetada que te va a dar.

A Bobby ya no le quedó más remedio que soltar la carcajada y sonriendo dejaron a los empleados con un palmo de narices para encontrarme en el punto de reunión que habíamos acordado; en ese momento aparecí, para tranquilidad de todos. Para regresar a Rochester tomamos un taxi y llegamos al departamento al anochecer para cenar e irnos a la cama.

El día de la cita, del Dr. Gómez amablemente nos recibió y preguntó cómo habían estado nuestros dos días de vacaciones, después de una breve narración por parte de Bobby, el médico dijo:

—*Bernardo, ¿did you enjoy your trip on the Mississippi?*

—*Yes*— contestó brevemente con una sonrisa.

Entonces, la conversación tomó otro derrotero, y el médico con mucha consideración y claridad nos habló sobre la Distrofia Muscular Duchén. Palabras más, palabras menos, era algo que ya nos habían explicado anteriormente. Nos confirmó el diagnóstico: Bernardo tenía Distrofia Muscular Duchén y agregó que el pronóstico de vida para las personas con este tipo de distrofia es de 15 a 17 años. Esto, no nos lo habían dicho.

Como una bomba nos cayó esta información...lo único que seguimos escuchando fue el latido acompasado de tres corazones. Desde lejos, el médico continuó su diagnóstico y nos hizo volver a la realidad:

—Al revisar los resultados de las pruebas que se le hicieron a Magdalena, definitivamente, la enfermedad no es heredada.

El doctor nos explicó que es posible que haya sido la mutación de una célula en el momento de su concepción; eventos inexplicables que suceden sin que seamos capaces de determinar el porqué. Esta información fue de gran alivio para nosotros por nuestras dos hijas, esto descartaba la posibilidad de que ellas al casarse pudieran transmitirles dicha enfermedad a sus hijos.

Habíamos iniciado el viaje con la esperanza de que el diagnóstico original estuviera equivocado o que tal vez ya había alguna medicina que curara la enfermedad. Sin embargo, no solamente no nos dieron la más mínima esperanza, sino además, un pronóstico de vida muy limitado para nuestro Bernardo. Con el diagnóstico confirmado y nuestras esperanzas fallidas, iniciamos el regreso a casa. Para ir al aeropuerto, tomamos un taxi con la novedad que tenía una tele instalada, en ella aparecían imágenes donde se decía que arrancaba una campaña de recaudación de fondos para la investigación de la Distrofia Muscular y aparecía un niño en silla de ruedas. Me quedé desconcertada...hasta ese momento caí en la cuenta de que mi querido hijo, algún día, tendría que usar una silla de ruedas, jamás lo había pensado.

Nos subimos al avión en silencio y alicaídos; Bernardo no tardó en quedarse dormido. Bobby y yo lo observábamos con una ternura infinita; ya no había dudas de lo que la vida le iba a pedir: lucha constante y siempre cuesta arriba. De mil amores cambiaríamos nuestra vida por la de él, imposible hacerlo, así que, decidimos, una vez más, ser fuertes para nuestro hijo. Las lágrimas que querían salir a borbotones nos las bebimos a tragos y desde el fondo del corazón volvimos a afianzar nuestra esperanza y confianza en Dios. Cuando Bernardo se despertó, Bobby alegre y juguetón empezó a bromear con él y aquel ambiente cargado de tristeza que estábamos viviendo se fue disipando y experimentamos en nuestro corazón la paz de Dios.

Monterrey nos daba la bienvenida con un cielo despejado y los últimos rayos del sol pintando rojizo el horizonte. Cuando nos dimos cuenta, estábamos entrando en la privada y fue maravilloso ver a los hijos esperándonos y escuchar el arguende que hicieron al vernos:

—¡Ya llegarooooooooooooon!

En cuanto el taxi se detuvo, empezaron a abrir las puertas y a repartir besos y abrazos de todos para todos. Roberto le ayudó a su Papá a bajar los velices y preguntó:

—¿Cómo les fue?

—Un viaje de muchas experiencias y aventuras — contestó su Papá— ya les contará Bernardo.

Bernardo repartió los recuerdos que había traído para cada uno y empezó su narrativa:

—Un día fuimos a un parque muy bonito con un lago enorme que estaba lleno de gansos, les echamos migajas y se empezaron a acercar, luego Papá me animó a darles con mi mano, me atreví y empezaron a comer.

Memo interrumpió:

—¿No te dio miedo?

—Claro que sí —contestó— pero me aguanté.

—¿De qué tamaño estaban? —preguntó Chuy.

—Eran enormes, como de mi tamaño y estaban bien gordos, además hacían mucho ruido, casi te aturdían.

Bernardo continuó platicando con mucha ilusión ahora sobre el Rio Mississippi:

—Era un barco de vapor muy bonito y muy grande que tenía por fuera una rueda de madera bien grandota, que al dar vueltas empujaba el agua y esto hacía que el barco se moviera.

— ¿Cómo se llamaba? —preguntó Nena.

—*Lady of the Lake* —contestó.

Bernardo luego continuó el relato:

—Cuando empezamos el viaje el capitán nos invitó a Papá y a mí para subir con él a la cabina en donde estaba el timón. Desde allí se puede ver de lado a lado el río que es muy ancho y se alcanzaban a ver entre los arboles de la ribera muchas casas. Todo está muy verde con mucho matorral, haz de cuenta las aventuras que Papá nos platica de Tom Swayer. En esos barcos era donde jugaban y hacían apuestas y todo eso que pasa en las películas que vemos.

Los hermanos escuchaban a Bernardo con mucha atención y le hacían mil preguntas sobre el avión, las ciudades, el carro sport en el que anduvimos y él les contestaba con muchos detalles; sin embargo, se empezó a hacer tarde, el viaje había sido largo y ya era hora de dormir.

Cuando ya estaban todos dormidos, salí al frente de la casa a contemplar el rosal de la paz que teníamos en la entrada. Horas antes, al llegar del aeropuerto, me percaté que estaba cargado de flores blancas como dándonos la bienvenida, la

imagen se me había quedado muy grabada... en ese momento... percibí que Dios me invitaba a vivir la vida de Bernardo como un rosal. Entonces reflexioné: “Corto una flor y la disfruto, sin estar pensando, ni tristeando, que un día esa flor se va secar. Así es como debo vivir y disfrutar la vida de mi hijo: amarlo, gozarlo y admirarlo, mientras el Señor me lo quiera dejar, sin estar cavilando ni el cómo ni el cuándo. Todo lo dejaré en manos de Dios”.

A partir de entonces, en las mañanas, cuando Paty se iba al Colegio Motolinía, le daba una rosa para que la entregara en el Convento de las Religiosas de la Cruz y les dijera que era para el ‘portero’; todos los días ellas colocan una flor al lado del Sagrario para acompañar a Jesús día y noche y le llaman ‘portero’. En cada rosa enviaba a Bernardo, para que Jesús cuidara de él; y que mi hijo, como ‘portero’ acompañara a Jesús todo el día.



Recibí la siguiente carta de parte de mi Mamá, deja muy clara la situación que estábamos viviendo en ese momento:

Torreón, 2 de marzo de 1965

Mi querida Male:

Ya leí detenidamente tu carta y la verdad debes darle gracias a Dios que a tiempo has podido atenderlo, ya me imagino lo molesto que fue para todos tantas idas a los doctores, tantas preguntas y tantos análisis. Todo me pareció un poco exagerado por parte de los doctores, pero es que así son y tal vez así deben ser porque a lo mejor uno no les haría mucho caso, pero en fin, espero que todas esas molestias ya hayan terminado y ahora solo queden las molestias de los ejercicios, lo que creo que sí, debes tener empeño en que no deje de hacerlos según te hayan dicho, ahora en mi opinión creo no deberías de consultar ningún otro doctor si ya has comprobado que dos te han dicho lo mismo. No debes hablar de enfermedad, pues realmente Bernardo no tiene ninguna enfermedad, es solamente una debilidad, Dios mediante y confiando en él seguro se pondrá bien, y sobre todo sigue la vida normal de siempre. Si el médico no te lo prohibió, déjalo que corra y juegue con los hermanos como siempre, no tengas miedo de que lo lastimen ya que tiene un buen defensor en Fernando. No se te ocurra llevarle juguetes especiales para él solo y se esté quieto jugando, eso déjalo para más adelante y poco a poco, pues como dices que él se ha dado cuenta, y seguro que sí se dará cuenta pues es muy listo, trata de que todo pase desapercibido, no le des importancia, ni hagas comentarios delante de él, ni con los hermanos, únicamente di que tiene que hacer ejercicios para ponerse fuerte y bajar la barriga o cosa por el estilo, pues ahorita es más importante para Bernardo que no se sienta inferior a sus hermanos, de esto debes tener mucho cuidado, creo me entiendes. Así que tu tranquila y sobre todo confianza en Dios, siempre que tu estés tranquila y calmada, tus hijos también lo estarán, aunque tu te sientas por dentro con ganas de salir corriendo, acuérdate que únicamente los padres

son los que ven por los hijos. Espero que de todo lo que te digo no te moleste, ya sabes que mi única intención es ayudarte, acuérdate que yo he pasado por lo que tú pasas y me imagino que lo que te digo a mí me lo diría mi mamá, en el mismo caso que el tuyo.

Dale muchos besos de nuestra parte a todos tus niños. Dios quiera pudieran llevarlos al mar, cuánto bien les haría. Saludos para Bobby y tu recibe muchos besos de tu mamá que te quiere.

María

10. Silla de ruedas

El verano estaba por terminar y la entrada al colegio a la vuelta de la esquina. Bernardo tenía once años e iba a cursar quinto año de primaria; los niños a esta edad ya corren y se mueven de un lado para otro a toda velocidad, pero para Bernardo esto no era así. Día con día era más obvia la enorme dificultad que tenía para caminar y sus caídas cada vez más frecuentes, se lastimaba las rodillas y los pies se le doblaban hacia atrás ocasionándole unas heridas en los tobillos que tardaban mucho en cicatrizar, además, ya no se podía levantar por sí solo.

Un año antes de que estos sucesos se hicieran más notorios, las condiciones hipotecarias para comprar una casa eran muy favorables. Bobby y yo nos atrevimos a emprender esa odisea, ya que en la casa de renta en la que vivíamos con siete hijos nos había quedado chica. Después de ver varias opciones nos decidimos por una casa en la calle de Privada Amazonas, por Gómez Morín, a un costado del Casino del Valle. El inmueble era de dos pisos. Desde que entré me cautivó el fabuloso ventanal por el que pasaba muchísima luz brindándole a la casa una cálida iluminación. En la parte posterior tenía un jardín grandísimo y en el fondo había un árbol, una lila con sus consabidas ‘bolitas’, que invitaba a los hijos a treparse para ver a tres cuadas a la redonda, pues alrededor había muy pocas construcciones. Esta casa resultó ser un verdadero castillo para la familia. Nos decidimos, la compramos y en menos de un mes nos cambiamos. En ese tiempo Bobby y yo pensábamos que aunque la casa era de dos pisos le serviría de terapia a Bernardo subir y bajar escaleras. La realidad fue que la debilidad motriz de Bernardo seguía avanzando y cada vez lo limitaba más por lo que su Papá o alguno de sus hermanos lo cargaban para llevarlo al segundo piso.



Una mañana Bobby me dijo:

—Male, ¿te das cuenta que cuando Bernardo entre al colegio la silla de ruedas será indispensable? —y continuó—no podemos exponerlo a que se siga cayendo.

—Bobby, tienes razón —respondí— a mí me da mucha tristeza cómo tiene las rodillas y los tobillos lastimados, sin embargo, no sé cómo decirle —y añadí— me pregunto a mí misma ¿cómo se sentirá usar la silla en el colegio?

—Creo que sería una buena estrategia pedirle consejo al Sr. Pérez, inspector del colegio, estoy seguro que él nos puede ayudar—comentó Bobby— además voy a hablar con Roberto para que nos apoye con los hijos.

Esa tarde Bobby llegó del trabajo e invitó a Roberto a que lo acompañara a varias vueltas que tenía hacer. En el camino Roberto le dijo:

—Papá, ¿por qué te noto como tristón?

—Roberto—respondió su Papá— es cierto, sí ando triste y también tu Mamá, por eso te pedí que me acompañaras pues quiero platicar contigo y pedirte que nos ayudes con tus hermanos.

Roberto un poco desconcertado miró a su Papá y con mucha empatía le respondió:

—Papá ya sabes que cuentas conmigo para lo que sea, ¿qué es lo que pasa?

Entonces Bobby le platicó lo que nos habían dicho de la enfermedad de Bernardo en la Clínica Mayo, el pronóstico de vida y en el momento presente, la urgente necesidad de que Bernardo empezara a usar una silla de ruedas.

—Mi'jito —continuó Bobby— te pido que nos ayudes para que tus hermanos nos apoyen y animen a Bernardo porque

el uso de la silla ya es apremiante, ya te has dado cuenta con cuanta facilidad y frecuencia se cae y se lastima.

Roberto, con el corazón partido y los ojos llenos de lágrimas, abrazó con mucho cariño a su Papá y le dijo:

—Me da mucha tristeza todo esto que me platicas que les dijeron en el hospital y también que Bernardo un día ya no va a poder caminar. Cuenta conmigo, ya verás que entre todos vamos a salir adelante.

Se volvieron a abrazar y Bobby con los ojos llorosos y voz entrecortada dijo:

—Sé que cuento contigo y con toda la familia, estamos seguros que toda la vida Dios nos va a ayudar para que nuestro querido Bernardo tenga la mejor vida que le podamos brindar.

Bobby y yo estábamos muy conscientes de que, una vez que empezara a usar la silla de ruedas, jamás volvería a caminar. Con toda nuestra confianza en Dios aceptamos la silla de ruedas como “un mal menor”. ¡Cómo resulta difícil decirle a un niño de once años que debe usar una silla de ruedas y que ya no va a poder caminar!

De forma casual, como quien no quiere la cosa, Bobby les platicó a los hijos la ocasión en la que Bernardo uso una silla de ruedas en el Mall de St. Paul y como facilitó que se pudiera pasear sin cansarse tanto, además animó a Bernardo para que él compartiera su experiencia. Los hijos, que todavía estaban chicos escuchaban nuestras conversaciones y la noción de una silla de ruedas, poco a poco, se fue introduciendo en la familia. Días después, una tarde después del trabajo, Bobby llegó a la casa con la silla de ruedas, muy entusiasmado y retando a los hijos les dijo:

—¿Quién quiere estrenar la silla de ruedas?

Toda la familia fuimos a ver el ‘aditamento’ que

acompañaría a Bernardo durante su vida; algunos de los hijos se animaron a estrenar la silla, mientras su Papá la empujaba; cuando llegó el turno a Bernardo, atentos observamos el momento, entonces su Papá le dijo:

—Bernardo, mejor vámonos a la calle para darle más aprisa.

Bernardo aceptó de buena gana y se salieron a la privada a calar la silla. Al inicio iban despacio y poco a poco agarraron más y más velocidad, echándoles porras, los hermanos corrían a su lado mientras daban varias vueltas en la calle. Luego Bobby dijo:

—Bernardo ¿cómo te sientes? no está mal ¿verdad?

Bernardo iba a contestar, pero Chuy se adelantó y dijo:

—Está muy bien, así te llevamos y ya no te caes Bernardo y puedes ir con nosotros a todos lados.

Hubo un silencio en donde yo aproveché para decir:

—Creo que ya es hora de dormir, niños, así que todo mundo para arriba.

Esa noche la silla de ruedas se quedó abajo y Bobby subió a Bernardo en brazos. Cuando estuvieron los hijos dormidos, Bobby yo nos pusimos en manos de Dios, le pedimos que le diera a nuestro hijo la fortaleza que iba a necesitar en esta nueva etapa de su vida, y a la familia la generosidad para estar con él y ayudarlo en todo aquello que cada día iba a necesitar. Dios, en su infinita misericordia, siempre ha escuchado nuestros ruegos.

Además de que la silla de ruedas fue un fuerte impacto en la familia, también fue un gran desafío aprender a manejarla a la mayor brevedad posible. Todos le echamos ganas y acabamos siendo expertos. Obvio que no faltaron los machucos en los dedos al cerrar la silla, los tropezones contra las esquinas de las paredes, y en ocasiones Bernardo y la silla se fueron a dar

al suelo por diversos motivos: velocidad, no ponerle el freno a la silla, o los hermanos, con el consentimiento de Bernardo, jugaban a levantamiento de pesas estando él arriba de ella.



Pocos días después de que empezamos a usar la silla de ruedas nos enfrentamos a un nuevo reto por resolver: la escalera de la casa era muy angosta por lo que resultaba casi imposible subir a Bernardo en la silla. Bobby que siempre buscaba solucionar las cosas empezó a darle vueltas a este asunto: ¿qué? ¿dónde? ¿cómo?

Había que empezar por el: ¿qué? ... pensando y pensando llegó a la conclusión de hacer un armazón muy sencillo, algo como un montacargas para subir y bajar una canastilla, y allí poder poner la silla. Esto sería una especie de elevador, esto solucionaba el QUÉ.

El siguiente dilema era: ¿dónde?; así que a seguir pensando... en la entrada, la casa tenía doble altura y en el espacio del recibidor y el piso superior había suficiente espacio

para instalar algo muy sencillo, sin necesidad de romper pisos ni paredes. Esto solucionaba el DÓNDE.

Ahora faltaba el: ¿CÓMO? Bobby recurrió entonces a su buen amigo Alberto que tenía un taller de herrería. Entre los dos llegaron a la solución más sencilla: fabricar una estructura con vigas de fierro para instalarla desde el piso inferior de la casa hasta el techo. En la parte superior de la estructura se colocaría un montacargas con una canastilla, esta podría subir del primer al segundo piso y viceversa. En la segunda planta había un barandal de fierro forjado, este se cortaría y se le pondrían bisagras para usarse como puerta para entrada y salida de la silla. El CÓMO ya estaba solucionado.

El siguiente sábado muy temprano, Alberto llegó con sus herramientas para hacer la instalación. Por toda la casa se escuchaba el chirriar del fierro cuando lo cortaban, el zumbido taladrando el piso para anclar la estructura y obreros subiendo y bajando las escaleras. A una distancia prudente, observábamos todo el movimiento. Para cerciorarse del buen funcionamiento subieron y bajaron la canastilla varias veces para que todo quedara nivelado. Alberto estuvo satisfecho con el trabajo realizado y le dijo a Bobby:

—¿Cómo ves? ¿esto es lo que tenías en mente? ¿qué te parece?

—Alberto, quedó estupendo —contestó y añadió—
¿Quién se anima a estrenarlo?

Fernando contestó:

—Que lo inaugure su dueño.

La propuesta se aprobó por unanimidad y Bernardo sonriendo de oreja a oreja estuvo muy de acuerdo. Roberto empujó a la silla de ruedas con Bernardo dentro de la canastilla del elevador, desde el segundo piso su Papá encendió el motor que lentamente inició la subida; todos observábamos la maniobra

y cuando llegó al segundo piso aplaudimos emocionados.

Cuando se fueron los trabajadores, los hijos quisieron aprender a manejar el elevador y por supuesto se metieron a la canastilla para subir y bajar. Esa noche, Bobby y yo escuchamos a los Cuates que como buenas ‘urracas parlanchinas’ platicaban las ventajas del elevador y escuchamos que Bernardo comentó:

—Así puedo subir o bajar cuando quiera y no me va a dar pena pedírselos, como me sucede cuando me tienen que subir por la escalera.

Fernando contestó:

—Además cualquiera te puede ayudar, no solamente los hombres.

Una tarde mientras se escuchaba el zumbido del motor del elevador, escuché a Bernardo que gritaba:

—Memo ¿a dónde te fuiste?

Salí entonces de mi recamara a ver qué sucedía y me llevé con la sorpresa de que Bernardo venía subiendo en el elevador, sin que nadie estuviera controlando el switch de ‘arrancar y parar’. De pronto, Memo sale encarrerado, con el cepillo de dientes en la mano, gritando:

—¡Ya voy!

Inmediatamente detuvo la manivela y el elevador se detuvo. Al sacar a Bernardo, Memo muy sonriente le pidió una disculpa, a lo que le contestó:

—Ni creas que me hace gracia.

La canastilla tardaba cincuenta segundos en subir o bajar. Los hermanos, como todos los jóvenes, aprovechaban esos segundos para irse a hacer otras cosas; como peinarse, cambiarse de ropa o algún pendiente que traían en la cabeza y luego salir corriendo para parar el elevador antes de que llegara

a su destino; en esos segundos el que se llevaba los sustos era Bernardo. Gracias a Dios nunca pasó ningún percance.

Bobby tenía un coche Volkswagen, el ‘vocho’ de toda la vida que al frente tiene la cajuela y el motor en la parte posterior; imposible que la silla de ruedas fuera en la cajuela. Bobby empezó a darle vueltas al asunto y se le ocurrió volver a hablar con su amigo Alberto para que lo ayudara fabricando un accesorio a la medida para transportar la silla. Pocos días después, Bobby entró a la cochera sonando el claxon. Salimos a ver qué sucedía y muy ufano nos mostró la parte trasera del coche que tenía instalado un arnés, fabricado con tubos de aluminio y atornillado a la defensa posterior de ‘vocho’ muy satisfecho nos dijo:

—¿Qué les parece?

Nos acercamos a ver de qué se trataba y Bobby nos empezó a dar todas las explicaciones:

—El equipo está atornillado a la defensa del coche para poderlo quitar en caso de que haya que revisar el motor. Y la silla, cerrada, se empotra así para que quede bien sujeta durante las vueltas o cuando se frena —luego agregó:

—Mi’jito —preguntó— ¿qué te parece?

A Bernardo le brillaban los ojos y sonriendo contestó:

—Papá, muy buena idea, así ya será más fácil ir a cualquier lugar.

Pocos días antes de que iniciara ya el año escolar, Bobby y yo estábamos preocupados por cómo se sentiría Bernardo con la novedad de la silla de ruedas en el colegio, así que recurrimos al Hermano Lasallista, Don Salvador Pérez para pedirle su apoyo. El Sr. Pérez nos escuchó y tranquilizó asegurándonos que no habría ningún problema, que con gusto atendería nuestra petición. En los primeros días de clase, nos

llamó y amablemente nos narró lo siguiente:

—A la hora que los alumnos estaban en deportes, aproveché la oportunidad para platicar con Bernardo; tocamos diversos temas y después le dije: “Bernardo creo que es una excelente idea que uses la silla de ruedas aquí en el colegio, así no estarás en peligro de caerte y lastimarte, además no te cansarás tanto. Ya verás que no faltarán compañeros que te ayuden y te lleven por todo el colegio”. La tristeza nubló su semblante y con lágrimas en los ojos me cuestionó: “¿Será lo mejor para mí?” yo le aseguré que era lo mejor para su seguridad y para no cansarse tanto. Entonces lo percibí más tranquilo y le dije: “Bernardo, en el transcurso de la vida hay circunstancias que no entendemos y nos cuesta trabajo asimilar; comprendo que en este momento el uso de la silla de ruedas te sea difícil de aceptar y es normal que así te sientas. Pero te voy a confiar un secreto...Dios siempre está pendiente de todo lo que nos sucede y en los momentos más difíciles nos ayuda a salir adelante y también nos ayuda para aceptar lo que más nos conviene”. Bernardo en ese momento bajó su mirada y los dos nos quedamos en un silencio doloroso. Al cabo de un rato, con una madurez encomiable y con un nudo en la garganta me dijo: “Si Dios, que todo lo sabe, piensa que es por mi bien...que así sea...usaré la silla de ruedas”. Me quedé asombrado de la valentía de su espíritu y con toda el alma le aseguré: “Bernardo, pon toda tu confianza en el Señor y sin lugar a dudas, Él te llevará de la mano durante toda tu vida”. Con esto aprovecho para comentarles que Bernardo es un niño muy especial, que lo respeto y admiro muchísimo —y añadió—. Siempre contarán conmigo en todo lo que les ofrezca.



Los hermanos Lasallistas, el personal docente y alumnos del Instituto Regiomontano le abrieron el corazón de par en par a Bernardo y siempre lo apoyaron con solicitud y comprensión; en ese tiempo, él era el único alumno con discapacidad.



Bernardo fue la sensación en el colegio cuando llegó con su silla de ruedas, los alumnos lo recibieron un poco inquietos, pero con mucha comprensión. Sus amigos más cercanos empezaron a discutir entre ellos quién sería el responsable de los traslados de Bernardo: al salón de clase, al patio de recreo y a las distintas actividades. Cuando sus compañeros ya habían adquirido algo de experiencia en el manejo de la silla, Pedro, un amigo de Bernardo le dijo:

—Bernardo, hoy tenemos asamblea ¿por dónde nos vamos al Auditorio? ¿Por la rampa o por las escaleras?

—¿Cómo ves si le hacemos la cala por las escaleras? —contestó Bernardo.

—Pues...no se diga más...a darle —dijo Pedro y llamó a otros dos amigos para que le ayudaran.

Iniciaron la escalada por las altísimas escaleras de cemento que estaban al exterior del edificio. Cuando iban a mitad del trayecto uno de los muchachos trastabilló y provocó que el equipo se descontrolara y sin más: Bernardo, silla de ruedas y los tres ‘escaladores’ emprendieron de espalda, el descenso por las escaleras y el estrepitoso grito que dieron retumbó por todo el colegio. Los compañeros que iban subiendo, al escuchar y ver lo

que sucedía, inmediatamente los fueron a ayudar, dos levantaron en vilo a Bernardo y lo acabaron de subir, otros subieron la silla y lo acomodaron. Cuando se les pasó el susto al grupo se empezaron a reír y a echarse carrilla. Uno de ellos dijo:

—Bernardo, ¿cómo dejas que estos salvajes te suban por esas escaleras?

—Teníamos que hacer la prueba a ver si se podía o no — contestó tranquilamente Bernardo.

Soltaron la carcajada y entraron al recinto. Cuando ya estaban en sus lugares, entre ellos siguieron comentando el ‘carambazo’ que se hubieran dado si no les hubieran ido a ayudar, siguieron sobre el mismo tema y Pedro dijo:

—¡Hijole! De veras qué valiente es Bernardo, ni siquiera se enojó.

—¡Es todo un campeón! —añadió otro compañero.

Bernardo participaba dentro del salón de clases dando lo mejor de sí y siempre estaba dispuesto a apoyar a los compañeros con alguna materia. Afuera en los patios, cuando había partidos de fútbol, él era quien cuidaba las mochilas, y entusiasmado aceptaba el desafío de jugar a las carreras con sus compañeros, estando él arriba de la silla.

El ánimo y la entereza de Bernardo fueron de gran ejemplo y motivación para sus compañeros de clase, y ellos como buenos amigos siempre hicieron lo posible, en ocasiones hasta lo imposible, para que él participara en todos los eventos que se llevaban a cabo en el colegio; por supuesto que no faltaron las caídas y los sustos.



11. Familia en acción

Cacería de ranas

Las aventuras de los niños siempre estaban a la orden del día porque Bobby era muy ingenioso; lo que no sabía lo inventaba, lo adivinaba o lo preguntaba. Una tarde muy entusiasmado llegó a la casa y dijo:

—Hijos, vamos a ir al río en Ciénega de Flores a cazar ranas.

Fernando, perplejo, cuestionó:

—¿Cómo se cazan las ranas?

—Ustedes no se preocupen, ya lo tengo todo organizado— contestó su Papá.

Al día siguiente como a media tarde, muy emocionados se subieron al coche y se fueron a su cacería de ranas. Y regresaron llenos de lodo, tres o cuatro horas después con sus bolsas llenas de trofeos: ancas de rana. Obviamente la cena sería de ancas; mientras se cocinaban, los hijos se arrebataban la palabra para platicar la hazaña. Intervino su Papá y dijo:

—Uno por uno.

Roberto fue el primer relator:

—Cuando bajamos al río ya estaba anocheciendo; en la frente nos pusimos una linterna, en una mano traíamos una vara y en la otra una bolsa de plástico.

Fernando continuó la narración:

—Encendimos las linternas, empezamos a caminar muy despacio y en silencio para que las ranas no se escaparan, sin embargo, la luz encandilaba a la rana y no se movía, entonces,

con la vara, le atizábamos un golpe; si le atinábamos, allí quedaba.

Roberto continuó:

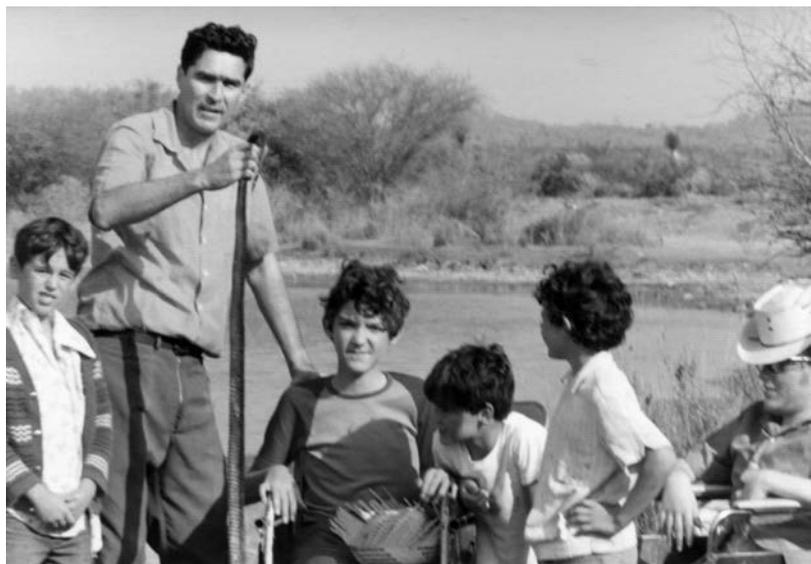
—Enseguida le quitábamos el pellejo, le cortábamos las ancas y las echábamos en la bolsa.

El aroma de las ancas fritas empezó a invadir el ambiente; muy satisfechos de sus triunfos y muertos de hambre se las devoraron. Cuando ya estaban dando fin de su manjar, Roberto preguntó:

—Bernardo, platicanos ¿cómo les fue a ti y a Papá?

—Nosotros nos organizamos muy bien; Papá prendió la linterna y me la acomodó en la frente, luego me subió a camachito y empezó a caminar agachado para que yo alumbrara el monte; cuando la rana se encandilaba, él le daba bien fuerte, al primer varejonazo, allí quedaba y la echábamos a la bolsa. Cazamos bastantes porque Papá tiene muy buena puntería.

Para los niños, que tenían entre ocho y catorce años, esas aventuras de noche, en el río y traer a casa las piezas de cacería eran verdaderas odiseas. Durante varios días era el tema de la conversación familiar ¡ellos se sentían héroes de auténticas hazañas épicas!



La pecera

Un verano Chuy y Bernardo tenían una conversación muy cerrada entre ellos. Cuando llegó su Papá, Bernardo le dijo:

—Papá, Chuy y yo estamos pensando comprar una pecera para poner peces de distintas variedades.

Chuy interrumpe a rajatabla y dice:

—Por favor llévanos al Centrito a la tienda de mascotas para ver cuánto cuestan las peceras y los peces.

—Y, ¿tienen dinero para comprarlos? —interrogó su Papá.

—Por eso tenemos que ir —atrabancado, contestó Chuy.

—Estamos echando cuentas—intervino Bernardo —para comprar lo indispensable y empezar y con el tiempo vamos aumentando la cantidad de peces y otras cosas.

Se fueron inmediatamente y regresaron cargados con pecera, peces, bombas y mangueras, listos para hacer la instalación que les llevó un buen rato. Cuando todo el equipo quedó instalado y los pececillos felices nadaban, nos llamaron para ver la nueva atracción familiar. La pecera era grande y también compraron una ‘maternidad’ en donde los peces desovaban.

Las semanas de vacaciones iban pasando y el hobby de los peces estaba en todo su apogeo, siempre estaban ocupados y afanados en aquello. Un día escuché a Bernardo que bastante molesto reclamaba:

—Chuy, ese ‘pez-ángel’ tuyo se está comiendo a uno de mis ‘beta-neón’.

Me acerqué a ver qué sucedía y efectivamente el susodicho pez traía en la boca vestigios de la cola de otro, que ya estaba por desaparecer. Chuy se acercó y soltando la carcajada dijo:

—Bernardo ¿qué quieres que haga? A lo mejor por eso ha crecido tanto, capaz que en lugar de la comida que les ponemos se come a los ‘beta-neón’ —dijo entre risas.

Se pusieron a deliberar cómo iban a resolver ese problema y decidieron comprar un separador para la pecera y poder aislar al ‘pez ángel’ de los otros peces; era obvio que ya se había envenenado en comérselos. Este es uno de los muchos incidentes que propiciaron que Chuy y Bernardo pasaran muy buenos ratos juntos en la planificación y reproducción de sus mascotas.

Clases de pintura

Bernardo por su espíritu curioso y aventurero siempre estaba ocupado en varias actividades. Cuando todavía podía mover sus brazos y manos sin tanta dificultad disfrutó mucho pintar. Había una academia, cerca de la casa, que los sábados por la mañana ofrecía clases; durante el tiempo que estuvo yendo, pintó temas muy variados: piratas, vaqueros, árabes, deportistas, gansos volando, gaviotas, animales salvajes y muchos más. Un día me dijo:

—Mamá, voy a pintar un cuadro de dos gaviotas volando hacía el horizonte para dárselo de regalo de boda a mi prima Gabriela. Espero que me quede bien y que le guste.

Cuando nos enseñó la pintura nos quedamos sorprendidos de lo bonito que le había quedado y a la novia también le encantó. Un sábado Bernardo llegó de su clase con la pintura de una madona con el niño y noté que algo le pasaba, en eso me dijo:

—Hice este cuadro para la Yayita pero no estoy seguro que le vaya a gustar porque ella sabe mucho de pintura y se me hace que el niño está muy barrigón —y añadió— ¿tú qué opinas?

Después de observarlo por un rato contesté:

—Pues sí está un poco barrigón, pero ya ves que hay niños

gorditos, estoy segura que a Mamá sí le va a gustar y le dará mucho gusto tenerlo porque tú se lo hiciste.

Mi Mamá estaba feliz con su pintura, la puso en su recamara y se la presumía a sus visitas; sobre el niño barrigón nunca dijo nada.





Sandy, el cocker-spaniel

En ese tiempo Chuy era el 'alfa' de un perro cocker-spaniel que teníamos llamado Sandy. En ocasiones Roberto, Fernando, Chuy y Memo le llamaban para jugar y el Sandy al darse cuenta de qué se trataba, empezaba a correr entre ellos a toda velocidad, a su vez los muchachos lo perseguían, él les sacaba la vuelta, cortaba camino y salía disparado en dirección contraria; imposible que lo atraparan, era divertidísimo verlos retozar.

En ocasiones alguno de los hijos entraba con Bernardo a la privada y le empezaba a gritar a Sandy, en cuanto los escuchaba salía de la casa a toda velocidad y se dirigía hacia ellos sin detenerse, en ese momento le señalaban el pecho de Bernardo, el perro a una distancia de metro y medio pegaba un brinco para caer sobre las piernas de Bernardo y empezarle a lengüetear la cara. Bernardo desesperado movía la cabeza de un lado al otro y el hermano muerto de risa... minutos después, decía:

—Sandy, ¡ya párale!

Nadie en la familia se escapaba de las bromas y las travesuras.



JUVENTUD

12. Ajedrecistas de corazón

Desde su niñez, Bobby aprendió a jugar ajedrez y procuró que todos en la familia aprendiéramos. A las hijas y a mí no nos interesó mucho, pero algunos de los hijos resultaron bien picados. Bernardo y Chuy eran contrincantes acérrimos, cada uno con su estilo muy peculiar: Chuy era agresivo y rápido; Bernardo más reflexivo y lento. Tenían también amigos que les gustaba el ajedrez, así que los sábados por la tarde, además de jugar, escuchaban música, comían botana y a todo pulmón cantaban rancheras; estas reuniones eran llamadas ‘Sábados de Ajedrez’.

En una ocasión el Circulo Mutualista de Monterrey organizó un torneo de Ajedrez. En estos torneos cada jugador debe anotar la jugada que realiza para, en caso de duda, se pueda analizar el partido. Bernardo y Chuy se inscribieron y participaron. Al regresar a casa, traían un alboroto tremendo, Bobby les hacía mil preguntas, todos averiguaban y nadie acababa de entender lo que había sucedido. Por fin nos aplacamos y Chuy inició una narración detallada de todo el evento:

—Al cabo de un rato de estar jugando noté que Bernardo me hacía señas y cuando me acerqué le pregunté: “¿Qué pasa?” Él me contestó: “Mira Chuy, esa torre que está en el tablero yo se la comí hace varias jugadas: Caballo x Torre”. Me quedé observando el tablero y con mirada inquisitiva y matona miré al competidor, pero como el señor insistía en que Bernardo no le había comido la torre optamos por llamar a los jueces para que analizaran el partido. Llegaron los jueces, entre ellos Úrsulo Villarreal, analizaron el partido y resultó cierto que unas jugadas anteriores Bernardo le había comido la torre, por lo que esa torre no debería estar sobre el tablero. Por unanimidad declararon que Bernardo había ganado la partida.

Bernardo tomó la palabra y siguió con la narración:

—El señor ya era de mayor edad y a mí me daba pena, así que les dije que yo estaba dispuesto a que siguiera el juego y que quitaran la torre.

El juego siguió adelante y a raíz de ese incidente, jueces, participantes y público estuvieron muy atentos a la partida para conocer el desenlace. Bernardo ganó la partida.

Bobby que no cabía de orgullo, se puso de pie y los abrazó por haber ganado y también por defender lo que era justo.

Al día siguiente el periódico El Norte publicó una nota del torneo de ajedrez que se había llevado a cabo en el Circulo Mutualista y curiosamente narró el incidente del partido de Bernardo. En familia le llamamos a ese episodio: “Anécdota del Viejito Chapucero”.

En 1975, se realizaron los “Juegos Lasallistas Nacionales” a los que asistieron participantes de todo México. Nuestros hijos se inscribieron en diversos deportes y Bernardo en ajedrez. Cuando le era posible, Bobby se escapaba para ver a sus hijos jugar, me comentaba que para él era casi un suplicio presenciar los juegos de Bernardo porque algunos eran excelentes ajedrecistas y los juegos resultaban muy reñidos.

El día de la Premiación Bobby yo nos encontrábamos entre un público gozoso por el festejo y expectante por conocer los resultados. Se dio inicio a la ceremonia y después del protocolo acostumbrado se empezaron a nombrar los ganadores de las diferentes disciplinas quienes empezaron a desfilar. Era una la algarabía de aplausos y porras para los vencedores. En eso se escucha:

“Bernardo Dillon 1er. Lugar de Ajedrez”

Los aplausos estallaron junto con los gritos de júbilo de todos los presentes que a coro repetían una y otra vez

“¡DILLON, DILLON, DILLON!”. Vuelos locos gritábamos de alegría; la emoción que sentí al observar a mi querido hijo sonriendo, con su sencillez acostumbrada desfilando como campeón de ajedrez es inolvidable. También, en ese momento, mi amor de madre se tornó en orgullo al contemplar el garbo de su cuate Fernando conduciendo la silla de ruedas.



13. Florece la juventud

Big foot y la velocidad

En “el centrito”, unas calles ubicadas en el centro de la Colonia del Valle en San Pedro Garza García, los jóvenes se reunían a platicar, conocer chicas y ‘echar rostro’. En alguna ocasión los escuche decir que Bernardo era uno de los mejores señuelos para interactuar con las jóvenes porque decían que: ‘ellas no se le pueden resistir’.

Una noche cuando regresaron del paseo Fernando nos platicó:

—En el centrito nos encontramos un amigo que tiene una camioneta Big-Foot y nos invitó a verla en donde la había dejado estacionada; estábamos impresionados y estando ahí nos invitó a dar una vuelta.

—Yo sí tenía ganas —intervino Bernardo— pero la camioneta es enorme, fácilmente mide 2.50 metros y las llantas están del tamaño de los coches, y pensé ¿cómo le van a hacer para subirme?

—Como sentí a Bernardo indeciso —continuó Fernando— lo animé y entre varios amigos lo subimos.

Su Papá escuchaba feliz las andanzas de sus Cuates y les pidió que le siguieran platicando:

—¿Cómo les fue?

Bernardo narró su experiencia:

—Entre varios me subieron; encaramados en aquel gigante nos fuimos a dar la vuelta, desde aquella altura todo se veía chiquito y al pasar las personas asombradas se nos quedaban viendo, casi con la boca abierta; creo que hasta yo traía la boca abierta —y

agregó— Papá, a ver si algún día te toca que andes con nosotros para que tú también te subas, estoy seguro que te gustará.

En otra ocasión, estaban Fernando, Bernardo y Roberto platicando entre sobre sus aventuras de velocidad con la silla de ruedas.

—¡N'ooombre, Roberto! —dijo Fernando— cuando Bernardo me dice que lo traiga de 'turbo' en la silla es una emoción bruta. Le doy a toda velocidad con la silla y cuando ya vamos bien aprisa y con vuelito, levanto la silla, me subo en los tubos de atrás y nos venimos hechos la raya por toda la calle, al llegar a las esquinas nos cruzamos sin parar.

—Fernando —intervino Bernardo— ¿Te acuerdas la vez que un coche ya venía bien cerquita y tuviste que frenar?

—Esa vez sí me saqué un buen susto—comentó Fernando— iba frenando con las suelas de los zapatos y derrapamos casi cinco metros antes de que la silla se parara; lo bueno fue que el coche también frenó y no sucedió nada.

—Y al entrar a la privada también le das a todo —agregó Bernardo—y si la cochera está libre nos metemos chirriando llantas. . .

Meses después los Cuates fueron a una carrera de motos y se encontraron a su amigo que tiene la camioneta 'Big-Foot'; lo invitó a subirse para ver la carrera desde las alturas. Hubo un accidente y parecía que el competidor lesionado era un amigo de Fernando.

—Ahorita regreso —dijo— voy a ver quién es y qué se ofrece.

Aunque no era su amigo se ofreció a acompañarlo en la ambulancia que estaba por llegar. El percance no pasó a mayores, solamente raspones y moretones; después de un rato, Fernando se dio cuenta que ya habían pasado tres horas.

Cuando regresó, el evento ya se había terminado y se sintió apenado por haber dejado a su hermano tanto tiempo solo. Al llegar, encontró a Bernardo platicando con varios de

los jóvenes, estos le preguntaron:

—¿Le pasó algo a tu amigo?

—No, gracias a Dios, solamente raspones y moretones; y tu Bernardo ¿qué onda?

—Toda la carrera estuve arriba del Big-Foot...pude ver cómo llas motos se adelantaban unas a otras, cuando derrapaban y cómo se cerraban al dar cada vuelta, me la pasé a todo dar.

—Y ¿cómo le hiciste para bajarte de la camioneta? — cuestionó Fernando.

Los amigos soltaron la carcajada y uno de ellos contestó:

—Bernardo nos dijo que hacer... hicimos lo que pudimos.

Volvieron a soltar la carcajada, siguieron charlando y bromeando hasta que fue hora de regresar a casa.

Tardes en el deportivo Casino del Valle

El deportivo Casino del Valle estaba a la vuelta de la casa y el verano era el mejor tiempo de aprovechar sus instalaciones. Bobby jugaba tenis, los hijos basket y frontón y a todos nos encantaba nadar, particularmente a Bernardo porque sentía la libertad de moverse sin necesidad de que nadie lo cargara o empujara. Una tarde que el calor estaba insoportable, escuche que Fernando dijo:

—¿Cómo ves Bernardo vamos a nadar?

—¡Vamos! —fue su respuesta inmediata.

Cuando estuvieron frente a la alberca Fernando cargó a Bernardo y se aventaron al agua; al salir, una señora muy enfadada, regañaba a Fernando:

— ¿Cómo te atreves a aventar a este niño a la alberca? —muy disgustada continuó— ¿qué no te das cuenta de que además de asustarlo se puede ahogar?

En ese momento iban flotando hacia la orilla y disimulaban la risa. Fernando guardando la debida compostura contestó:

—Discúlpeme señora por haberla alarmado, a mi hermano y a mí nos gusta aventarnos, porque el golpe del agua fresca nos quita el calor y lo disfrutamos muchísimo.

—Señora —intervino Bernardo— es usted muy amable pero no se preocupe todo está bien.

La señora todavía con el ceño fruncido observaba cómo Fernando le ayudaba a Bernardo a ponerse el salvavidas y más tranquila recomendó:

—Está bien muchachos, solamente tengan cuidado.

Después de esta escaramuza, cuando iban a nadar y antes de aventarse a lo loco, se fijaban que no hubiera alguna persona que pudiera asustarse.

En una ocasión Fernando y Chuy estaban platicando:

—Fernando, estoy impresionado con Bernardo, hoy nadó cien metros en la alberca olímpica y aunque va nadando despacito no se raja... le da y le da... hasta que llega a la orilla y luego se da la vuelta y sigue nadando hasta la otra orilla —y concluyó— estoy admirado de la determinación que tiene para hacer todo.

—Chuy tienes razón —respondió Fernando— yo también me impacto al darme cuenta que todo lo hace con un ánimo extraordinario.



CB Radiofrecuencia

Hubo un tiempo que se puso muy de moda el ‘CB’, era una radiofrecuencia con 23 canales; la base estaba instalada dentro de la casa y la antena en la azotea para tener mayor cobertura. Los que más se divertían eran los jóvenes que lo usaban para platicar entre ellos, como un ‘whatsapp’ actual. En la primera oportunidad que tenían buscaban a sus amigos y escogían un canal para estar en la misma frecuencia para que nadie los interrumpiera; fácilmente se pasaban horas con aquella diversión. Para hablar por el ‘CB’ era requisito tener una clave o seudónimo, nunca usaban su nombre.

Un día Bernardo le comentó a Memo:

—Fíjate que no puedo usar la clave de Ironside porque otro chavo ya la tiene.

—Bernardo —dijo Memo— vamos a ver si acepta dejarla libre para que tú la puedas usar.

Bernardo quería ese nombre porque en esos años estaba de moda una serie policiaca acerca de un inspector que estaba en silla de ruedas y era llamado Ironside, así que fueron en la búsqueda de la negociación para obtener el nombre. Al regresar a casa Bernardo explicó la situación:

—El chavo que fuimos a visitar también usa silla de ruedas y comprendimos que no era posible que aceptara nuestra petición, después de los saludos le explicamos el porqué de nuestra visita, conversamos un rato, le agradecemos su atención y nos despedimos. Pocos días después de que estrenaron el CB, cada hijo tenía su clave:

Roberto-Marshall;

Fernando-Lotario;

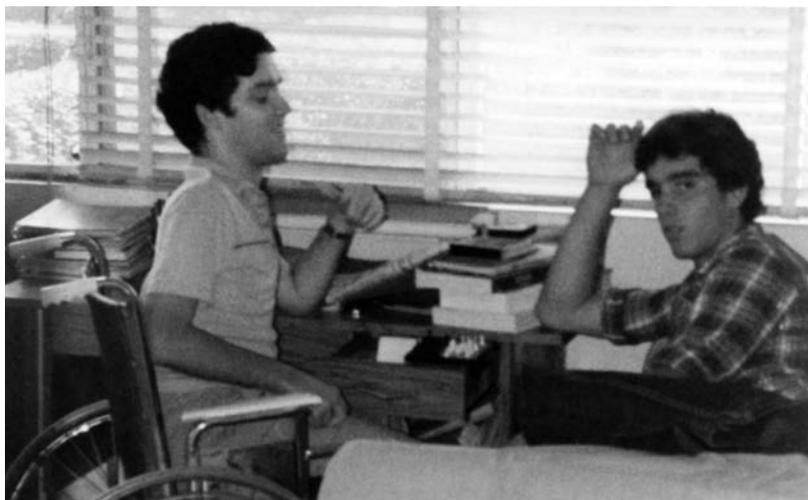
Bernardo-Sandokan;

Chuy-Despistado;

Memo-Mandrake;

Paty-Lágrima Feliz.

En ocasiones, Bobby y yo nos dábamos cuenta que ya era de madrugada y alguno de ellos todavía estaba en ‘10-4’, fórmula usada para iniciar la conversación. Como suele suceder el ‘CB’ pasó de moda y los jóvenes lo dejaron. La amistad, que entre ellos se inició, ha perdurado hasta el día de hoy y se mencionan por sus claves.



Pesca en familia

Pescar fue otra de las grandes aficiones familiares. Cuando había oportunidad, Bobby llevaba a los hijos de pesca a las presas del Estado y cuando íbamos a la Isla del Padre, pescaban en el muelle; en algunas ocasiones, rentaban una lancha para pescar en la Laguna Madre o en el mar. En un viaje a la Isla, Bobby nos comunicó:

—Familia, renté una lancha para ir mañana de pesca, vamos a salir muy temprano así que a dormir temprano.

—¿Vamos a ir todos?—preguntó Nena.

—Como navegaremos en alta mar, será un paseo muy bonito y quiero que todos lo disfrutemos —contestó su Papá— será bueno que llevemos todo lo necesario para comer allá porque regresaremos hasta el atardecer.

Una vez que estuvimos en alta mar, los tripulantes sacaron los equipos de pesca y los repartieron a los pescadores, que ya habían escogido su lugar y estaban listos para ver quién sacaba el más grande. Bobby y el capitán acomodaron la silla de ruedas en un lugar seguro y Bobby le dijo a Bernardo:

—Mi'jito, ya verás que este va a ser un buen lugar para pescar.

Enseguida preparó el reel, le puso la carnada al anzuelo y lo lanzó al agua y le pasó la caña a Bernardo; pasó un buen rato sin que ningún pez picara y de pronto el sedal empezó a correr y la gritadera también empezó:

—¡Apriétale! ¡Aflójale! —gritaba Bobby eufórico.

Los que íbamos en la lancha nos acercamos para ver lo que sucedía y comenzaron los 'expertos' a dar instrucciones de lo que había que hacer:

— ¡Afloja! ¡Jala! ¡Suelta!

Todos gozábamos la pesca de Bernardo. Y él, ufano, gritaba:

—¡Miren... miren... qué grandote está!

—Espero que esté bien enganchado porque con esos coletazos que está dando, seguramente está muy grande y es fácil que se suelte—comentó el capitán.

Al fin lo sacaron del agua y cuando lo pusieron sobre la cubierta no lo podíamos creer, era un guachinango enorme.

—¡Está enorme! —gritaba Bernardo emocionado.

Todos lo felicitamos, fue un momento de fiesta para el gran pescador. Esa noche, en el departamento, después de dar fin al huachinango y estando los hijos dormidos, Bobby me dijo:

—Lo que más disfruto es contemplar la emoción que Bernardo experimenta cuando siente que está picando un pez, y ver la satisfacción en su cara cuando el pescado está fuera del agua —continuó— para mí...eso vale...un Potosí.

Cada salida de pesca o cacería significa: incomodidades, piquetes de insectos y quemaduras del sol, cuando menos. Sin embargo, nada los detenía, todos tenían que ‘aguantar la vara’, porque, si Bernardo la aguantaba, a los demás no les quedaba otro remedio. Fue una época de oro para Bobby y los hijos, colmada de aventuras, retos y aprendizaje.



14. Llueven el cielo y el corazón

Llueve el cielo

Desde recién casados, Bobby y yo acostumbrábamos ir a Misa de 12:00 pm los domingos en la Parroquia que nos correspondía. Tradición que continuamos durante toda nuestra vida. Cuando los hijos estaban adolescentes, nuestra Parroquia era Santa Engracia. Siempre nos sentábamos en familia en la misma banca, por supuesto durante la Misa teníamos que estar intercambiando lugar con los niños que empezaban a travesear o pelear. Nuestro párroco de esa época era el padre Pedro Garza Cantú, de avanzada edad, y tenía la costumbre de rogar por la bendición de la lluvia en todas las Misas. Siempre repetía tres veces:

—¡Señor, danos la bendición de la lluvia! (3)

Y la feligresía suplicaba tres veces:

—¡Señor, danos la bendición de la lluvia! (3)

En una ocasión, durante toda la semana había estado lloviendo a cantaros y ese domingo la lluvia parecía diluvio. No obstante, el Padre Pedro repitió tres veces la petición por la bendición por la lluvia y todos reiteramos la petición tres veces. Sin motivo alguno, en ese momento volteé a ver a Bernardo, él discretamente movía su mano como si estuviera cerrando una llave de agua y movía los labios diciendo:

—¡Ya ciérrale!

Al verlo, me morí de risa.

Llueve el corazón

Los años seguían avanzando entre clases, actividades y vacaciones; en el físico de Bernardo, la huella de la enfermedad también seguía avanzando. Durante una visita médica, el

doctor Rangel observó que los tobillos y los pies de Bernardo se estaban deformando por el uso de la silla de ruedas y le llamó al doctor Raymundo González traumatólogo para pedirle su opinión. Lo estuvieron examinando y el doctor Rangel planteó la posibilidad de una operación para mejorar la postura de los pies. Sin embargo, el doctor Raymundo consideraba que la operación, además de ser dolorosa y de recuperación muy lenta, no era nada recomendable porque los pies de Bernardo, en poco tiempo volverían a estar igual. Entre ellos siguieron deliberando y al no llegar a un acuerdo el doctor Ricardo cuestionó:

—Bernardo, ¿sabes lo que tienes?

—Sí.

—¿Sabes cuál es tu enfermedad?

—Sí.

—Bernardo, ¿sabes lo que te va a pasar?

—Sí.

Después de un momento de silencio el doctor Ricardo preguntó:

—Bernardo, ¿te quieres operar?

Escuchamos la respuesta categórica de un sencillo:

— No.

Salimos en silencio del consultorio y cuando nos bajamos del coche y entramos a la casa, Bernardo me dijo:

—Mamá llévame por favor frente a la pecera.

Se quedó mirando fijamente los pececillos que nadaban y ya no pudo contener las lágrimas, me acerqué a él y lo abracé con todo mi corazón. Esa fue la única vez que lo vi llorar.

La experiencia en el consultorio zarandéo profundamente a Bernardo porque lo obligó una vez más a aceptar ante sí mismo y ante los demás, no solamente su enfermedad, sino también el avance de la misma y las consecuencias que día con día se irían presentando.

En ocasiones cuando Bobby me notaba apesadumbrada, me decía:

—Tienes que ser fuerte, que Bernardo no note que has llorado y que estas triste.

Algunas veces era yo quien veía alicaído a Bobby, al preguntarle qué pasaba me contestaba:

—Es que ya no me aguantaba y me fui a la carretera para llorar a gritos y pedirle al Señor fortaleza para nuestro querido hijo, pedirle que a nosotros nos de la sabiduría y el espíritu necesario para ayudarlo eficazmente.

Nos poníamos a hacer oración y en el fondo del corazón experimentamos esa paz que se saborea cuando la voluntad se hace UNA con la de Dios.

15. Nuevos retos en la UDEM

El hecho de que Fernando se había ido de intercambio motivó a que la vida de Bernardo diera un giro de 180°; pues estaba acostumbrado a contar con la asistencia cercana de su cuate en su diario vivir, sobre todo en el colegio. Sin embargo, esto no fue impedimento para que Bernardo siguiera adelante y superara el reto que día con día se presentaba, y lo hacía con tal entusiasmo y determinación que nos contagiaba a todos.

Las clases de ingeniería de la UDEM se impartían en el colegio Labastida, varios de sus compañeros de carrera habían estado con él desde la primaria y la amistad de tantos años los unía como hermanos. Cuando llegábamos para dejarlo en escuchábamos:

—¡Ya llegó Bernardo!

Enseguida, se acercaban para ayudarnos a bajar la silla, acomodarlo y luego entre dos lo subían a ‘golpe de escalón’ a toda velocidad hasta el tercer piso; en ocasiones iban por él a la casa y cuando terminaban las clases lo llevaban de regreso. Bernardo siempre contó con ‘ángeles’ muy dispuestos en brindarle una mano en todo lo que necesitara. Es edificante constatar el espíritu de servicio que tienen los jóvenes cuando captan la necesidad de otra persona.

Además del cambio académico, Bernardo inició una etapa importante de retos sociales; no todos sus compañeros de carrera eran amigos de la infancia que conocían desde hacía tiempo el proceso de sus limitaciones físicas, ahora era el tiempo de conocer y tratar a personas que no tenían idea de quién era o qué era lo que le pasaba. Unos días después de haber iniciado el semestre me comentó:

—Hay un compañero que es muy serio, creo que no le

caigo bien.

—Lo que pasa es que no te conoce, dale tiempo capaz que van a ser buenos amigos—le contesté. Además, recuerdo que me dije a mi misma: quién conoce a Bernardo acaba por quererlo.

Semanas después me dijo:

—Mamá, ¿te acuerdas que te platique de un compañero que sentía que no le caía bien? pues ya lo empecé tratar y es buena gente.

—¿Cómo se llama?

—Rodrigo Vera.

Surgió entre ellos una gran amistad y con el tiempo esta se permeó a tal grado en la familia, que en ocasiones Rodrigo era un hijo más. Rodrigo y Bernardo tenían aficiones similares: ajedrez, Rummy Kub, escuchar música, entre otras. Estando en la casa, como es de suponer, a Rodrigo no le faltó algún regaño, como tampoco discusiones y pleitos entre los hermanos; durante un agarrón entre los hermanos, Rodrigo prefirió ‘poner pies en polvorosa’ y al estar haciendo una discreta huida, Bernardo, casi suplicante, le dijo:

—No seas cobarde, no me dejes solo.

Como esta anécdota y otras muchas siempre las recordamos con cariño.



16. Prácticas profesionales en CEMEX

Cuando fue el tiempo de hacer las prácticas profesionales, Bernardo envió su solicitud a varias empresas y le dieron oportunidad en la Pedrera de Cementos Mexicanos. Se integró a un equipo de ingenieros que reportaba directamente al Ing. Lorenzo Zambrano, quien tenía un interés muy especial en las computadoras y todos los avances que salían al mercado, enseguida estos avances tecnológicos eran implementados por el equipo.

La Pedrera quedaba relativamente cerca de Troqueles y Esmaltes, así que Bobby y Bernardo se iban juntos a chambear. Si en alguna ocasión Bernardo tenía necesidad de ir al baño, como aún no tenía confianza con sus nuevos compañeros, le llamaba su Papá para que le fuera a ayudar. Bobby aunque estuviera en el trabajo, inmediatamente lo iba a atender, se dice fácil pero se necesita mucha entrega y paciencia para estar disponible en cualquier momento; así mismo, es loable la comprensión de la empresa para autorizar las ausencias de un funcionario. A medida que el tiempo fue pasando, Bernardo tuvo más confianza con sus compañeros de trabajo y ellos siempre estaban dispuestos para apoyarlo.

Una noche platicando entre hermanos Bernardo le dijo a Chuy:

—Chuy, ¿me llevarías un día a casa del tío Rodolfo Barrera?

—Y eso... ¿por qué? —le preguntó Chuy.

—Es que estoy muy a gusto con los del equipo en CEMEX. Los compañeros me comentaron que casi siempre cuando uno termina las prácticas profesionales ya no te siguen empleando y no quisiera que eso me sucediera.

—Por supuesto que te llevo —reiteró Chuy.

—Prefiero que Papá no sepa —continuó Bernardo— ya ves que Rodolfo es su primo y no quiero que ninguno de los dos se sienta comprometido; además, eso es lo que a mi ya me corresponde hacer.

Se pusieron de acuerdo en hora y fecha y cuando el ingeniero Rodolfo los recibió, después de pláticas y saludos Bernardo dijo:

—Ingeniero, ya llevo un año en CEMEX haciendo mis prácticas profesionales, me siento muy contento en el trabajo. Le quiero pedir que me brinde la oportunidad de seguir trabajando en la empresa.

—Bernardo me da mucho gusto que hayas venido a tratar esto conmigo —le aseguró Rodolfo— y por supuesto que seguirás en CEMEX. Mañana mismo me encargo del asunto.

—Muchas gracias, ingeniero.

—Sobrinos buenas noches —y añadió— díganle a su Papá que le mando muchos saludos.

Ya en el coche Chuy comentó:

—¡Bernardo, te felicito! Qué padre que ya aseguraste la chamba

—Sí, verdad...a mí también me da gusto porque estoy bien contento con el trabajo y los compañeros—respondió Bernardo.

Cuando llegaron a la casa y nos platicaron lo que habían hecho, su Papá y yo nos sacamos de base: que hubieran ido por su propia cuenta sin pedirle apoyo a su Papá es de mucho mérito. Chuy estaba muy orgulloso de su hermano, por supuesto nosotros también, y Bernardo estaba muy contento de poder seguir en CEMEX.

Esa noche Bobby me dijo:

—Que entrón es nuestro hijo Bernardo, apenas tiene 20 años y ya se abre paso por sí solo... *I'm so proud of him.*

Con una sonrisa de oreja a oreja le contesté:

—*So am I...*

17. Graduación y Reconocimientos

“He was proud of himself and so were we”

En el verano de 1982, Bernardo se graduó de su carrera profesional, para asistir a la ceremonia nos emperifollamos muy elegantes y Bernardo estrenó un traje que él mismo se compró. El evento se llevó a cabo en el auditorio del Colegio Mexicano, al llegar nos dieron indicaciones de colocar a Bernardo a mediación del auditorio, en donde la silla de ruedas cabía muy bien. Bobby y yo estábamos a su lado.

El maestro de ceremonias dio inició al evento con la presentación de las personalidades del presídium, el rector y otros catedráticos, después dio un discurso de felicitación, y por último exhortó a los asistentes a no aplaudir a cada egresado, únicamente cuando se terminara el tronco de las diferentes especialidades de ingeniería. El moderador empezó a nombrar a los graduados de las diferentes áreas de ingeniería y los aplausos se escuchaban solamente al terminar cada segmento. Llegó el turno a los que terminaban la carrera de Ingeniero Industrial y de Sistemas, cuando el moderador dijo:

— “Bernardo Dillon Montaña”

El rector se puso de pie, tomó el diploma, bajó del estrado para dirigirse hacia nosotros y acompañado de una ruidanga de aplausos y ¡vivas! que le brindaban a Bernardo sus compañeros emocionados. Bernardo mostraba una sonrisa de oreja a oreja, a su Papá le brotaba un orgullo que desbordaba y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Me parecía que había luces de bengala por la alegría que reinaba. Entonces el rector se puso frente a Bernardo y con mucha ceremonia le entregó el Diploma y lo felicitó; enseguida bajó la escalera y ocupó su lugar en el Presídium, pero los aplausos para el nuevo graduado no paraban.

Nuevamente el rector se puso de pie, hizo un ademán de reconocimiento hacía Bernardo, los aplausos volvieron a tronar en el recinto. Poco después, el maestro de ceremonias pidió silencio a la asamblea para poder proseguir con la ceremonia.

Cuando terminó el evento por doquier se escuchaba:

—¡Bernardo, felicidades!

Él, con la sencillez que siempre lo caracterizó, quebraba una agradable sonrisa dando las gracias.

Esa noche, Bobby y yo emocionados platicamos una y mil veces lo que acababa de suceder. Y le agradecemos a Dios por tantas bendiciones que derramaba contantemente en nuestro hijo, nos gozamos al evidenciar el cariño y admiración que tantas personas le brindaban.





La Universidad de Monterrey

otorga a

Bernardo Dillon Montaña

el título de

Ingeniero Industrial y de Sistemas



En atención a que demostró haber hecho x los estudios requeridos conforme a los planes y programas en vigor, y satisfecho todos los requisitos necesarios.

Dado en la ciudad de Monterrey, estado de Nuevo León, el día 21 de octubre de 1982.

El Director

L. C. R. Jesús Antonio Barza Gutiérrez

El Rector

Ing. Juan Espinosa Díaz Barreiro

El C. Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Nuevo León

Alfonso Martínez Domínguez,

Certifica: Que las firmas y sellos que aparecen en este documento son auténticos.



GO. LEÓN DEL ESTADO DE NOVIEMBRE 1858

Días después...

—Bernardo, te llegó un telegrama —dijo Roberto y en broma añadió— se me hace que te estás haciendo muy popular.

Al estar leyendo el telegrama se le iluminó la cara de alegría y los que estábamos en la casa nos moríamos de curiosidad por saber de qué se trataba. Cuando terminó de leerlo me lo entregó y me dijo:

—Mamá, ¿cómo ves? ¿podremos ir?

Con voz sonora y ceremoniosa leí:

“INGENIERO BERNARDO DILLON MONTAÑA

Tenemos el gusto de informarle que ha sido elegido para recibir el Premio ‘Los Mejores Estudiantes de México’, de manos del C. Presidente de la Republica, José López Portillo”

Al escuchar tan increíble noticia empezamos un arguende bruto. El Premio “Los Mejores Estudiantes de México” se daba a los alumnos de toda la república que tenían las mejores calificaciones al terminar su carrera universitaria. En medio de los gritos de júbilo, contesté:

—¡Por supuesto que vamos! ahorita que llegue tu Papá le enseñas el telegrama, además de volverse loco de gusto ten por seguro que va a organizar todo en tres patadas y va a decir: “el viaje va a estar de rechupete”.

A partir de ese momento, estábamos impacientes de que Bobby llegara para participarle tan estupenda noticia, como también ver la cara de alegría que de seguro iba a poner. Nomás llegar y enterarse de todo dijo:

—Vámonos, mi’jito, *¡Mexico here we come!*

Bobby compró los boletos del avión e hizo la reservación en el hotel. También se comunicó con Don Víctor, un amigo en la Ciudad de México, para plantearle la necesidad de un chofer

de confianza que nos ayudara en los traslados familiares y de ser necesario fuera capaz de mover a Bernardo. La respuesta de Don Víctor fue inmediata y muy generosa; amablemente nos ofreció a su chofer llamado Julio, que era de mucha confianza y nos facilitó su coche todo el tiempo que durara nuestra estancia.

Al llegar a Ciudad de México, Julio nos estaba esperando muy dispuesto para apoyar a Bernardo en todo lo que se ofreciera. Bobby le enseñó cómo subir y bajar del coche a Bernardo, mover la silla y meterla a la cajuela.

La ceremonia de entrega de los diplomas a “Los Mejores Estudiantes de México” se llevó a cabo en el Auditorio Nacional, presidida por el Secretario de Educación y otras personalidades del gobierno; el recinto abarrotado de estudiantes, maestros y padres de familia lucía imponente. Para dar inicio a la ceremonia, se hicieron los honores a la bandera y cantamos el Himno Nacional. Enseguida el maestro de ceremonias presentó a las personalidades que presidían el evento y dio las indicaciones del protocolo que habría que seguir el estudiante: al ser nombrado subir al estrado para recibir el diploma, saluda a las autoridades y los aplausos se dejarían hasta el final. En el momento en el que nombraron a Bernardo, su Papá lo subió en la silla de ruedas al estrado, en ese momento todas las personas del presídium se pusieron de pie para felicitarlo y la ovación general fue ensordecedora; momentos como este quedaron grabados en nuestra mente y corazón de por vida.



Al día siguiente hubo otro evento pero en este únicamente podían asistir los estudiantes, por lo cual, Bernardo y Julio se fueron solos; durante dicho evento, se ofreció un desayuno en la Escuela Militar al que asistió el C. Presidente José López Portillo. El presidente los felicitó y les dirigió unas palabras de ánimo y empuje en la nueva vida que estaban por iniciar, al término del evento los cadetes desfilaron y rindieron los honores a la bandera. Cuando todo terminó y nos encontramos de nuevo, Bernardo emocionado nos explicaba:

—Los cadetes vestían uniforme de gala, se veían muy elegantes y además marchaban con mucha precisión y gallardía; al rendir los honores a la bandera, estábamos muy impresionados de cómo manejan la bandera con tanto respeto. Estoy impresionado con ellos.



En la tarde, Bernardo se presentó en el Zócalo para la fotografía oficial. Eran tantos los estudiantes de todo el país que apenas cabían en las gradas que se habían instalado, pero curiosamente Bernardo quedó acomodado en el mero centro de la foto. Esta fue la última actividad del evento de premiación, así que aprovechamos dos días más, para que Bernardo conociera algo de México.

Esa noche Bobby nos dijo:

—Bernardo, ¿cómo ves si nuestra primera visita la hacemos al Museo de Antropología?

—Vamos, me gustaría muchísimo.

Durante la visita, los tres parecíamos niños chiquitos admirando la extraordinaria vida de los aztecas en la pre-colonia y la increíble hazaña de la conquista. Salimos encantados del museo. Por supuesto también fuimos a saludar a nuestra Madre de Guadalupe. Aprovechamos que contábamos con un chofer

que nos apoyaba para dar un paseo por los lugares históricos y trascendentes de la Ciudad de México.

Al regresar a Monterrey veníamos en los primeros asientos del avión. Al llegar a nuestro destino un joven que también recibió el premio se despidió de Bernardo, y un poco más atrás venía su mamá que al pasar junto a nosotros con un dejo de tristeza dijo:

—Lástima, de nuevo a la triste realidad.

Les deseamos lo mejor al despedimos de ella y de su hijo, unos minutos después Bernardo suspiró y en voz baja dijo:

—Gracias a Dios vuelta a la normalidad.

Esa era su actitud: regresar con toda sencillez a la ‘aparente normalidad’ de su vida, para seguir esforzándose día a día ante los formidables retos de su diario vivir.

Unas semanas después del viaje a Ciudad de México una persona tocó a la puerta de la casa y al abrirla preguntó:

— ¿Vive aquí el Ingeniero Bernardo Dillon?

—Sí, ¿qué se le ofrece? —respondí.

—Por favor, firme aquí de recibido.

Firmé, le agradecí y se marchó. El sobre que me entregó no tenía remitente y por más que le di vueltas no tuve ni la menor idea de qué se trataba, parecía una invitación. Muerta de curiosidad les comenté a los hijos que estaban en casa y se nos hacía a todos larga la espera para que Bernardo y Bobby regresaran del trabajo. En cuanto entraron a la casa, no faltó quien dijera:

—Bernardo, te llegó un sobre.

Ocho pares de ojos, pendientes del contenido de la famosa misiva, miraban expectantes mientras que él parsimoniosamente abrió el sobre y junto con él todos leímos su contenido:

“El Colegio de Ingenieros tiene el honor de invitar al

INGENIERO BERNARDO DILLON MONTAÑA

a la Cena de Gala en el Casino Monterrey para hacer entrega del Premio al Saber, otorgado por esta Institución como reconocimiento a la Excelencia en el desempeño académico durante toda su carrera”

La alegría familiar era desbordante, nos sentíamos tan felices y orgullosos de nuestro Bernardo.

—Híjole, ahora sí que la hiciste, mi cuate —dijo Fernando.

—Mi’jito, otro reconocimiento muy merecido, estamos muy orgullosos de ti —añadió su Papá.

Bernardo, esbozando una sonrisa contestó:

—Creo que tenemos que ir muy elegantes.

—Bernardo, vamos a ser los más elegantes de todo el salón, ya lo verás —le respondí.

Para el evento nos emperifollamos con nuestras mejores galas y Bernardo estrenó el traje que se compró para ese día... se veía guapísimo. La ceremonia del evento, se llevó a cabo en un ambiente muy solemne ya que el reconocimiento “Premio al Saber” tiene una connotación de excelencia y es muy valorado entre los Ingenieros.



La Sociedad de Ingenieros y Técnicos
de Monterrey, A. C.

Otorga a

Bernardo Hillón Montaña

el presente Diploma

"PREMIO AL SABER"

por haber sido el alumno que obtuvo el Primer Lugar en los estudios
de la Carrera de:

Ingeniero Industrial y de Sistemas

En la Universidad de Monterrey, como un estímulo a sus esfuerzos,
dedicación y perseverancia.

Dado en la Ciudad de Monterrey, Nuevo León, a los dieciocho días
del mes de Septiembre de mil novecientos ochenta y dos.

Presidente

Ing. Luis A. Caballero Galindo

Secretario

Ing. José Jaime Ahque Vázquez

Esta carta fue encontrada entre los papeles de Bernardo:

CEMENTOS MEXICANOS

13 de octubre 1982

Ing. Bernardo Dillon Montaña

Presente.

Estimado Ing. Dillon:

Por medio de la presente quisiera enviarle mi más sincera felicitación por la distinción de que ha sido objeto al nominarlo “Premio al Saber” de la Carrera Ingeniero Industrial y de Sistemas en la Universidad de Monterrey; así como la de “El Mejor Estudiante de México” que le será otorgado el próximo mes de Noviembre.

Es para nuestra Organización un orgullo contar con usted y me permito exhortarlo a seguir por el camino de la superación.

Reciba nuevamente mi felicitación.

ENHORABUENA

Atentamente

Ing. Lorenzo H. Zambrano

Director de Operaciones

Poco tiempo después de que Bernardo se graduara y recibiera los premios, Bobby, Bernardo y yo estábamos de vacaciones en la Isla del Padre, Texas. El domingo fuimos a Misa en Puerto Isabel, y antes de que iniciara la ceremonia Bobby fue a saludar y a platicar con el sacerdote. Ya que la misa comenzó, el sacerdote en la homilía comentó:

—Estuve platicando con el Papá de un joven que se acaba de graduar con honores de su carrera de ingeniero y le fue otorgado el “Premio al Saber” por la Sociedad de Ingenieros de Monterrey. Además, el Presidente de México le dio el premio de “Los Mejores Estudiantes de México”... —y continuó reconociendo los logros de Bernardo, al terminar los elogios señaló a Bernardo diciendo— Él está aquí entre nosotros, los invito a que le brindemos un caluroso aplauso a este joven por haber obtenido estos estupendos éxitos en su vida.

La asamblea aplaudió con gusto, incluso al salir de la Misa el sacerdote y los feligreses se acercaron a felicitarlo. Bernardo cordialmente aceptaba las atenciones, sin embargo, me di cuenta que no le había hecho ninguna gracia las alabanzas y los aplausos, estaba verdaderamente enojado. Acabando los saludos nos subimos al coche para la ‘obligada’ ida a Walmart en la Isla. Bernardo estaba en un silencio absoluto. Bobby decía sonsera y media para que ya se pusiera de buen humor pero Bernardo no quebraba ni la más mínima mueca de una sonrisa, nada...nos dio la ley del hielo. Él...estaba enojado. Anduvimos un rato por la tienda y Bobby siguió bromeando con él; poco a poco se le pasó el ‘berrinche’, sonrió y aquello pasó a la historia. No se volvió a hablar del asunto.

Volvimos a constatar su disgusto a las alabanzas y las presunciones; y aunque merecía esas alabanzas, Bernardo ni las pretendía ni las necesitaba.

ADULTO

18. Un nuevo AMIGO

Después de tanto alboroto y farándula, la vida familiar nuevamente se encarriló al ritmo del diario vivir: trabajos, estudios y demás. Se presentó un sábado en la casa un vendedor para platicarnos sobre una silla de ruedas eléctrica. Nos mostró el folleto de la misma: tenía una rueda al frente y dos atrás; un manubrio como de bicicleta y allí se controlaba velocidad y freno; usaba batería recargable, que duraba 24 horas. Bernardo estaba fascinado con ella, puesto que le ayudaría mucho a desplazarse sin necesidad de que alguien lo empujara. Después de platicar un buen rato, llegó la hora de la verdad... el costo. Tristemente estaba muy por encima de nuestras posibilidades, por lo que, le agradecemos a la persona y aquella ilusión la dejamos para otro momento. Pero varios días después, el mismo vendedor regresó y ahora ya no traía el folleto. Bajó de su coche la silla eléctrica ‘en persona y a todo color’ con un enorme moño rojo y una tarjeta con el siguiente mensaje:

“Para el Ing. Bernardo Dillon Montaña, por la excelencia en su desempeño académico y por ser un ejemplo de tenacidad”

La tarjeta estaba firmada por la Dra. Esthela Barrera, el Ing. Rodolfo Barrera y el Ing. Alejandro Guajardo.

Además de tener una sonrisa de oreja a oreja, estábamos asombrados y sin saber que decir. El vendedor nos sacó del estupor cuando comentó:

—Bernardo, la batería viene cargada así que si quieres, ya la puedes estrenar.

Bobby y yo nos salimos con él a la privada para disfrutar su aprendizaje, en el que no batalló nada. Después de un rato de estar yendo de un lado para otro y más seguro de cómo moverle dijo:

—Vamos a la placita comercial que está después de Mississippi.

—Tu dale, mi'jito, nosotros vamos contigo —dijo su Papá.

Bobby yo lo acompañamos por Gómez Morín, pasamos frente al Casino del Valle hasta llegar a nuestro destino, como casi eran las nueve de la noche los locales comerciales estaban cerrados y en el estacionamiento no había coches. Al llegar Bobby dijo:

—Bernardo, *you're on you own*.

—Pues a darle a ver qué tal jala —contestó Bernardo.

Al principio empezó despacio, pero a medida que se sintió más seguro de cómo manejarla, le metió más velocidad y empezó a darle de arriba hacia abajo por todo el estacionamiento, luego le daba la vuelta cerrada y arrancaba de regreso; de pronto ya estaba haciendo 'ochos'. En eso escuchamos que dijo:

—Me siento libre como un cervatillo.

De regreso a casa venía gozoso como niño con juguete nuevo y esa misma noche bautizó a la silla de ruedas con el nombre de 'AMIGO'. Nunca volvimos a decir: la silla de ruedas, sino AMIGO. Oportunamente, Bernardo y Bobby visitaron a la Dra. Estela, al Ing. Barrera y al Ing. Guajardo para agradecerles tan estupendo obsequio que favoreció notablemente la vida de Bernardo porque le brindó la independencia que hacía muchos años no había experimentado.



El AMIGO le proporcionó a Bernardo ventajas en su vida personal y social porque tuvo la libertad de trasladarse dentro y fuera de la casa, incluso Fernando le decía a Bernardo “Fitipaldi”, que era un corredor de autos muy famoso en la época. Los Cuates con frecuencia se iban de paseo los sábados por la tarde.

—Fitipaldi, ¿vamos al Mall a echar el rol? —le preguntaba Fernando.

—Puesto—era la respuesta inmediata.

Bernardo disfrutaba mucho ir al Mall porque allí no había escalones, los pasillos estaban muy anchos y largos, y así él se

podía pasear a sus anchas. Una tarde Bernardo se le escapó a Fernando, lo anduvo buscando en las tiendas y en los lugares a donde acostumbraban a ir, sin embargo, no aparecía. Al cabo de un buen rato, lo divisó a lo lejos entre un grupo de personas y le empezó a chiflar del modo acostumbrado. Bernardo seguía avanzando a toda velocidad, así que Fernando no tuvo más remedio que correr para alcanzarlo. Cuando llegó a su lado riéndose lo cuestionó:

—Bernardo, ¿qué onda? Te andaba a busque y busque. ¿En qué andas metido?

Él muy sonriente le contestó:

—Ves que muchacha tan bonita va allí enfrente.

—De veras, está guapísima ¿te la presento? —le preguntó Fernando.

En eso, la chica volteó, vio a Bernardo y le brindó una amplia sonrisa; era obvio que ya se había dado cuenta que la iba siguiendo. De pronto...Bernardo hizo alto total...y sin mediar palabra...dio vuelta en U y salió disparado en dirección contraria; solamente se escuchó:

—Otro día será...

—¿Pos', no venías tan decidido? No le zacatees —le increpó su Cuate.

Muy decidido arrancó hasta las puertas del Mall y no paró hasta llegar al estacionamiento y decir:

—Mejor ya vámonos para la casa.

Cuando llegaron a la casa Fernando todavía le venía echando carrilla y nos unimos para hacerle bromas sobre el asunto, aprovechando el hilo, Chuy le dijo:

—Cuando quieras voy contigo al Mall y si la volvemos a ver, nos presentamos con ella, capaz que tiene una amiga.

—Ya mero —le refutó Bernardo.

Así siguieron las bromas, aun estando acostados escuchábamos que seguían sonseando con el asunto.

19. Relación padre-hijo

Jake Mate

Un ‘Sábado de Ajedrez’ estaban reunidos los amigos ajedrecistas y Bobby inició la siguiente conversación:

—Bernardo, ¿te acuerdas de la broma que le hicimos al Ingeniero Paniagua? Que le pedí que te diera algunas clases de ajedrez para que mejoraras tu juego y que él vino muy dispuesto a enseñarte, se llevó un buen chasco porque le ganaste todas las partidas.

—Claro que me acuerdo —respondió Bernardo— ya ni la haces Papá; la broma nos la hiciste a los dos, porque yo no sabía nada de lo que estabas tramando y también caí en la trampa.

Todos se rieron y la tarde de ajedrez continuó entre las carcajadas de Bobby, los amigos disfrutando del juego, mientras Chuy a todo pulmón cantaba las rancheras.

Un día Bobby estaba en la oficina de Don Enrique Garza tratando asuntos de negocios y cuando terminaron Don Enrique dijo:

—Bobby, ¿podrán ir tú y Bernardo a la casa el sábado para echarnos unas partidas de ajedrez?

—Por supuesto, Enrique, cuenta con eso.

Cuando Bobby recogió a Bernardo del trabajo le comunicó la invitación de don Enrique:

—Fíjate que Don Enrique nos invitó a su casa, quiere jugar ajedrez contigo y que le platiques la broma que le hicimos al Ing. Paniagua. Cuando se la platiqué le dio mucha risa.

Después de la primer visita, con frecuencia Bobby llevaba

a Bernardo a jugar ajedrez a casa de Don Enrique. Los partidos podían durar horas porque ambos tenían muy buen nivel de juego y lo disfrutaban mucho. En ese entonces, Bernardo ya necesitaba ayuda para mover las piezas y le daba indicaciones a su Papá de la jugada que quería hacer; se podría decir que era un juego entre tres, entretejido con historias y bromas. En ocasiones cuando Bernardo ganaba la partida, Bobby, fingiendo voz angustiada decía:

—Mi’jito... acuérdate que es mi jefe.

Con esto y muchas otras ocurrencias las carcajadas no paraban; fueron veladas que Bobby guardó como un tesoro en su corazón.

El trabajo

Como suele suceder en Monterrey, empezó a llover torrencialmente. Una mañana ya era hora de levantarse para ir al trabajo y de pronto Bobby entró a la recámara y acercándose a la cama de Bernardo le dijo:

—Buenos días, ¿ya te diste cuenta cómo está lloviendo, verdad? ¿cómo ves si hablo a Cementos y les digo que hoy no vas a poder ir?

Solamente se escuchó:

—¡PAPÁ!

Con esa respuesta a Bobby no le quedó más remedio que arreglarlo para irse al trabajo. ‘AMIGO’ iba en la parte trasera del ‘vocho’ y llegó todo mojado; lo peor fue al bajarlo en la Pedrera, porque quedó toditito lleno de lodo. Pero ni modo, con rayos y truenos había que ir al trabajo.

El recorrido diario que Bobby y Bernardo hacían para llegar el trabajo era bastante largo y no faltaban las anécdotas o los percances. El tráfico siempre estaba congestionado y muy lento a la hora en la que entraban y salían del trabajo; como suele suceder en estas

circunstancias, todos los conductores están impacientes por ser los primeros y llegar cuanto antes a su destino. En una ocasión, les tocó un atorón, como luego se dice, de ‘pronóstico reservado’; después de estar un buen rato embotellados, sin moverse un centímetro Bobby se impacientó y empezó a sonar el claxon, con ganas de echar pleito con medio mundo.

En eso Bernardo tranquilamente dijo:

—Papá, acuérdate que el AMIGO vale más que el Volkswagen.

Dentro del coche... silencio total... cerrar los ojos... y esperar.

Con una sonrisa y unas cuantas palabras, Bernardo tenía la habilidad de: cambiarnos el estado de ánimo, enseñarnos a sobrellevar los contratiempos en santa paz y aceptar con tranquilidad los afanes del diario vivir.

Un buen día, Bobby estaba en el trabajo cuando recibió una llamada del jefe de Bernardo:

—Don Roberto, habla Jesús Organista.

—Hola ingeniero, ¿cómo estás? ¿todo bien? ¿se ofrece algo con Bernardo?

—Todo bien, no se apure, quisiera hablar personalmente con usted, ¿cuándo nos podemos ver? —inquirió el ingeniero.

—Puede ser ahora mismo... en Martín's.

—Perfecto, allí nos vemos —respondió.

Se saludaron y con el café frente a ellos, Jesús inició la conversación:

—En CEMEX hay recorte de personal y Bernardo está en la lista de las personas propuestas para salir. Yo no estoy de acuerdo, así que hablé con el Ingeniero Zambrano sobre este asunto.

Bobby con un nudo en el corazón escuchaba en silencio,

sin querer cerró los ojos para aguantarse las lágrimas, Jesús, al percatarse de esto, lo tranquilizó:

—Don Roberto, no se mortifique, créame Bernardo por ningún motivo va a salir, déjeme le platico: el ingeniero y yo estuvimos dialogando al respecto y él está de acuerdísimo conmigo. Bernardo es, por su desempeño laboral, un elemento fundamental para el departamento y un elemento de unidad, para nuestro equipo.

Bobby suspiró aliviado y Jesús prosiguió:

—Se lo quise comentar porque hay muchos rumores en la empresa y quiero que Bernardo y usted estén tranquilos. Además, preferí hacerlo personalmente, porque siento que no es conveniente que Bernardo se entere de esta conversación.

—Ingeniero —respondió Bobby— agradezco mucho tu intervención y aprovecho para ratificarte una vez más algo que es obvio: Bernardo está muy contento en su trabajo y se siente con mucha confianza entre ustedes.

—Créame, Don Roberto —continuó Organista— Bernardo es un elemento clave en el equipo, su sola presencia fomenta un ambiente cordial entre nosotros, además de que es muy inteligente y responsable. Para nosotros es alguien indispensable.

Bernardo siguió laborando en CEMEX toda su vida.



20. Aparece “El Canario”

Un día los Cuates, como buenas ‘urracas parlanchinas,’ sostenían con mucha seriedad una conversación muy importante porque: discutían el asunto, escribían y volvían a dialogar. Intrigada me acerqué para escuchar lo que estaban planeando y en ese momento Fernando dijo:

—¿Cómo ves? ¿le entramos? Creo que con lo que estamos ganando, entre los dos podemos pagar las mensualidades.

Yo metí mi cuchara y pregunté:

—¿Qué están planeando? ¿se puede saber?

—Creemos que podemos comprar un coche y así será más fácil para todos —me contestó Bernardo.

—Cuando se necesite, puedo llevar a Bernardo al trabajo —intervino Fernando— y así tendré coche para mis vueltas al trabajo, universidad y entrenamientos; además nos servirá para pasear o hasta para viajar.

Le plantearon el asunto a su Papá quien los escuchó con mucho interés y les dijo:

—Muchachos, si ustedes creen que se pueden echar ese compromiso, yo los apoyo.

—Sí, Papá, ya estuvimos haciendo cuentas y sí la hacemos —dijo Bernardo.

—Pues entonces, cuenten conmigo. Llamaré al banco para hablar con Don Cipriano Villarreal para recomendarlos, durante la negociación pueden ofrecer el Rambler como parte del anticipo.

—Gracias por tu intervención y también por el Rambler

—respondieron— va a ser de mucho aliviane en el crédito.

—No sé qué tanto les vayan a dar, pero...algo es...algo —concluyó su Papá.

Rambler Azul...veinte años de historia...casi un personaje familiar...

El sábado por la tarde los Cuates llegaron a la casa en el coche nuevecito y sonando el claxon con tanto arguende que hasta Sandy se alborotó. Enseguida Bernardo inició el relato:

—En el banco estaba Don Cipriano Villarreal ya esperándonos y amablemente nos recibió. Nos presentamos con él y le dijimos que éramos tus hijos. Iniciamos la negociación para la compra del coche, durante nuestra exposición lo notamos muy interesado, nos hizo varias preguntas pertinentes y al fin llegamos a la autorización del crédito, papeleo y firmas.

Fernando tomo la palabra y continuó:

—Fíjate Papá, que sí aceptó el Rambler como parte del anticipo y quedó que una persona lo iría a recoger. Cuando vaya le tengo que decir que no se lo lleve por la loma porque el pobre carro ya no sube. Al terminar el trámite Don Cipriano nos dijo: “Muchachos los felicito, les otorgue el crédito no solamente por la amistad que llevo con su Papá, sino, sobre todo, por lo preparados que están para llevar a cabo la negociación y porque estoy seguro de que con creces van a responder a este compromiso”.

—Le dimos las gracias —continuó Bernardo— y luego nos dijo: “Saluden mucho a su Papá de mi parte y le dicen que lo felicito y que debe sentirse muy orgulloso de sus hijos.”. Papá de verdad nos sentimos muy orgullosos de ser tus hijos porque nos atendió como si fuéramos señores de negocios— concluyó Bernardo.

Fernando continuó con la historia:

—Con los papeles del crédito otorgado, nos fuimos directo a la Volkswagen, para escoger el coche, llenar formularios, hacer los trámites que había que hacer y luego felizmente lo sacamos del aparador. Nos arrancamos directito al Centrito a galanear y presumir, y ahora aquí estamos para pasear al que lo quiera estrenar.

Para ese entonces ya habíamos salido a la cochera para contemplar la nueva adquisición: un vocho amarillo que Bernardo bautizo como “El Canario”.

21. El día a día familiar

Los años pasaban, la distrofia muscular avanzaba, en consecuencia las limitaciones físicas de Bernardo aumentaban en el día a día, por lo que en su diario vivir se incrementó la necesidad de ayuda. Bobby y yo ya no éramos los jóvenes de hacía treinta años y los hijos le entraron al quite para ayudarnos en la atención de su hermano. Él por su parte fue aprendiendo a pedir y aceptar más ayuda; nosotros, como familia, fuimos aprendiendo a prestarle un servicio más eficaz en sus limitaciones, que era lo más normal en nuestro diario vivir. Había ocasiones en que bromeando los hermanos al peinarlo le hacían el partido por en medio o le levantaban todo el pelo hacía arriba como indio kikapú; otras le rasuraban solamente la mitad de la cara o le dejaban bigotes hitlerianos y él les seguía la corriente; al finalizar todo quedaba al gusto de Bernardo.

Lo sorprendente es que él se dejaba hacer.

Bernardo despertaba a las 6:00 am. Le ayudábamos con el baño y el arreglo personal, por ejemplo, ponerle la camisa, el pantalón, calcetines, la cartera dentro de la bolsa de la camisa, todo perfectamente en su lugar y a su gusto. Bajaba en el elevador para desayunar lo que ya se había preparado ese día, sin repelar se lo comía todo de buena gana. Y de ahí... al trabajo. Por las tardes, algunos días estudiaba para su Maestría en Administración de la UDEM, que él se pagaba. Si tenía tiempo libre se instalaba en una silla adaptada a leer en ‘su rincón’ frente a un vitral de la casa que tiene el escudo del Torreón. En su adolescencia, mi hermana Anita le regaló a Bernardo los libros de las aventuras de Sandokan y Mark Twain, estos fueron el inicio de su afición por la lectura, siempre que tenía tiempo lo aprovechaba para leer. En los 80 su afición por los thrillers estaba a la orden del día. Fue la época de la ‘guerra fría’; las noticias sobre el asunto eran el diario vivir y los libros sobre

el mismo tema proliferaban; además, esta afición la compartía ampliamente con Chuy Mendoza, el novio de Nena. Antes de comenzar su lectura nos pedía que le pusiéramos la música que en ese momento tenía ganas de escuchar y que le acercáramos el atlas mundial para cotejar los detalles que daban en el libro: distancias, nombres de ciudades o ríos para verificar que fuera cierto. Esto hizo su lectura más amena e interesante y a su vez le proporcionó mucho conocimiento de países y ciudades como también de su geografía e historia. Memo, su hermano, que viajó por Europa de back-pack durante seis meses y con frecuencia platicaba con Bernardo sobre ese viaje. Un día Memo me comentó:

—Mamá, cuando platico con Bernardo pareciera que ha viajado por toda Europa. Estoy asombrado del conocimiento tan extenso que tiene de la geografía de los países, además conoce un chorro de historia y de las costumbres de cada lugar.

Por mucho, él es con quien más disfruto platicar de mi viaje y de cualquier otro tema, de veras que es a todo dar conversar con él.



En el día a día normalmente cenábamos en el comedor y después veíamos la tele en familia: deportes, comedia o algún programa especial. La acostada era temprano porque al día siguiente había que madrugar. Durante la noche, me llamaba dos o tres veces por intercomunicador para que le ayudara a voltearse. Lo hacía de una manera muy delicada, que te dabas cuenta que no quería molestar a nadie: “*Mamá...me volteas*”. En ocasiones, cuando yo no lo podía atender, con esa misma voz y tono, le llamaba a alguno de sus hermanos que sin pensarlo dos veces, se levantaba para voltearlo, acomodarle las piernas y tapanlo como a Bernardo le gustaba.

En una ocasión Memo me comentó:

—Mamá, fijate que cuando estoy bañando a Bernardo, con mucha frecuencia pienso: ¿cómo me gustaría que a mí me bañaran si yo estuviera en su lugar? Entonces lo enjabono muy bien y lo tallo con ganas.

Sonriendo le contesté:

—Memo, que bueno que así lo haces, porque a él le gusta andar muy limpio y bien arreglado, además estas aprendiendo para cuando tengas tus hijos.

—Es cierto, ya me tocará hacerlo algún día—me contestó con una sonrisa.

Un día, escuché que Chuy se reía a carcajadas en el cuarto que compartía con los Cuates. Al entrar escuche lo siguiente:

—¡Bernardo, qué bárbaro! de plano no tengo forma de jugarte una broma, tienes unos oídos y una sensibilidad tremenda, pues por más que entro quedito y bien despacito al cuarto, ni así logro sorprenderte. Ya para cuando me doy cuenta me dices “¿Quién anda allí?” Con esto, me matas el gallo.

Los dos siguieron bromeando y platicando hasta que ya Bernardo se quedó dormido. Chuy se salió del cuarto y cuando me vio me dijo:

—Mamá, es que Bernardo está grueso...verdaderamente lo admiro porque es muy ordenado, disciplinado y además tiene hábitos muy bien establecidos con un excelente manejo del tiempo. El levantarse y acostarse a ciertas horas; trabajar y también descansar; sus responsabilidades y distracciones — Chuy dio un suspiro y continuó— tiene hobbies bien definidos; planea y organiza muy bien sus vacaciones de Semana Santa, verano y época navideña. Además, una administración excelente de sus ingresos: desde sus necesidades personales, el sueldo de su chofer, pagos a créditos contratados y hasta la aportación al gasto de la casa.

—Pues sí, Chuy —contesté— tenemos mucho que aprender de él.

Nena y Paty estaban siempre muy pendientes de Bernardo, sobre todo a la hora de la comida. Le ayudaban a poner música, le daban el libro que en ese momento estaba leyendo o le pasaban el control de la tele para que él escogiera el programa que le gustaba.

—Berny Boy, vamos a bailar —decía Nena, agarrando a Bernardo de los brazos y le empezaba a dar vueltas y vueltas, con todo y silla.

En muchas ocasiones jugaban largas partidas de continental, acomodaban las barajas en la hendidura del carrito de servicio para que las cartas allí se detuvieran y que Bernardo no batallara en detenerlas. Paty también era una excelente contrincante, con mucha frecuencia se echaban partidas Rummy Kub de largo metraje.



Bernardo compartía con la familia todo lo que tenía: sus bienes materiales, talentos y sobre todo su paz y alegría. Para un cumpleaños, me regaló una cobija eléctrica y cuando me la entregó me dijo:

—Mira Mamá, para cuando te hable en la noche y este haciendo mucho frío, regresarás a tu cama y estarás calientita.

Una de mis aficiones es la costura. Un día compré una tela color gris claro para confeccionarme un traje sastre; corté la tela de acuerdo al patrón y empecé la elaboración: coser, planchar y probar. Me lo puse, revisé los cambios que tenía que hacer y volví a coser, planchar y probar. Después de varios arreglos y ajustes me di por satisfecha. Me puse el ajuar recién terminado, salí del cuarto muy oronda caminando como modelo para presumirle a Bernardo y le pregunté:

—¿Bernardo qué te parece?

Al verme meneó la cabeza, esbozando una sonrisa y a boca de jarro me contestó:

—Pareces Clavillazo.

Clavillazo era un cómico desgarbado, chafó y que siempre usaba un horrible traje gris. Me le quedé viendo con cara de pocos amigos... me di media vuelta y solté la carcajada; con otros ojos, me volví a ver en el espejo y Bernardo tenía razón, con ese traje parecía un espantapájaros. El traje gris tuvo otro fin... y no fue... que yo me lo pusiera.

En la época de invierno ver los partidos de fútbol americano era un *must* familiar. Bernardo era un experto en los equipos y los jugadores, sus posiciones y *ranking*. Un domingo que estaba haciendo mucho frío, Bobby y yo pensamos que no era conveniente que Bernardo saliera de la casa para ir a Misa por su condición de salud, le pedimos a Memo que se quedara con su hermano. Él aceptó e invitó a su novia Mónica para ver el juego de americano junto con Bernardo. Cuando estaba en el tercer cuarto del juego, uno de los equipos cuestionó una marcación; en aquel entonces todavía no se revisaba la repetición para ver si se había marcado bien la jugada. Mientras los árbitros discutían la jugada, los comentaristas debatían acaloradamente y a cada rato mencionaban al *quarterback*. Bernardo y Memo estaban muy atentos esperando la decisión final.

—¿Quién es el *quarterback*?—inocentemente preguntó Mónica.

¡Un silencio se hizo en la sala! Bernardo incrédulo miró fijamente a Memo, parpadeo varias veces y sin emitir sonido, con los labios le preguntó:

—¿No sabe quién es el *quarterback*?

Memo soltó una carcajada al darse cuenta que a Bernardo le resultaba casi imposible que alguien no supiera quién era el *quarterback*.

Bernardo disfrutaba la música y procuraba estar al día con las novedades que salían al mercado. Un *8 Track* fue de los primeros

accesorios que adquirió; después una grabadora para escuchar y grabar; por último un equipo muy completo con tornamesa, radio, ecualizador, reproductor de casetes, CD, bocinas verticales para el interior y otras para el exterior, junto con el mueble adecuado para instalar todos los componentes. Le gustaba una gran variedad de música: americanas, rancheras, boleros, y un sinfín. Escuchaba a Barry Manilow, los Bee Gees, Simon & Garfunkel, STLX, Olivia Newton, José Alfredo Jiménez, Javier Solís y sobre todo los Tres Tenores. Tenía también un repertorio muy completo de música clásica, sus favoritas de Tchaikovski eran el Concierto para violín y orquesta y la Obertura de 1812; de Vivaldi el Concierto de las Cuatro Estaciones; y de Beethoven es imposible enumerarlas, eran demasiadas. Un sábado por la tarde estábamos en la sala, él leyendo y yo tejiendo, escuchando el Concierto de las Cuatro Estaciones, de pronto me dijo:

—Escucha, Mamá... cómo están cayendo las gotas de agua.

Puse atención y efectivamente, en el Concierto, en la melodía del final del otoño, cuando los chelos ‘jalan’ las cuerdas, emiten un sonido que se asemeja al rumor del agua cuando está lloviendo. A partir de entonces, me resulta imposible escuchar esa parte del concierto sin pensar en Bernardo y escuchar “el rumor que hacen las gotas de agua cuando llueve”.

En otra ocasión, los dos estábamos cantando a capela y a todo pulmón una ranchera muy sentida; él guardó silencio y yo seguí cantando. Me dijo de pronto:

—Mamá, espérate a que entren las trompetas.

Lo miré con cara de interrogación pues no entendía lo que me decía, guardé silencio. Entonces caí en la cuenta de que en la grabación el cantante guardaba silencio para que entraran las trompetas, mismas que Bernardo sí escuchaba en su cabeza.

En 1990 los Tres Tenores dieron un hermoso concierto en las Termas de Caracalla. Bernardo compró el CD y decidió

hacer 6 grabaciones en casete para regalarlas a sus hermanos con motivo de la Navidad. Él estaba en control del aparato, encendía, grababa y apagaba, y además con su puño y letra escribió en cada casete el índice del contenido. En ese tiempo Bernardo ya necesitaba ayuda en lo más elemental. Sin embargo, gracias a su perseverancia y paciencia alcanzó su objetivo: expresarle a sus hermanos el gran amor que les profesaba. Mientras él realizaba aquella faena, yo bordaba un mantel navideño; en más de una ocasión me brotaron las lágrimas o me las bebí a tragos al constatar la entrega heroica que Bernardo hizo de su persona y todo por amor.

Una de las actividades que estaban a la orden del día eran las veladas bohemias, con frecuencia nos daban hasta la medianoche cantando. Chuy Mendoza, era el guitarrista oficial; todos le echábamos ganas cantando pero el que sabía la letra de todas las canciones era Bernardo.

Durante una reunión familiar nos acompañaba el P. Antonio Armendáriz, M.S.P.S., buen amigo de la familia a quien de cariño llaman Padre Toño. Entre broma y broma el padre le preguntó a Bernardo:

—Bernardo, ¿tú no perteneces a los Obras de la Cruz, verdad?

—No, yo solo soy un simple simpatizante —contestó con gracia y buen humor.

El padre Toño se le quedó viendo unos minutos y le dijo:

—De palabra serás un simple simpatizante pero de todos los que estamos aquí, si alguien vive la Espiritualidad de la Cruz, ese eres tú.

En el transcurso de los días, los meses y los años, la presencia de Dios era como una cadencia armoniosa en la vida de Bernardo, consolidándolo con la paciencia y la fortaleza que él requería; y que a su vez, él nos transmitía fomentando

en nosotros actitudes de comprensión y servicio eficaz. Todo lo concerniente a Bernardo se vivía en paz.



22. Se desgrana la mazorca

Como sucede en todas las familias nos llegó el tiempo de que la ‘mazorca se empezará a desgranar’. El 25 de octubre de 1980, Nena contrajo matrimonio con Jesús María Mendoza Oyarzabal. Tres años después, el 15 de noviembre de 1983, Roberto se casó con Tere Villarreal Guzmán.

En 1987 empezaron los preparativos para la boda de Fernando. Una noche mientras acostaba a Bernardo, medio tristón, me preguntó:

—Mamá, ¿que no tengo yo derecho al amor?

¿Qué le contesté?...no lo recuerdo. Este cuestionamiento me sacudió internamente y jamás lo olvidé. Seguramente Bernardo experimentaba sentimientos encontrados; por un lado la alegría de la boda de su cuate; por otro, aquel, con quien había compartido todo, desde el seno materno, ya no estaría en su diario vivir. Además, para el mismo Bernardo era el tiempo de estar enamorado, y quizá lo estaba.

Poco tiempo después de ese incidente, vino a Monterrey el P. Luis Ruiz, M.SP.S. Sacerdote muy apreciado por la familia. Lo invitamos un sábado a compartir en familia los alimentos y aproveché la oportunidad para comentarle el cuestionamiento que Bernardo me había hecho. Al terminar la comida el Padre Luis dijo:

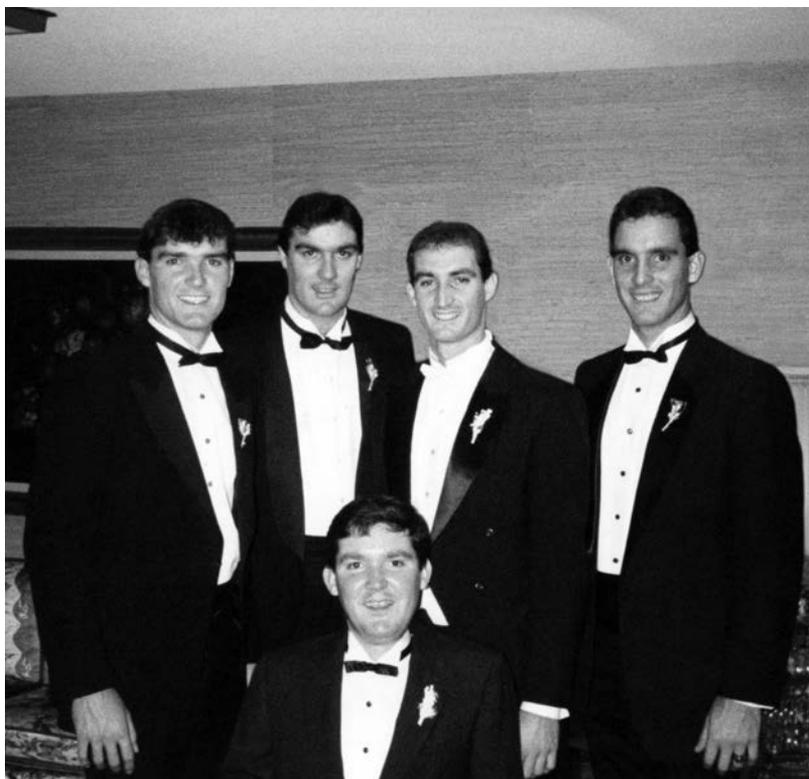
—Bernardo ¿quieres que platiquemos?

—Sí Padre —contestó.

Salieron al jardín, se acomodaron debajo de la sombra de un nogal que teníamos, para mí fue una imagen hermosa y estuvieron dialogando durante casi dos horas. ¿Qué se dijeron? ¿qué platicaron? solamente Dios y ellos lo saben. Después de

aquella conversación Bernardo nunca más se cuestionó o se inquietó cuando alguno de sus hermanos se casaban mientras él permanecía en casa, todo lo contrario, las bodas de sus hermanas y hermanos las vivió con mucha alegría y con su sencillez acostumbrada.

Fernando contrajo matrimonio con Martha Páez Yrigoyen el 28 de febrero de 1987. El 6 de mayo de 1989, Jesús Eduardo se casó con Laura Garza Arreola. Paty se casó con Luis González Zambrano el 20 de septiembre de 1990. Dos años después, el 27 de marzo de 1992, Guillermo se casó con Mónica Ortiz Llaguno.



23. Independencia

Bernardo ya tenía dos o tres años de estar trabajando de tiempo completo en CEMEX cuando decidió que ya era tiempo de contar con coche propio, además de buscar uno que fuera más grande pues esto ayudaría a trasladar más facil la silla de ruedas o el AMIGO. Decidió venderle a Fernando la parte del Canario que le correspondía, para dar eso como anticipo de su nuevo carro. En esa época Bernardo tenía muchísimas actividades: trabajaba en CEMEX de planta; por la tarde estudiaba la Maestría de Administración en la UDEM, la cual él se pagaba; pertenecía al coro de la Parroquia Santa Engracia, que se juntaban una vez a la semana para practicar; además, no le faltaba alguna que otra salida durante la semana o los sábados por la mañana. Buscando tener autonomía y ya no depender tanto de la familia, contrató como chofer a Roberto Martínez, a quien llamábamos Beto, era un joven de 18 años que empezaba a trabajar. Bobby y los hijos le enseñaron cómo mover a Bernardo y cómo manejar la silla. Temprano en la mañana Beto llevaba a Bernardo al trabajo y durante el día estaba al pendiente de lo que se ofrecía en la casa. En esta época también se dio mucha convivencia entre Bernardo y Paty, pues con apoyo de Beto, la llevaba al colegio, a las fiestas o algún compromiso que tuviera.

Recuerdo que semanas después de que lo contrató, Beto no se presentó a trabajar un día. Bernardo lo estuvo esperando un tiempo razonable y al constatar que no iba a llegar, alguien de la familia se ofreció a llevarlo y recogerlo ese día en el trabajo.

Al día siguiente Beto llegó, Bernardo ya lo estaba esperando, al verlo le preguntó:

—¿Qué pasó Beto?

Ya no supimos más. Se fueron al trabajo y en la tarde cuando Beto regresó, después de haber dejado a Bernardo en su maestría, le comentó a Fernando:

—Fíjate que hoy en la mañana cuando llegué me esperaba una buena regañada de Bernardo, además me sentía apenado porque ni siquiera le avise de nada el día de ayer. Cuando lo vi estaba tan serio que hasta baje la mirada y lo único que me dijo fue “¿qué pasó Beto?”. La verdad me quede callado sin saber que contestar, en todo el camino no me dijo nada; ha sido la peor llamada de atención que he recibido en toda mi vida.

A lo que Fernando le contestó:

—Beto, así es Bernardo, de forma muy sencilla y muy puntual le enseña a uno en dónde metió la pata.

—Jamás lo olvidaré —contestó Beto— no estaba furioso porque falte, y tampoco me echó en cara la necesidad que él tiene de mi servicio; pero créeme que con su actitud me enseñó que tengo que ser responsable con lo que me comprometo.

Unos meses después de que Beto estaba trabajando para Bernardo, Bobby un día le preguntó:

—¿Qué tal Beto, cómo te has sentido?

—Don Roberto —contestó Beto— estoy muy contento y me siento muy a gusto con Bernardo. Bernardo ya tiene tiempo insistiéndome que estudie algo, pero a mí me da mucha flojera volver a clases y además a mi edad ¿qué podría estudiar? Me llama mucho la atención de que Bernardo esté tan decidido a que yo siga estudiando y por otro lado, me impresiona cómo se esfuerza él para salir adelante, y yo que no quiero superarme.

—Piénsalo Beto —le respondió Bobby— siempre es bueno estudiar para estar más preparado, para que en la vida puedas aprovechar las oportunidades que se te presenten; y tienes razón Bernardo siempre se está superando en todo lo que hace.

Unos días después estaban en la casa y escuche que Bernardo le dijo a Beto:

—Si no estudias ya no te voy a contratar.

—Mira Bernardo, ya lo estuve pensando y estoy de acuerdo en seguir estudiando pero es que no sé qué estudiar.

Bernardo con mucho ánimo le dijo:

—Creo que podrías estudiar algo de computación. He visto cerca de CEMEX una escuela de computación, será fácil que asistas porque me dejas en el trabajo y te vas ahí a tus clases. Investiga cuántos semestres son, horario y precio —y con sencillez agregó— cuenta conmigo para las colegiaturas.

Días después Bernardo estaba muy contento y nos platicó que Beto ya estaba estudiando, así que ya no regresaría a la casa hasta mediodía para comer y volverían al trabajo; por las tardes, según fuera el caso irían a la maestría o al coro.

Al terminar Beto sus estudios, cuando en CEMEX se les acumulaba la chamba, lo contrataban como programador. Entre Bernardo y Beto se fue dando con el paso de los años una relación no solamente de trabajo sino de una franca amistad que se proyectó hacia la familia y a los compañeros de trabajo.

En una ocasión estaban esperando que fuera tiempo para irse al ensayo del coro y Bobby los escuchó platicando:

— ¿Qué te pasa Beto he notado que andas preocupado por algo? ¿te puedo ayudar?

—Bernardo, no sé qué decirte... —murmuro Beto.

—Anímate Beto, ¿qué puede ser tan grave?

Después de un momento de silencio, Beto le respondió:

—Bernardo, te siento como un hermano mayor y siempre me has dado buenos consejos, así que en este momento no sé

qué hacer.

—Órale, qué tan serio está el asunto, ya dime de una vez —lo animó Bernardo.

—Pues hace días me llamaron del Colegio Irlandés para ofrecerme trabajo como maestro de computación, yo creo que en la escuela en la que estudié les dieron mi nombre y por eso me andan buscando. No me animaba a decirte porque no sé qué hacer, me da tristeza no seguirte apoyando.

Sin más preámbulo Bernardo le contestó:

— Beto, te felicito y me da mucho gusto que se te haya presentado esta oportunidad; ahora a echarle ganas.

Platicaron entonces de cómo se iban a organizar, Bernardo le pidió que le ayudara consiguiendo a una persona para ocupar su lugar y que lo entrenara. Beto regresó de dejar a Bernardo y Bobby le dijo:

—Te das cuenta, Beto, que con Bernardo nunca vas a tener dificultades. Él siempre está más atento de las necesidades de los demás que de las tuyas.

—Así es Don Roberto —contestó Beto— tenga por seguro que toda mi vida lo voy a recordar con mucha gratitud y gran admiración; jamás lo he visto repelando o desalentado, en cambio yo, antes de conocerlo por cualquier cosa me sentía deprimido. He aprendido mucho de él, su actitud y entereza serán como un faro que me guiará a través de la vida —terminó Beto con una sonrisa en los labios.

Beto entrenó a Guillermo Castillo antes de dejar el trabajo, para que apoyara a Bernardo en sus vueltas y actividades.

24. Coro de Santa Engracia

En nuestra Parroquia, Santa Engracia, se organizó un coro de jóvenes profesionistas para cantar los domingos en Misa de 12:00pm. Poco tiempo después del inicio del coro, invitaron a Bernardo y aceptó con mucho gusto. Se reunían para practicar una vez por semana después del trabajo, con el tiempo se dio entre ellos una bonita amistad.

Un domingo, después de Misa, Bernardo me dijo:

—Mamá, quedé muy impactado por lo que sucedió hoy durante la Misa.

—¿Porqué? ¿qué pasó?

Y me confió:

—Después de la Consagración, Isabela y Carmelita empezaron a cantar: “Dios está aquí...” y el P. Carlos Vázquez se quedó arrodillado durante toda la canción; cuando se levantó, las lágrimas le rodaban por las mejillas. Yo notaba que estaba conmovido; yo también me emocioné y hasta a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Siento que cuando dice la Misa nos transmite mucho amor a Nuestro Señor.

—Estoy de acuerdo contigo —le contesté— yo también percibo que el Padre celebra la Eucaristía con mucho recogimiento.

Bernardo era muy observador y muy sensible a los sentimientos de las personas; descubría lo bello de cada momento, en la naturaleza, en la música y lo hermoso de la vida.

Uno de los mejores amigos de Bernardo se casó y lo invitó a su boda, también estaban invitados algunos de sus

hermanos. Días antes del evento me dijo:

—Mamá, ¿crees que Isabela acepte ir conmigo a la boda?

Isabela era una de sus compañeras del Coro de Santa Engracia.

—Capaz que sí, Bernardo, pregúntale —le respondí.

Días después me comentó sobre la invitación:

—Ya hablé con Isabela y me dijo que sí me acompañaba —y agregó— le comenté que Fernando, Martha y yo pasaríamos por ella a su casa.

La fiesta fue en el Casino del Valle, el día de la boda le ayudamos a alistarse y se fue muy contento al festejo.

Nena y Chuy Mendoza también estaban invitados a la boda. Al terminar la fiesta de la boda, Fernando se llevó a Bernardo para subirlo al coche para después recoger a Martha y a Isabela en la entrada del salón. Mientras esto sucedía Isabela le platicó a Nena:

“Cuando Bernardo me invitó para acompañarlo a la boda, con mucho gusto e ilusionada le dije que sí. Sin embargo, luego me puse a pensar: ¿cómo le vamos a hacer para llegar al evento? ¿cómo le vamos a hacer para subir las escaleras? ¿en dónde y con quién nos vamos a sentar? ¿cómo le vamos a hacer a la hora que traigan la cena? ¿cómo le vamos a hacer a la hora del baile? Ahora estoy convencida de que me preocupé inútilmente porque todo resultó muy sencillo; para cuando me di cuenta ya estábamos sentados en la mesa y Bernardo es un excelente conversador, el ambiente entre ustedes es padrísimo, verdaderamente he disfrutado mucho esta boda. Estoy admirada de todo lo que hace Bernardo y cómo tiene tiempo para todo: trabaja, estudia una maestría, juega ajedrez, le dedica tiempo a la lectura, pertenece al coro, y siempre está a tiempo, me pregunto... ¿cómo le hace?”

A lo que Nena le contestó:

—Nosotros también nos admiramos en cómo logra cumplir con todo a tiempo y de buen humor, y así ha sido toda su vida —y agregó— qué bueno que estuviste contenta, estoy segura que él también ha de estar muy feliz porque lo quisiste acompañar, por lo cual te doy las gracias.

Fue una experiencia muy gratificante para Bernardo poder convivir socialmente con una chica tan simpática.



25. Viajero de corazón

Para nuestra familia la palabra VIAJE tiene la connotación de descanso o experiencia; así que cuando se decía VIAJE: todos teníamos la patita lavada, estábamos arriba del coche, especialmente Bernardo. Con frecuencia, él era quien tomaba la iniciativa con tanto entusiasmo que nos contagiaba a todos. La organización de un viaje era todo un acontecimiento. Los involucrados planeábamos: tiempo, destino, costo y entre todos cooperábamos para la ‘polla’. Bernardo era el experto investigando las rutas y lo más interesante de cada destino; escogía la música para escuchar y cantar de acuerdo al lugar a donde viajaríamos. Durante los viajes Bernardo aguantaba la vara como un verdadero campeón. Pasaba por alto las incomodidades que cualquier viaje supone; además no le preocupaba cuándo o qué comer, cómo o dónde iba a dormir, o cómo le iba a hacer para bañarse o ir al baño. Estaba dispuesto a todo. Lo importante era salir de viaje y lo sabía disfrutar.

San Luis Potosí

Un día durante la cena compartí a la familia:

—Monsy, mi hermana, me llamó por teléfono para invitarnos a la Primera Comunión de su hijo Memo. La celebración será en la Capilla del Balneario de las Aguas de Lourdes que está en el estado de San Luis Potosí.

—¿A qué distancia está Lourdes de la ciudad de San Luis? —preguntó Memo.

—Creo que una media hora—y añadí—me comentó que hay un hotel que tiene precios muy razonables y por ser familia nos darán un descuento, que si queremos nos podemos hospedar allí.

Memo buscó un mapa de México para ubicar en dónde mero quedaba dicho lugar. Estuvimos dialogando fecha, distancias y posibilidades del viaje.

—¿Cómo ven si nos vamos unos días antes? —intervino Bernardo— nos quedamos en el hotel y de allí salimos en la mañana para conocer el centro-norte de México; por la noche regresamos para dormir en el hotel y al día siguiente vamos a otro destino.

—Bernardo, creo que es muy buena idea —replicó Memo— las distancias se acortarían bastante y aprovecharíamos mejor el tiempo; además no estaríamos cambiando de hotel, que es una gran ventaja.

—Yo estoy puesta —comentó Paty— me encantaría conocer todas las ciudades y los pueblitos típicos de México.

—Bobby, ¿cómo ves? ¿te animas? —le pregunté.

—Qué más quisiera —respondió Bobby— pero ahorita está un poco difícil que me desprenda de la chamba; ya he estado en esa parte de México así que vayan ustedes, yo los alcanzo el fin de semana para el festejo y nos regresamos juntos.

Me comuniqué con mi hermana para ponerla al tanto de nuestros planes y le pedí la información pertinente. Separé el hotel y planeamos nuestro viaje al detalle: a donde ir y qué hacer en cada lugar.

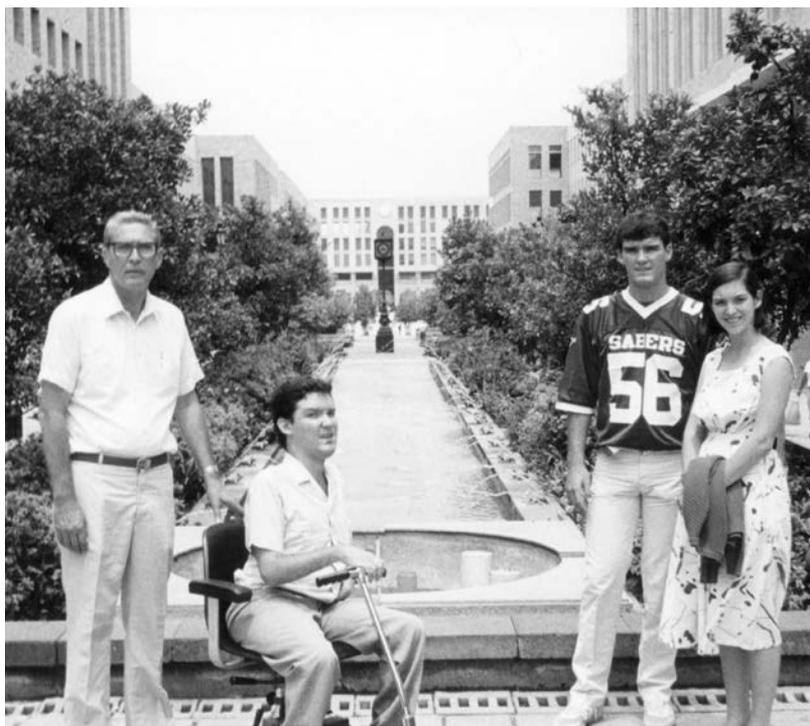
El Balneario de Lourdes dista de la carretera unos 10 kilómetros, Bernardo, Paty, Memo y yo llegamos en coche una semana antes de la celebración y nos instalamos en el hotel. Todos los días nos levantábamos temprano, desayunábamos y agarrábamos carretera. En ese tiempo el camino era de terracería, en el trayecto había un letrero que decía “Velocidad máxima 50 km/h”. Cuando veíamos el letrero nos daba risa porque apenas podíamos ir a 10 km/h. Al recorrer los pintorescos caminos de nuestro querido México conocimos las ciudades, los poblados

y la campiña de la parte central del país que abarcan los estados de Guanajuato, León y por supuesto San Luis Potosí. Durante los trayectos escuchábamos y cantábamos los casetes que Bernardo había preparado: “Camino de Guanajuato”, “Dolores Hidalgo”, “Pénjamo” y muchos más. Anduvimos por tantos lugares que hasta a las momias de Guanajuato fuimos a saludar. Por la noche regresábamos al hotel a cenar y a dormir. El hotel estaba poco iluminado, el mobiliario era oscuro y la ambientación se prestaba para divertirnos inventando historias dramáticas de espías y asesinatos que supuestamente sucedían en el hotel. Siempre llegábamos a la conclusión que el culpable era el conserje del hotel o el maître del restaurant. Siempre inventábamos algo diferente, nos reíamos muchísimo y la gozábamos. Para la celebración de la Primera Comunión en Lourdes, llegó Bobby y mi familia de Torreón: Monsy y Raúl, con sus hijos Memo y Paco, y mi Mamá junto con mi hermana Anita. Gracias a Dios pudimos acompañar a mi sobrino Memo en su Primera Comunión y tuvimos la oportunidad de convivir en familia.

Antes de regresar a Monterrey fuimos al Santuario de Jesús María, que está a media hora de Lourdes. El P. Luis Ruiz M.S.P.S., fue nuestro anfitrión, con mucha claridad nos explicó el significado y las enseñanzas de la Cruz del Apostolado y las bendiciones que Nuestro Señor Jesucristo ofrece a los peregrinos. Bernardo no perdía detalle. Por la noche me dijo:

—Mamá, ahora sí ya entendí todo lo de la Cruz del Apostolado; lo que significan las insignias que tiene la cruz y lo que más me gustó fue cuando el Padre nos explicaba que debemos unir nuestra vida a la de Jesús, para que tenga verdadero valor.

Le sonreí y pensé: “no podías haber tenido mejor maestro”.



Rancho de Pepe Revuelta en Torreón

Don José Revuelta, conocido como Pepe Revuelta, es un amigo muy apreciado de Bobby y de la familia, vive en Torreón y es dueño de la Fábrica de Basculas Revuelta. Además tiene varios ranchos ganaderos para la cría y engorda de reses. Un día Bobby recibió una llamada de Pepe y cuando colgó nos dijo:

—Pepe nos está invitando en Semana Santa a ir al rancho Santa Anita que está en el estado de Durango —y nos preguntó— ¿quiénes se apuntan?

Bernardo con una sonrisa aceptó ‘ipso facto’, sin embargo con los ojos pedía la confirmación, pero de inmediato su Papá lo sacó de dudas:

—Bernardo tu eres el invitado principal —y volvió a preguntar— ¿quién más se apuntan?

Entusiasmados, los posibles viajeros empezaron a hablar al mismo tiempo: ¿En dónde está el rancho? ¿cuánto tiempo se hace? ¿cuántos días estaremos? Poco a poco se dio respuesta a las preguntas y las decisiones se fueron tomando. Bobby, Bernardo y Chuy estaban puestos; a los demás, por cuestión de trabajo o compromisos contraídos no les fue posible ir. Se hicieron los preparativos para pasar unos seis o siete días en la Comarca Lagunera.

Viajaron entonces en la fecha acordada a Torreón, ya los esperaban Pepe y algunos de sus hijos. Salieron rumbo al rancho y allí se hospedaron en una acogedora casona de sillar. Todos los días salían a recorrer los agostaderos y Bernardo desde la caja de una pick up aspiraba el olor fresco que invade la región y admiraba los hermosos parajes de la Comarca Lagunera: el cielo despejado, las azules montañas en la lejanía y las vacas pastando la hierba verde. Durante las comidas y particularmente la cena, era el momento de hacer bromas y

platicar anécdotas con un lenguaje muy pintoresco, sin pelos en la lengua, que arrancaban las carcajadas de los presentes. Una anécdota muy comentada fue que alguien andaba con problema de gases estomacales; por respeto a los demás...se salía del cuarto...y luego regresaba. A la tercera vez que esto sucedió, Pepe dijo a boca de jarro:

—Mejor truénatelo aquí y lo vas a pasear afuera.

Las carcajadas explotaron al escuchar la oportuna y ocurrente recomendación. La amistad entre Bobby y Pepe permeó a las familias un vínculo de sincero afecto hasta el día de hoy.



Barra de Navidad, Jalisco

Bernardo le platicó a su Papá que Jorge Garnés, compañero de CEMEX, le había pedido que si le ayudaba creando un programa en la computadora para hacer más eficiente la administración de un hotel que su familia tiene en Autlán, Jalisco.

—Papá ¿qué opinas? —le preguntó.

—Bernardo —respondió su Papá— si es trabajo de más que harás aquí en la casa no le veo ningún inconveniente, lo que te recomiendo es que calcules tus tiempos y no se te vaya a hacer pesado.

—No lo creo Papá, porque no hay prisa, además Jorge vendrá a la casa y lo haremos entre los dos.

—Adelante Bernardo, ya sabes que cuentas con nosotros siempre.

Después de un tiempo que estuvieron trabajando en el proyecto, invitamos a Jorge a cenar y durante la sobremesa Bernardo comentó:

—Jorge y yo hemos platicado la conveniencia de que yo fuera a Autlán donde está el hotel para enseñarle a su hermano el programa.

—Don Roberto —intervino Jorge— lo he platicado con mi familia y a ellos les dará mucho gusto que fueran ustedes nuestros invitados en el Hotel.

—Jorge, muchas gracias —respondió Bobby— es muy amable de tu parte y también de tu familia. Qué te parece si vamos cuajando el plan y vemos qué se puede hacer.

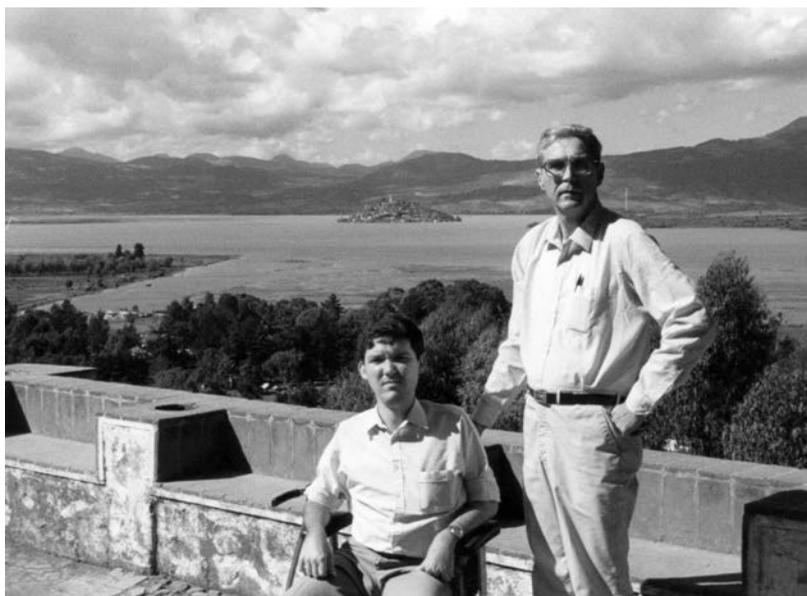
—Por supuesto Don Roberto, la invitación esta en firme.

Unos días después, Bernardo nos dijo a Bobby a mi:

—Jorge me comentó que de Autlán podríamos continuar por la sierra para llegar hasta Barra de Navidad, es una pequeña playa frente al Pacífico y podríamos pasar ahí unos días de vacaciones.

Bernardo investigó rutas, tiempos y costos, con apoyo de esta información lo dialogamos y nos animamos para ir a conocer la sierra y las costas de Jalisco. Nuestra primer escala fue Guadalajara para descansar esa noche. Al día siguiente muy temprano nos adentramos en los Altos de Jalisco por una angosta y sinuosa carretera que serpenteaba profundos y verdes acantilados de donde brotan pequeñas cascadas de agua cristalina. La carretera era tan estrecha que no nos detuvimos hasta llegar a un paradero del camino. Una verdadera hazaña. ¿Bernardo?... escuchando música...disfrutando del paisaje y... aguantando la vara. Al atardecer llegamos a Autlán; la familia Garnes nos recibió con tanta amabilidad que nos hicieron sentir como familia. Mientras Bernardo enseñaba a Manuel, el hermano de Jorge, el programa de administración para el hotel, nosotros aprovechamos para conocer una típica ciudad de Jalisco: las casas de adobe, la plaza principal con la fuente en el centro enmarcada por los típicos portales que ofrecían comida mexicana tradicional, ropa de la región y chucherías de todo tipo. Bernardo terminó su compromiso en el hotel y nuevamente emprendimos el viaje entre cañadas y riachuelos hasta llegar a Barra de Navidad, Jalisco; pequeño y pintoresco pueblo mexicano.

Nos hospedamos en un hotel frente a la playa que distaba a escasos seis metros del mar, la arena de conchas quebradas era muy áspera y las olas rompían con tal estrepito que pareciera que estaban reventando adentro de la habitación. Meterse al mar resultaba bastante complicado pero salirse era un verdadero triunfo, ya que la resaca era fuertísima porque a un metro dentro, el mar tenía una profundidad de cinco metros y las olas constantes. Ese mar y esa playa fueron una experiencia impactante y muy diferente de lo que conocíamos del Golfo de México.



Durante nuestra estancia visitamos el pueblo y al entrar a la Iglesia nos quedamos sorprendidos con la imagen tamaño natural del Crucificado. Es muy impresionante, porque los brazos de Cristo están desprendidos de los travesaños de la cruz y colgando por los costados de Jesús. Los lugareños nos

explicaron que hace varios años un huracán azotó severamente esa región causando considerables daños en todo el pueblo, las casas y la Iglesia. Después de la devastación que a su paso dejó el ciclón, lo único que quedó en pie fue el Cristo con los brazos colgando; las personas quedaron tan consternadas que decidieron dejarlo así porque lo consideraron un milagro.

Aprovechamos unos días de descanso en Barra de Navidad, pescamos un poco y viajamos por la costera disfrutando el estupendo paisaje del Pacífico. El oleaje golpeando furiosamente los acantilados o tranquilas olas lamiendo las playas. Para regresar a Monterrey pasamos por Las Hadas, Colima, donde nos encontramos ante plantaciones a las que no se les veía el fin de palmeras de coco y papaya. En un recodo del camino vimos también León, Guanajuato, y nos enfilamos hacia San Luis Potosí; sin embargo, antes de llegar a San Felipe Torres Mochas sucedió un incidente bastante chusco. Sobre la carretera, en el carril opuesto al que nosotros transitábamos, estaba un toro parado frente a una camioneta. Bernardo observó lo que estaba sucediendo y con decisión dijo:

—Detén el coche, vamos a ver qué está pasando.

La escena además de sacarnos de base nos cautivó: un toro de lidia con la cabeza baja, rascaba el pavimento amenazando con embestir la camioneta. No teníamos ni idea en qué iba a terminar aquello, estábamos metidísimos en aquel trance, de pronto Bernardo dijo:

—Pítale con el claxon para ver qué hace el toro.

Cuando el toro escuchó el sonido del claxon volteó la cabeza y arremetió contra nosotros. Bernardo gritó:

—¡Mete reversa!

El coche en reversa iba a toda velocidad, pero el toro en su intento de embestirnos nos perseguía desafiante. Bernardo pegó un grito:

—¡Pítale con ganas!

El claxon se escuchó a varios metros a la redonda... el toro aturdido se detuvo destanteado; en ese momento, afortunadamente aparecieron unos rancheros con sogas para lazar al toro y sacarlo fuera de la carretera. Asombrados nos quedamos en silencio, repasando lo que acababa de suceder...

—Bernardo, como no nos dijiste que venías a tu ‘alternativa’ a San Luis —dijo su Papá— creo que el toro te descubrió en el camino y te quiso sorprender fuera del ruedo.

Las carcajadas y los comentarios de aquel simpático suceso siguieron todo el camino. Siempre nos reímos al recordarlo.

Houston, Texas, con la familia

El tiempo imperturbable seguía su camino, la vida familiar con sus variables continuaba y la distrofia seguía menguando el físico de Bernardo. Bobby siempre se inventaba una nueva ‘técnica depurada’ para mover a Bernardo e incluso las presumía, sin embargo, eventualmente esto ya no fue suficiente para encontrar cómo moverlo; la vida ya nos estaba cobrando factura. Decidimos entonces adquirir una grúa hidráulica que nos ayudara para la atención de nuestro hijo. La grúa nos ayudaría a levantarlo de la cama, sentarlo en una silla o *descanset*, llevarlo a le regadera y demás. Sobre este asunto Roberto le comentó a Bobby:

—Papá, creo que será más fácil conseguir la grúa adecuada y al mejor precio en Houston —y continuó— nos vamos en la Suburban y consigo el departamento de un amigo, estaremos más cómodos que en un hotel.

—Roberto, sí es buena idea, muchas gracias —contestó su Papá.

A los pocos días emprendimos el viaje Roberto y familia,

Bobby, Bernardo y yo. Nos instalamos en un departamento muy bonito y muy amplio, al día siguiente fuimos a varios negocios y finalmente compramos una grúa de fácil manejo que resolvería nuestras necesidades.

Durante nuestra estancia visitamos *Six Flags* para que las hijas de Roberto, Teresita, Lizy y Monsy, que tenían entre cinco y dos años se divirtieran, y obviamente nosotros también nos divertimos. En el viaje por supuesto también hubo algo de compritas; en un momento en que estábamos solas, Tere, esposa de Roberto, me comentó:

—Yaya, quisiera decirte algo pero me da pena.

—Tere, ¿qué pasa? —y añadí— dime con toda confianza.

—Todo está bien, no te preocupes; es que...nunca me imaginé todo el apoyo que Bernardo necesita: bañarlo, vestirlo, ayudarle a comer. Estoy admirada, porque sin importar el tiempo que tiene que esperar a que terminemos lo que estamos haciendo, en ningún momento lo he visto de mal humor. Créeme, me edifica su paciencia y buen humor.

—Estoy de acuerdo contigo —le contesté.

Recuerdo que nos abrazábamos al compartir esta experiencia de admiración hacia nuestro querido Bernardo.

Llegó el momento de regresar a Monterrey. Al ser un grupo numeroso la logística era indispensable, había que poner en la banqueta: velices, grúa, hielera, pañaleras. Roberto empezó a subir todo al techo de la Suburban para dejar el espacio interior para los pasajeros. Cuando todo y todos quedamos acomodados en nuestro lugar, Roberto no se subía...vi por la ventana que buscaba algo en los bolsillos del pantalón y de la camisa, y volvía una y otra vez a registrarse. De pronto abrió la puerta delantera y dijo:

—Tere, ¿en dónde están las llaves?

Tere buscó y rebuscó en su bolsa pero las llaves no aparecían. Una vez más, la búsqueda frenética de llaves... aquí...allá...acullá. Desde la Suburban, algunos observábamos el frenesí, otros nos bajamos para ayudar en la pesquisa. El calor era húmedo e insoportable, Roberto sudaba a mares y la apasionada búsqueda continuaba; todos nos unimos a la causa y empezamos a vaciar nuestras bolsas. Las quejas y los repelidos empezaron a aflorar acompañados del llanto de las niñas por el calor y el cansancio; la búsqueda de las llaves seguía sin resultado positivo. No quedaba otro remedio que bajar todo del techo de la camioneta para intensificar la pesquisa. Roberto bajó la primera pañalera y la esculcó por todos los rincones...casi por arte de magia o de milagro aparecieron las llaves. ¿Cómo fueron a dar allí? Jamás lo sabremos. Nos subimos al coche, el motor arrancó e iniciamos el regreso. El asunto de las llaves quedó en el olvido; lo peor ya había pasado...como cuando yo suelo decir “ya no le muevas”. ¿Y Bernardo? Tranquilo y en paz. Un ejemplo de paciencia y fortaleza en medio del calorón y las desesperinas.

Houston, Texas, con los amigos

Bobby y a Bernardo eran muy aficionados al béisbol. Sobre todo los juegos de las grandes ligas y su equipo favorito eran los *Yanquis*. Recuerdo que un domingo estábamos viendo en la tele un juego de los *Yanquis* contra los *Dodgers*, el pitcher era el mexicano Fernando Valenzuela, uno de los jugadores favoritos de Bernardo aunque estuviera en el equipo contrario. El partido reñidísimo lo tenía en ascuas, fue un verdadero sufrimiento porque no se decidía quien quería que ganara, si el pitcher o el equipo, cada entrada lo tenía prendido, ante esto de pronto dijo:

—Casi quisiera irme corriendo hasta Chipinque.

Bobby y yo nos sonreímos, confirmando una vez más, su entusiasmo por: la vida, lo que hacía, lo que leía, lo que escuchaba.

Un tiempo después, Bernardo alborotó a un grupo de seis o siete amigos, entre ellos Chuy Dillon, Rodrigo Vera y Pepe Vera, para ir a Houston a ver a Fernando Valenzuela pitchear. Viajaron en dos coches y calcularon el tiempo para llegar oportunamente al partido. Rodrigo Vera narra lo siguiente:

— Salimos muy temprano en dos autos pero al llegar a Nuevo Laredo nos chocaron y el coche quedó inservible, fue pérdida total. Gracias a Dios que no les pasó nada a los que iban en ese carro, entre ellos Bernardo. Arreglamos entonces con seguro, tránsito, grúa y empezamos a discutir qué hacer. Todos hablábamos al mismo tiempo y proponíamos diversas alternativas, siendo la más viable y prudente: regresar a Monterrey. De pronto sin titubear Bernardo dijo:

—Le seguimos.

—Bernardo ¿qué te pasa? ¿cómo nos vamos todos en un solo coche? —preguntó Pepe.

—Rentamos otro coche —dijo Bernardo y muy decidido añadió— yo meto mi tarjeta.

—Sorprendidos por su respuesta nos vimos unos a otros —comenta Rodrigo— y muy convencidos respondimos: “le seguimos”.

De nuevo en la carretera, Rodrigo dijo:

—Chuy, que aplomo el de tu hermano, cada día estoy más convencido que no se le atora nada y con su entusiasmo nos contagia a todos.



Al llegar a Houston ya había comenzado el juego al que tenían planeado asistir. Bernardo le dijo a Pepe:

—Busquemos el juego en la radio, seguro lo están transmitiendo.

Pepe prendió la radio y al encontrar el juego respondió:

—Sí lo están transmitiendo, van en la 5ª entrada y esta pitcheando Fernando Valenzuela.

—Vámonos directo al Astrodome a ver qué alcanzamos —insistió Bernardo.

Al llegar al estadio entraron a ver lo que restaba del juego e investigaron por dónde saldrían los jugadores después del juego. Rodrigo y Bernardo fueron a la salida que les habían indicado y le pidieron permiso al guardia para que Bernardo esperara en el pasillo a Fernando Valenzuela.

Al regresar los demás compañeros esperaban para

conocer qué había sucedido, Rodrigo les platicó:

—El guardia sí nos dio permiso. Bernardo con el AMIGO cruzó la puerta, cuando Fernando Valenzuela salió de los vestidores vio a Bernardo y se acercó para saludarlo.

Bernardo tomó la palabra:

—Estaba bien emocionado y también preocupado de que no alcanzara a verme y se siguiera sin detenerse, pero en cuanto me vio, me saludó muy amable. Le dije que quería tomarme una foto con él y aceptó.

—El guardia que estaba pendiente de la jugada me autorizó —continuó Rodrigo— y rápido me metí al pasillo y tomé la foto.



De regreso a la casa venían muy contentos platicando que a pesar de los inconvenientes que habían tenido. Gracias a la actitud decisiva de Bernardo para continuar el viaje, se animaron hasta lograr el objetivo que se habían propuesto de ver pitchear a Fernando Valenzuela; además, regresaron con un trofeo, la foto de Bernardo con Fernando Valenzuela.



Isla del Padre, Texas

Todos los viajes tenían su encanto y sus situaciones desconcertantes; con las bromas que siempre estaban a la orden del día y el saber reírnos de nosotros mismos, hacían que algunos viajes resultaran de antología.

Bernardo disfrutaba mucho viajar a la Isla del Padre. No tanto por meterse al mar, más bien para escuchar el murmullo del oleaje, observar el horizonte para buscar un velero o un barco camaronero, pero sobre todo el ir en lancha a pescar. En uno de esos viajes, Fernando le dijo a Chuy Mendoza:

—Chuy ¿me ayudas y metemos a Bernardo al mar?

—Por supuesto —contestó Chuy— vamos.

Bernardo no estaba muy de acuerdo, pero aún así Fernando le puso el traje de baño, lo cargaron y a regañadientes entre él y Chuy Mendoza lo metieron al mar. Las olas estaban fuertes y pronto Bernardo tragó agua, empezó a vomitar y eso desencadenó un desastre.

—¡Chuy, deténlo tantito!— dijo Fernando muy apurado.

Chuy cargó a Bernardo, Fernando se volteó y empezó a vomitar. A los pocos minutos, le tocó el turno a Chuy, que apresurado dijo:

—Fernando, ¡ahora deténlo tú!

Y a vomitar se ha dicho. Las olas iban y venían... meciendo en su compás la vomitada de los tres; los pececillos aparecieron inmediatamente y felices se dieron un festín con el inesperado banquete. Entre ascos, aspavientos y carcajadas, los tres salieron del mar y cuando platicaron el incidente las bromas no paraban. Después de un rato Bernardo muy serio dijo:

—Por eso no me gusta meterme al mar. El agua salada se

te mete por todos los orificios, del cuerpo, habidos y por haber.
Las carcajadas no pararon en ese viaje que disfrutamos en familia.



26. Vida laboral en CEMEX

Desde que Bernardo hizo sus prácticas profesionales, el equipo al que pertenecía le reportaba al Ingeniero Zambrano. Unos años después de estar en la Pedrera se integraron en el corporativo de CEMEX, en Avenida Constitución. La persona que llevara a Bernardo al trabajo tenía autorización para ingresar al estacionamiento del edificio y acompañarlo en el elevador hasta su oficina. En una ocasión Chuy lo llevó y le tocó vivir una experiencia muy significativa que le platicó a su Papá:

—Fíjate Papá, cuando fui por Bernardo, estaban él y el Ing. Lorenzo Zambrano frente en una computadora que acababa de llegar a la oficina. Ambos parecían niños con juguete nuevo: le picaban a un botón, luego a otro, checaban a ver qué sucedía y comentaban las ventajas y novedades que tenía. Tenían un dialogo de tú a tú sobre computadoras y los adelantos que acababan de salir al mercado. Me sentí muy orgulloso de mi hermano porque me daba cuenta de la atención y el interés que el Ingeniero prestaba a los comentarios de Bernardo. Fácilmente fue más de una hora de espera; me sentía tan ancho de mi hermano, que no me importó el tiempo que pasó y al salir le dije: “Órale, tu sí que te las puedes”. ¿Sabes qué me contestó Bernardo, Papá?: “Hay nomas, pobremente”. ¿Cómo ves? A don Bernardo... —y soltando una carcajada Chuy terminó de platicar.

El equipo en el que estaba integrado Bernardo tenía como director al Ing. Jesús Organista junto con varios ingenieros, entre ellos: Ignacio Lozano, Jorge Garnes y Jaime Lozano. En su equipo reinaba un ambiente de amistad y cordialidad. El Ing. Lorenzo Zambrano le pidió a Bernardo elaborar un programa del reporte diario de costos, producción, ventas, empleados, entre otros, de cada una de las plantas de CEMEX. Días después, el Ing. Jesús llegó a la oficina y le dijo a Bernardo dijo:

—El ingeniero Zambrano quiere que en el programa incluyas también un mapa de los países y las ciudades en donde están ubicadas las plantas.

Bernardo se le quedó viendo un momento y muy quitado de la pena le contestó:

—¡Ah!, ¿también quiere que le enseñe geografía?

Por un momento el Ing. Jesús se quedó perplejo... pero como conocía muy bien a Bernardo le siguió la corriente y le preguntó:

—¿Quieres que vaya y le pregunte?

Bernardo muy circunspecto, con pícara sonrisa, pausadamente le contestó:

—Bueno...creo que... mejor no le preguntes.

El dialogo atrajo la atención del personal de la oficina y estaban pendientes para ver en qué acababa... no aguantaron la risa y al escuchar el final de la conversación soltaron la carcajada.

El programa que Bernardo diseñó fue muy útil para la empresa, simplificó enormemente los procesos de programación y las bases de datos, era un tiempo en que los sistemas de computación estaban muy incipientes y durante muchos años se siguió utilizando en CEMEX.

Un día llamaron a la oficina, buscando al Ing. Dillon para consultarle sobre una dificultad que tenían con el programa y que no podían resolver. Con el teléfono en alta voz Bernardo, tranquilamente, atendió la llamada; sin embargo, la persona desesperada y con exabruptos expuso la problemática. Pacientemente, Bernardo paso por paso le fue aclarando lo que tenía que hacer; sin embargo, su interlocutor en lugar de escuchar, interrumpía y refutaba constantemente lo que Bernardo le explicaba. De pronto, con voz airada se escuchó:

—Páseme al Ing. Dillon.

—Yo soy el Ing. Dillon —contestó Bernardo.

—Disculpe ingeniero ¿cómo me decía? —contestó la persona serenamente.

Bernardo, nuevamente, le explicó con toda paciencia, paso por paso lo que tenía que hacer. Al término de la llamada se escuchó:

—Muchas gracias, Ing. Dillon.

A lo que Bernardo contestó:

—Con toda confianza llámame cuando algo se te atore, estoy para servirte.

En ocasiones, llamaban a la a casa para consultarle algún problema que tenían con el programa y él, con paciencia y mucha seguridad, les explicaba paso por paso lo que tenían que hacer. Yo le ponía la llamada en altavoz, porque él ya no podía sostener el teléfono, y mientras duraba la llamada yo me cuestionaba cómo le hacía para saber tantas cosas y tantas formulas. Yo no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba diciendo, para mí era como si estuviera hablando en chino.



En una ocasión que Bernardo ofreció la casa para hacer la Posada de la oficina, se organizaron y llevaron todo lo que iban a necesitar y cuando la fiesta terminó, entre todos se dieron a la tarea de lavar y acomodar las cosas en su lugar, la casa quedó como si no hubiera sucedido nada. Bernardo estaba muy contento por haber sido anfitrión de sus compañeros. Se despidieron y Bernardo subió por el elevador para acostarse, Bobby los acompañó a la puerta principal para despedirlos. En ese momento Nacho le dijo:

—Don Roberto, en nombre de todos mis compañeros y mío quiero agradecerle que nos permitió hacer la posada aquí en su casa.

Bobby inmediatamente le contestó:

—Nacho, nuestra casa es su casa, sientan la libertad de organizar aquí todos los eventos que quieran —y añadió— Magdalena y yo estamos muy agradecidos y conscientes del apoyo que le brindan a nuestro hijo y lo que eso implica.

Nacho conmovido respondió:

—Don Roberto, admiramos y respetamos muchísimo a Bernardo por su capacidad intelectual y porque nos comparte sus conocimientos, su alegría y su paz interior. Él es un pilar en nuestro equipo.



Los viernes de quincena ir al Indio Azteca se hizo una tradición para los compañeros de trabajo. Bernardo disfrutaba mucho esas salidas porque vivían un auténtico ambiente de camaradería entre cheves, bromas y botana. En varias ocasiones fueron a pescar a alguna presa y se hospedaban en el hotel del área. En esa época, la ayuda que Bernardo requería era más apremiante y a pesar de ello, sus compañeros siempre estaban dispuestos para apoyarlo en todo. En una ocasión Jesús Organista le platicó a Bobby:

—Bernardo es parte de nosotros, como equipo no nos pensamos sin él. Todos lo admiramos y valoramos muchísimo. Al organizar cualquier actividad lo hacemos en función de las posibilidades de Bernardo. —y continuó— a mí me da mucha tristeza percibir el detrimento físico que día con día está experimentando. En ocasiones, cuando la mano se le cae del escritorio, nos damos cuenta que él ya no tiene la fuerza necesaria para subirla y así continuar trabajando con el *mouse*. Entonces con toda sencillez nos pide: “Me levantas la mano, por favor”. En la oficina, todos estamos pendientes y dispuestos para ayudarlo en cualquier cosa que se le pueda ofrecer. Nunca lo hemos escuchado quejarse, ni repelar por nada; como tampoco criticar o juzgar a alguien. Siempre está dispuesto a la broma y a compartir con todos lo mejor de él: su persona. Bernardo es una persona excepcional.

27. Un regalo de antología: nueva silla

La distrofia muscular implacable seguía su curso y los estragos en el físico de Bernardo cada día eran más evidentes, por ejemplo, al manejar el AMIGO, lo que fue tan sencillo en una época ahora era un verdadero reto, además la postura que tenía que adoptar para poderlo manejar le estaba afectando seriamente la columna. Sin embargo, con esfuerzo heroico continuaba con sus actividades al máximo: trabajo, amistades, el coro, ajedrez, la lectura y la música que lo acompañó toda su vida. Conscientes de esta realidad, le proporcionábamos todo el apoyo que él necesitaba y todo se hacía sin repelar y sin problemas. Si alguien no podía por cualquier causa, otro entraba al quite, sin ningún cuestionamiento...en lo más profundo de cada uno de nosotros siempre estaba latente la pregunta: ¿si Bernardo no se queja, cómo me quejo yo? Así que, sin pensarlo, la respuesta era: dale pa' delante.

Un sábado llegó Fernando a desayunar a la casa y empezó a platicar:

—Bernardo, fíjate que en la Isla del Padre vimos una publicidad en la tele sobre una silla de ruedas eléctrica, se me hace que está bien padre. Tiene una palanca, le llaman '*joystick*', que esta instalada en el brazo de la silla a la altura de la mano, con ella se gobierna el movimiento de la silla: para adelante, de reversa, para dar vuelta o frenar.

—A ver...a ver, Fernando platicanos más —intervino Bobby entusiasmado.

—El respaldo es muy alto y tiene un accesorio para descansar la cabeza. También tiene, y se me hace a todo dar, un cinturón como el de los coches, que da estabilidad y seguridad a la persona, porque siempre permanece apoyada al respaldo.

La conversación agarró vuelo y las preguntas de Bobby y Bernardo no paraban.

—¿Es de batería con cargador, verdad? —preguntó Bobby.

—Sí, como el AMIGO, se carga todas las noches —respondió Fernando.

—Debe ser grande y bastante pesada —intervino Bernardo— ¿cómo le haríamos para subirla a la cajuela y llevarla de un lado para otro?

—Bernardo —intervino Bobby— por eso no te preocupes, ya ves que siempre encontramos la solución para cada circunstancia, y así buscaremos resolver las dificultades que se lleguen a presentar.

Como es obvio, llegó el momento de hablar de precios; Bernardo fue quien preguntó:

—¿Cuánto cuesta?

—Quiero regalártela —respondió Fernando con mucha sencillez.

Bernardo guardó silencio y sus ojos se llenaron de lágrimas. Fernando continuó:

—Vamos a Houston; allá hay un montón de tiendas en donde tienen todo tipo de equipos, así escoges cuál es la que te gusta y cuál es la que mejor se te acomoda. Porque de eso se trata, que sea una silla que tú puedas manejar a gusto y te sientas cómodo y seguro en ella.

Bernardo guardó silencio, miró a Fernando y sus ojos nuevamente se humedecieron, con una sonrisa aceptó agradecido. Bernardo estaba verdaderamente entusiasmado por la idea, no paraba de hacer preguntas, soñando con la independencia y la comodidad que la silla nueva le podría brindar.

—Papá, Mamá —nos preguntó Fernando— ¿quisieran ir con nosotros?

Muy alegre Bobby contestó:

—Por supuesto, ¿verdad Male?

Yo asentí agradecida y me puse de pie para darle un fuerte abrazo a Fernando.

Viajamos a Houston y visitamos varias tiendas de equipos médicos. Bernardo probaba una silla, revisaba las ventajas y las diferencias entre unas y otras. Bobby y yo, con mucho amor, observamos a nuestros Cuates dialogando entre ellos, como buenas ‘urracas parlanchinas’ que ya desde la cuna platicaban y hacían travesuras.

Tomaron entonces la decisión de cuál era la mejor silla para Bernardo y Fernando la compró. Después de esto Fernando entusiasmado dijo:

— Bernardo, vámonos al *Mall* para que le metas a la silla a todo lo que da, a ver qué tal jala y la cales bien en reversa, vueltas y freno.

Al llegar al *Mall* los Cuates se fueron a probar la silla y nosotros nos sentamos a tomar un café; esto nos dio la oportunidad de gozarnos en nuestros hijos y darle gracias a Dios por tantas y tantas bendiciones. Nuevamente vimos a Bernardo convertido en “Fitipaldi”; feliz de la vida cruzó frente a nosotros hecho la raya, al poco tiempo lo volvimos a ver chisqueado para el otro lado. Qué alegría verlo gozar de la libertad de poderse mover para ir a donde él quisiera.

Regresamos felices a Monterrey, especialmente Bernardo con la novedad de la silla nueva que además de libertad le proporcionaba más comodidad y seguridad a su persona. En casa hubo que hacer algunas modificaciones en las rampas para facilitar el acceso y que resistieran el peso de la silla,

además de darnos cuenta que se requería otro vehículo para poderla trasladar. Bobby y Bernardo platicaban que ‘mueble’ (carro) comprar, llegando a la conclusión que lo mejor sería una camioneta. Después de ver varias opciones se decidieron por una Combi para pasajeros, tenía ventanas atrás y no sería como una van de reparto de mercancía. En ese momento había bastantes en el mercado, por lo que no fue difícil conseguir una.

Adquirir la Combi no era lo único que se necesitaba, pues teniéndola había que hacer las adaptaciones indispensables para dar respuesta a las necesidades requeridas para subir la silla. Esta faena la realizaron Bobby y Guillermo Castillo, el chofer, que era quien entonces apoyaba a Bernardo.

Quitaron los asientos de atrás para que cupiera la silla, pusieron vinil nuevo en el piso para tapar los desperfectos que habían quedado, y consiguieron rampas desmontables para subir y bajar la silla. Después de aquel afán, todos los requisitos quedaron resueltos, sin embargo, Bobby seguía ideando qué otras mejoras se podrían hacer. Unos días después dijo:

—Bernardo, estoy pensando que si conectamos al motor de la Combi un malacate, lo fijamos al piso y luego con la cadena enganchamos la silla para subirla por las rampas, sería más fácil y práctico ¿qué te parece?

Bernardo se quedó pensativo un ratito y contestó:

—Creo que puede funcionar y así evitamos que me tengan que cargar para sentarme en el asiento de adelante y luego cargarme para volver a la silla.

Por supuesto que siguieron adelante con el plan. Consiguieron el malacate, perforaron el piso para instalarlo y lo conectaron a la batería de la Combi. Bobby y Guillermo revisaron el funcionamiento de lo construido varias veces; Bernardo vigilaba las adaptaciones y ajustes que se llevaban a cabo. Cuando todos se dieron por satisfechos, Bobby muy

entusiasmado dijo:

—Ahora sí, Bernardo, llegó el momento de comprobar si jala o no.

Bernardo estaba puestísimo para que lo subieran con todo y silla. Sin embargo, Bobby lo pensó dos veces y dijo:

—Por si las moscas, mejor subimos la silla sola para checar qué tal funciona.

Guillermo alineó la silla a la punta de las rampas, engancharon la silla a la cadena del malacate y Bobby encendió el motor. Bernardo y yo observábamos muy atentos aquella hazaña.

El malacate con una formidable potencia empezó a jalar lentamente pero la silla estaba tan pesada, que presentó tan tremenda resistencia que arrancó los tornillos junto con el malacate del piso de la Combi.

Todo sucedió en un instante.

Nos quedamos inmóviles...silencio absoluto... observando el desaguizado.

Al cabo de un rato se nos pasó el susto y nos empezamos a reír; parecía la escena de una película cómica cuando suceden accidentes chuscos que no llegan a mayores. Sin pensarlo dije:

—Tiene tanta potencia que de milagro no se volteó la Combi ‘patas pa’riba’. Volvimos a soltar la carcajada y ya empezamos a cuantificar los daños, que no eran muchos.

Después de esta escaramuza, se quitó el malacate y se reparó algún detalle, sin embargo, hasta allí llegaron los inventos técnicos. La silla se subía y bajaba manualmente por las rampas, se acomodaba dentro de la Combi y asunto concluido.

Para los traslados, Bernardo se acomodaba en el asiento



delantero desde donde podía ver con mucha facilidad todo lo que pasaba: coches, personas, comercios y cuando íbamos de viaje disfrutaba fácilmente del paisaje.

Bernardo con sencillez se adaptó a los cambios que hicimos en nuestras rutinas, ir a Misa a Santa Engracia ya no era posible porque las rampas que había no estaban diseñadas para que la silla pudiera subir; por lo mismo, ya no continuó en el coro. Empezamos a ir a Misa a la iglesia de San Francisco que tenía una rampa más amplia, y cuando íbamos a otros lugares buscábamos que tuvieran rampas accesibles para la silla.



28. S.S. San Juan Pablo II se encuentra con Bernardo

En mayo de 1990, S.S. Juan Pablo II visitó a México por segunda ocasión; esta vez su estancia en Monterrey sería más prolongada que en la primer visita. La Arquidiócesis preparó el programa que incluía una Misa celebrada por el Papa en el plano del Río Santa Catarina, y un encuentro en el atrio del Sagrario de Catedral con sacerdotes, bienhechores mayores de edad y personas con discapacidad. Se le encargó la organización del encuentro a la Alianza de Amor con el Sagrado Corazón de Jesús, asociación a la que pertenezco. La responsable principal fue Julia de la Garza de Ibarra, ella y yo tenemos una cordial amistad y le llame para preguntarle si había alguna posibilidad de que Bernardo estuviera presente en dicho encuentro.

—Con favor de Dios ya verás que sí —me respondió cordialmente.

Todos en la familia teníamos muchas esperanzas que esto se pudiera dar, sobre todo Bernardo. Días después Julia me telefoneó y me dijo:

—Magdalena te tengo muy buenas noticias. Bernardo sí podrá asistir al evento con S.S. Juan Pablo II —y añadió— ven a mí casa el lunes de la semana que entra porque nos darán los detalles del evento.

—Julia, muchas gracias, con mucho gusto allí nos vemos —respondí emocionada.

Desde mi corazón le agradecí al Señor por su bondad para con mi hijo.

El lunes 7 de mayo asistimos a la reunión. La persona encargada de la logística de la presencia del Papa en Catedral

nos explicó los requisitos detalladamente:

—Este jueves 10 de mayo, las personas convocadas deben estar adentro del Casino Monterrey, que está a un lado de la Catedral, a más tardar las 11:00am. Su Santidad estará llegando a Catedral como a las 12:00pm para tomar un pequeño descanso. La espera será de varias horas, así que la administración del Casino amablemente les ofrecerá un refrigerio. Oportunamente, se les indicará la hora de trasladarse hacia el atrio para formar una valla. Las personas ancianas y con discapacidad deben estar al frente, para que Su Santidad pueda interactuar con ellas, los acompañantes se colocaran detrás.

Después de estas observaciones nos entregaron los distintivos para el acceso al Casino; el responsable nos dio las gracias y se retiró. En esa reunión estábamos los acompañantes de las personas invitadas al evento, reinaba una ambiente de mucha alegría y espontáneamente compartimos las expectativas que teníamos en el corazón. Me tocó el turno y comente:

—Yo sería la persona más feliz si el Papa al pasar frente a Bernardo le da una palmadita en la mejilla, para mí sería lo máximo.

Esta expresión de afecto era la que mi Papá tenía conmigo para mostrarme su cariño paternal.

Pocos días después, Julia me llamó:

—Magdalena, fijate que me eligieron entre las 100 personas que van a recibir de manos del Santo Padre la Sagrada Comunión en la Misa que se celebrará en el Rio Santa Catarina.

—Julia, te felicito de todo corazón, qué honor y qué bendición —le respondí.

—Como ahora no podré asistir a la reunión en la Catedral —continuó Julia—te pido que tú seas la responsable del orden y que estés muy pendiente de que se lleven a cabo las

indicaciones que nos dieron. Te voy a enviar los listones de “ORDEN” para que los repartas a las personas que te van a ayudar.

—Con mucho gusto Julia, cuenta con eso —le contesté.

El hecho de que yo fuera la responsable del orden abrió la posibilidad para que Bobby fuera al evento, ya que Bernardo requería de un nuevo acompañante que lo llevara en la silla de ruedas; estábamos muy emocionados. Días antes del evento, Julia me llamó para decirme que si alguno de mis hijos se apuntaba podría apoyarnos en el traslado de las sillas de ruedas del Casino Monterrey a Catedral, Roberto estuvo dispuestísimo a ayudar.

Por fin llegó tan esperada fecha: jueves 10 de mayo de 1990. Para las 11:00am las personas convocadas al evento estábamos ya en el Casino Monterrey, muy ilusionadas esperando el momento de ver a nuestro amado Pastor. A las 2:30 pm, se dio el aviso que era tiempo para salir del Casino Monterrey. Iniciamos el traslado de las personas invitadas y poco a poco nos fuimos acomodando en el atrio de la entrada del Sagrario de Catedral, éramos como 200 personas. Se hicieron dos vallas para colocar en primera fila a los enfermos y ancianos; detrás de ellos los acompañantes; una vez que todas las personas quedaron acomodadas me fui para estar con Bobby, detrás de Bernardo. Cuando ya estábamos en nuestro sitio se presentaron dos guardias de la seguridad de Su Santidad que con mucha claridad y autoridad nos dieron las últimas indicaciones:

—En unos minutos más Su Santidad estará entre nosotros, procuren guardar silencio y les recordamos: ninguna persona debe moverse o cambiarse de sitio —y con énfasis repitió—. Si alguien anda de un lado para otros o cambiando de lugar nos veremos obligados a suspender la visita y su Santidad se irá directamente al papa-móvil.

Al terminar de dar estas indicaciones se retiraron. Minutos después, las puertas se abrieron de par en par y allí en persona y a todo color contemplamos al Papa. Vemos con frecuencia al Papa en fotos del periódico, en revistas o en la tele, sin embargo, contemplarlo en persona es una impresión que queda grabada para toda la vida; es inolvidable.

S. Santidad Juan Pablo II permaneció unos minutos en el dintel de la puerta observando respetuosa y compasivamente a los presentes. Para mí me pareció, que su mirada, por un instante, se quedó fija en Bernardo. Ese instante quedó grabado en mi corazón. S.S. Juan Pablo II empezó a caminar por nuestra fila; saludaba brevemente a cada persona, le daba un rosario y seguía su recorrido. Bernardo era el quinto de la fila; cuando estuvo frente a él se detuvo, le puso la mano sobre su cabeza, le hizo la señal de la Cruz en la frente y deslizó su mano hacia su hombro derecho sujetándolo suavemente.

Días antes, Bernardo me había pedido que le ayudara a poner una carta que había escrito y una foto familiar en un sobre y que lo cerrara. Ese sobre lo tenía Bernardo en sus manos.

—¡La carta!... ¡la carta! —decía Bernardo con voz casi inaudible.

El Papa dio un paso hacia atrás y le preguntó:

—¿Qué es ‘la carta’?

Al escuchar al Papa pasé mi brazo por encima del hombro de Bernardo y le señalé con un dedo la carta que Bernardo sostenía entre sus manos y que él ya no podía levantar. Su Santidad al ver mi ademán tomó la carta en sus manos y exclamó:

—¡Ah bien...la carta!

Se la entregó a su secretario; y este nos regaló unos rosarios. Entonces Su Santidad se dispuso a continuar su

recorrido, al dar un paso y estar mero enfrente de mí, desde el fondo de mi corazón me brotó un:

—¡Papa! ¡te quiero mucho!

Acto seguido se regresó y una vez más se detuvo frente a Bernardo lo miró fijamente, y dándole una palmadita en la mejilla, le dijo:

—¡Yo también te quiero mucho!

Bobby y yo en un tierno abrazo envolvimos a nuestro amadísimo hijo y los tres al no haber de contento, llorábamos de alegría. ‘Aquel deseo’ que yo había expresado de que el Papa le diera una palmadita a Bernardo en la mejilla se me cumplió con creces.



De camino a casa platicamos una y otra vez todo lo que acabábamos de vivir. Al llegar los hijos nos esperaban para que les

contáramos de viva voz lo que acabábamos de vivir: el momento en el que el Papa se detuvo frente a Bernardo y que luego se regresó; querían saber qué era lo que había sucedido. Vivíamos una alegría desbordante.

Esa noche, cuando acosté a Bernardo muy conmovido me comentó:

—Este encuentro con el Papa ha llenado mi corazón de tanta paz y alegría que ya no deseo nada más.

A partir de esa fecha su salud empezó a declinar notablemente.

29. Melancolía

Una noche, Bobby andaba medio tristón y le pregunté:

—Bobby, te noto medio apesadumbrado ¿qué te pasa?

—Estuve platicando con Guillermo, el chofer; me dijo que está muy contento con el trabajo y que Bernardo es una de las mejores personas que ha conocido en su vida, que lo trata muy bien y que se interesa por su persona y su familia. Me dijo también que respeta a Bernardo como jefe y que a la vez lo ve como un hermano mayor; que ha aprendido mucho de él.

—Bobby, entonces... ¿porqué estas triste? —le pregunté.

Con lágrimas en los ojos continuó:

—Guillermo también me comentó que en estos cuatro años que ha trabajado con él, Bernardo nunca se sentía mal, que siempre estaba muy animado y dispuesto para hacer muchas cosas; sin embargo, últimamente lo ha notado decaído y como enfermizo. Me platicó que los sábados cuando salen a pasear van a la Presa de la Boca; se estacionan y le pide que vaya por refrescos para quedarse allí un rato. Observa el agua y las lanchas, y que en ocasiones cuando está más animado le platica: “Fíjate Guillermo que hubo un tiempo en que yo salía con mi Papá y mis hermanos de pesca en las presas, cuando viajábamos a la Isla del Padre nos subíamos a una lancha para pescar. En una ocasión me subí a un helicóptero y volamos sobre el mar, vieras qué bonito se ve.”. Pero también me comentó —continuó Bobby— que en otras ocasiones Bernardo está muy callado... como muy pensativo... solamente observando el agua; que ha habido veces que se le llenan los ojos de lágrimas y que a Guillermo le da mucha tristeza verlo así.

Bobby y yo nos miramos en silencio, sabíamos de qué se

trataba. Imposible no darnos cuenta que todo seguía su curso, que aquello que nos habían anunciado hacía tanto tiempo, quizá ya no tardaría mucho en suceder. Impotentes, nos abrazamos, lloramos abandonados a la voluntad de Dios como lo habíamos hecho en el transcurrir de los años de la hermosa vida de nuestro amado y valiente hijo.

En el transcurso de los siguientes siete meses después del encuentro con S.S. Juan Pablo II tuvimos que hospitalizar a Bernardo por primera vez en su vida. El evento del encuentro fue una gracia que el Señor le concedió para afianzarlo con paciencia y fortaleza en la última etapa de su existencia. Estuvo internado en el hospital en dos ocasiones por deficiencia respiratoria y una tercera por problemas digestivos. Cada entrada al hospital menguaba seriamente su motricidad y sus órganos vitales. Por gracia de Dios y la atención oportuna de sus médicos regresaba a casa; sin embargo, nunca se llegó a recuperar al nivel de como estaba antes de internarse.

Estando en el hospital, Fernando notó a Bernardo desconsolado y lagrimeando, entonces con amabilidad le preguntó:

—Bernardo, ¿qué pasa?

—Me da mucha tristeza no poder ir a trabajar.

—Bernardo, no te mortifiques, verás que pronto te volverás a integrar a tu trabajo.

—Fernando, es que...el trabajo es parte de mi vida; en el trabajo es en donde puedo entregar lo que yo sé...lo que yo tengo...y es lo único que puedo dar; me doy cuenta que mis compañeros me aprecian y me valoran por lo que soy, esto le da sentido a mi vida.

Lo que Bernardo vivió los siguientes meses fue verdaderamente heroico. Recuerdo que en una ocasión Fernando me comentó:

—Siempre me ha impresionado la determinación y el valor que tiene para hacer todo lo que hace y jamás alardea de ello; creo que Bernardo hace cosas extraordinarias pero las hace parecer ordinarias.

En la tercera ocasión en que Bernardo entró al hospital estábamos toda la familia rodeando su cama, él acababa de recibir la Unción de los Enfermos, y Nena nos invitó a unirnos con la siguiente oración que escribió:

Mi hermano Bernardo:

¡Oh, mi hermano! Aquí postrado en su lecho, dormido por sedantes, su mortificación mayor, el trabajo.

Respira, respira mientras estés aquí, no pierdas el ritmo, avanza con ganas.

¡Oh Bernardo! Mi querido Bernardo, cómo te respeto, cómo te admiro, cómo te observo.

UN SANTO, UN CIRINEO, UN SACERDOTE
DE CLAUSTRO.

Desde tu cama, desde tu silla, nos llevas a Dios.

Qué habrá en tu mente tan maravillosa, solo una cosa: DIOS.

Bendice Señor a Bernardo, porque bendito es entre nosotros.

Bendito seas Señor por tu hijo Bernardo.

Santo es tu Nombre, Santo es tu hijo, porque de virtudes lo rodeas, de amor lo llenas.

Paz Señor para él, que descansa de su malestar.

Señor, aquel al que Tú amas, está enfermo.

**REGRESO
A LA CASA DEL PADRE**

30. Anuncio de su partida

Estábamos a finales del otoño, en esos días que el clima empeora. En ocasiones cuando estaba haciendo mucho frío me resistía a levantarlo, sin embargo, sin importar el mal tiempo, él me pedía que lo arreglara para ir a trabajar. Hasta me dolía el corazón y con frecuencia le pedía:

—Bernardo hoy no vayas a trabajar, ellos van a comprender.

Esbozando una sonrisa me contestaba:

—Mamá, voy porque quiero ir, ya sé que ellos van a comprender, sin embargo, quiero ir.

Yo suspiraba y ante aquella determinación que lo caracterizó durante toda la vida, no me quedaba más remedio que levantarlo para que fuera a cumplir con su responsabilidad.

El lunes 21 de enero de 1991 cuando levanté a Bernardo para irse al trabajo empezó a cantar una canción que hacía años cantaban en el Coro de Santa Engracia. La letra más o menos iba así:

“He encontrado la Paz que yo ansiaba tener....es por eso que canto con un gozo sublime al Amor que redime...el amor que me une a mi Señor Jesús...”

Siguió cantando, traté de unirme al canto y cuando terminó le dije:

—¿Te acuerdas Bernardo cuando cantabas en el Coro?
¿Quién estará todavía?

Se quedó en silencio y al rato me contestó:

—Maco ya murió

—¿De qué se murió? —le pregunté

—En un accidente —me dijo a media voz.

—Ah...sí —murmuré.

Enseguida me dijo:

—Luis ya murió —hizo una pausa y continuó— qué bien murió Luis...sin dar molestias y sin tristes despedidas.

Luis Treviño también andaba en silla de ruedas, una noche falleció de un infarto; era hijo de Santiago y Oralia, nuestros vecinos.

Sus palabras, como dardos se me clavaron en el corazón, de alguna manera, parecía como si me estuviera ya anunciando su inminente partida. Cambiamos de alguna manera la conversación, lo terminé de arreglar, desayunó y se fue al trabajo.

Ese mismo día por la tarde, Bobby y yo buscamos al Ing. Jesús Organista para platicar con él sobre la condición física de Bernardo. Después de los saludos Bobby entristecido dijo:

—Jesús, te queremos pedir que por favor le digas a Bernardo que cuando esté haciendo mucho frío que no es indispensable que vaya al trabajo, es más, que no vaya durante el invierno, que se espere a que entre la primavera. No sé si esto sea posible para la empresa y...la verdad...no estoy seguro, que para entonces, pueda seguir trabajando.

El ingeniero Jesús conmovido respondió:

—Don Roberto, estoy totalmente de acuerdo con usted. En ocasiones le digo que no vaya, que se espere a que mejore el tiempo. Siempre le doy la certeza a Bernardo de que es parte de nosotros, que por la chamba no se apure que la tiene segura; sin embargo, él...sencillamente me sonrío y asiente con la cabeza, pero al día siguiente llega de nuevo a su trabajo.—

continuó el ingeniero— El personal de la empresa y sobre todo los compañeros estamos muy impactados al ver el extraordinario esfuerzo que está haciendo para cumplir con su responsabilidad. Admiramos la dedicación y el amor que Bernardo le tiene a su trabajo y estamos conscientes de que siempre está de buenas y su actitud de colaborar en lo que se necesite, sin importar si se siente bien o mal, es impresionante. Bernardo ha sido un gran ejemplo para nosotros sus compañeros de equipo; inclusive, muchos de los que trabajan en CEMEX lo observan cuando llega a trabajar y se dan cuenta que siempre está de buen humor y sin pretenderlo transmite paz, solamente con su manera de ser.

Después de las palabras del Ing. Jesús nos quedamos los tres en silencio ...pensativos...tristones. Minutos después, nos despedimos. Una vez más, Bernardo, sin estar presente, nos enseñó a respetar sus decisiones y a dejarlo en libertad para realizar su proyecto de vida.

Ese lunes que hablamos con el Ingeniero Jesús Organista había sido un día muy intenso; estaba tristonza y tenía un gran pesar en el corazón. Me acosté muy temprano y me dormí enseguida. Bobby y Bernardo siguieron viendo la tele; ni cuenta me di cuando Bobby acostó a Bernardo. Alrededor de las once de la noche, Bobby me despertó y me dijo:

—Male, acosté a Bernardo como a las nueve, pero no sé qué le pasa, está muy inquieto y como que no acaba de conciliar el sueño.

Me levanté enseguida.

—Bobby, si quieres ve a dormir, yo me estoy pendiente de él —le contesté.

Al lado de la cama de Bernardo había un transmisor que cuando nos llamaba lo escuchábamos muy bien en nuestra recámara. Estábamos tan coordinados que ni nos tenía que decir qué necesitaba. En ocasiones tenía que hacer pis, pero casi siempre

era para voltearlo de un lado para el otro, acomodarle piernas, brazos, acurrucarlo y taparlo; era algo muy sencillo, como una rutina. Me acostumbré tanto que me levantaba casi dormida, lo atendía, regresaba a la cama y enseguida me volvía a dormir.

Esa noche fue diferente.

Estaba muy inquieto, no se acomodaba en ninguna posición, me llamaba constantemente para que lo volviera a acomodar. Después de varias veces que lo fui a atender me dijo:

—Perdóname Mamá, por darte tanta lata.

—Bernardo, no te mortifiques —le dije— mira, para estar más cerquita me voy a traer la mecedora y aquí me quedo contigo para lo que se ofrezca.

Lleve la mecedora, me tapé con una cobijita y me quedé junto a su cama; pero él seguía muy acongojado y constantemente me preguntaba:

—¿Qué hora es?... ¿ya está amaneciendo?

Pasó el tiempo...y en el transcurso de aquel duermevela, como un murmullo me pareció escuchar “¡Eli...Eli! ¿*lama sabactani?*” (Mt 27, 46). Mi corazón dio un vuelco, me acerqué a su cama, lo observé atentamente sin saber qué decir ni hacer. Él seguía muy intranquilo; le empecé a hablar con voz muy bajita para consolarlo. Noté que mi voz era muy dulce...muy tierna...me asombré. Poco a poco se tranquilizó y por un pequeño lapso de tiempo, concilió un sueño más sosegado.

Cuando estaba amaneciendo me dijo:

—Mamá, mejor ya vete a acostar, porque si estás aquí me preocupo que te canses y no me puedo dormir.

—Está bien Bernardo, me voy a ir a la cama, pero si se te ofrece algo llámame.

Ya no me volvió a llamar.

31. En la Plenitud de Dios

El martes 22 de enero, Bobby y Memo se prepararon para irse al trabajo. Les comenté que Bernardo había pasado muy mala noche y me pidieron que cualquier cosa que se ofreciera les llamara inmediatamente. Constantemente revisaba a Bernardo, pero seguía dormido. Más o menos como a las 9 de la mañana se despertó y le pregunté:

—¿Bernardo, ya te quieres bañar?

—No, Mamá, estoy muy cansado —me respondió con un murmullo.

En él, eso no era normal...en cuanto se despertaba lo primero que quería era bañarse, ni siquiera lo pensaba... siempre había disfrutado de un buen baño. Entonces se volvió a dormir. Dejé pasar un rato y cuando volvió a despertar le pregunté:

—¿Bernardo, te traigo avena para desayunar?

—Estoy muy cansado —me contestó con un hilo de voz.

Se volvió a dormir. Mi corazón lloraba a mares y no sabía ni qué hacer. Decidí hablarle a mi hermana a Torreón.

—Anita, veo muy mal a Bernardo —le dije— no sé qué le pasa, te quise avisar para que estén pendientes. Prefiero que no le digas nada a Mamá.

—Male, no se apure, no le voy a decir nada, espero que Bernardo se mejore —me respondió— ya sabe cualquier cosa enseguida me avisa.

No quería decirle a Mamá porque ya era muy grande de edad, además le tenía un cariño tan grande a Bernardo que me daba demasiada tristeza mortificarla. Cuando Papá vivía nunca

le dije cuál era la enfermedad de Bernardo, no me atreví a causarle ese dolor.

El día anterior Bernardo había ido a consultar con el Dr. Villegas y estaba al tanto de la situación actual de su salud, así que le llamé por teléfono. Cuando contestó le dije:

—Doctor, Bernardo pasó muy mala noche y verdaderamente lo veo mal, tanto que no quiso ni bañarse, ni desayunar, ni siquiera quiere hacer pis.

El doctor guardó un momento de silencio y me respondió:

—Señora, quizá sería conveniente llevarlo al hospital.

Llevarlo al hospital implicaba una serie de estudios, para Bernardo eso significaba un calvario porque ya ni siquiera podía extender los brazos para que le pudieran sacar sangre. No lo pensé mucho y le contesté:

—No, Doctor, ya no lo quiero llevar al hospital.

—Yo tampoco lo llevaría —me contestó.

Colgamos y me quedé en silencio viendo al vacío...sonó el teléfono.

—¿Cómo están? —me preguntó Nena.

—Nena, no veo nada bien a Bernardo y ya le hablé a Anita mi hermana.

Un rato después Nena llegó a la casa y le pregunté:

— ¿Por qué viniste?—le pregunté.

—Porque se me hizo extraño que hayas hablado a Torreón —y continuó— no habrías hablado si no estuviera pasando algo...Bernardo está mal ¿verdad?

—Sí Nena...pasó muy mala noche y se siente muy cansado, no quiere nada. Le hable al doctor y me dijo que sería

conveniente llevarlo al hospital, pero yo no quiero —como pensando para mí misma, añadí —creo que sería bueno llamar a un Sacerdote.

Unos minutos después le llamé a Yolanda Brocker, mi amiga.

—Yola, veo muy mal a Bernardo; por favor le dices al Padre que cuando termine de celebrar la Eucaristía en el Centro de las Obras de la Cruz, le agradecería mucho que viniera a la casa a darle la Unción de Enfermos.

—Cuenta con eso —me respondió— te ofrezco poner en la Misa la intención para pedir por él.

Llegó entonces una carta del P. Alejandro González, M.SP.S., para Bernardo.

—¿Quieres que te la lea? —le pregunté.

—Al ratito, Mamá, ahorita estoy muy cansado —respondió débilmente.

Seguía dormitando... por instantes abría los ojos...y se volvía a dormir.

Bobby, que se había ido temprano al trabajo de pronto llegó a la casa.

—Bobby ¿qué pasó? —le pregunté.

—Estaba en junta, sin pensarlo les dije a las personas: “me voy porque mi hijo Bernardo está muy mal”. Me vine lo más rápido que pude —me respondió con un nudo en la garganta.

—Bobby, así es, Bernardo está mal...muy mal.

Nos abrazamos en silencio, nuestros corazones lloraron. En ese silencio aceptamos, una vez más, aquello que durante 30 años habíamos aguardado y temido, ahora era inminente.

Nena les llamó a sus hermanos y empezaron a llegar. Eran como las 11:30 am cuando el P. Héctor Carriedo, M.Sp.S., le impartió a Bernardo el Santo Viático y la Unción de los Enfermos. Oramos juntos y el sacerdote se retiró.

—Mamá —dijo Fernando— estas muy cansada ve a acostarte un ratito yo aquí me quedo.

Aunque no quería separarme ni un instante del lado de Bernardo, dije:

—A ti, sí te lo dejo.

Me fui a la recamara y me recosté... estaba destrozada... necesitaba agarrar fuerzas; un momento después entró Fernando y con urgencia me dijo:

—Mamá, te habla Bernardo.

Corrí a la recamara; el semblante de Bernardo era de tristeza...de despedida; estábamos muy afligidos y con certidumbre percibimos que nuestro amadísimo Bernardo se nos estaba yendo. Lo que estaba sucediendo nos aturdió...nos veíamos unos a otros...lo que esperábamos era insoportable; el corazón lo teníamos hecho añicos e incontenibles lágrimas rodaban por nuestras mejillas: *“les dio a beber lágrimas a tragos”*(Sal 80, 5).

Bernardo con una palidez mortal se lamentó:

—¡Ya no puedo... ayúdenme!

El Espíritu Santo irrumpió y puso palabras en mi boca para orar:

—Padre Bueno te entregamos a Bernardo. Tú nos los diste, ahora te lo regresamos. Para nosotros, Él fue tu Jesús en la tierra. Es tu hijo, recíbelo en tus Manos Paternales. Él nos ayudó a ser un poquito mejores, ahora te lo entregamos con el corazón roto y agradecido.

Me puse de rodillas y continué ofreciéndolo al Padre Celestial.

—Mamá, ponte de pie para que te vea Bernardo —me urgió Nena.

Me puse de pie y lo seguí entregando al Padre.

Bernardo me veía a los ojos...yo veía su mirada.

—Mira Bernardo —exclamó gozosa Nena— aquí está la Virgen que viene por ti.

En un instante sus ojos ya no me veían...su mirada estaba fija en el más allá...

Él miraba a Alguien.

En la fracción de un segundo...sus ojos perdieron vida.

DIOS SE HIZO PRESENTE.

Por unos segundos ‘tocamos la eternidad’ y con silencio reverente experimentamos la PRESENCIA DE DIOS. Esta experiencia quedó grabada en cada corazón de los que estábamos presentes y en la memoria familiar. Bernardo no ‘murió’; paso de una vida vivida en la Presencia de Dios a una vida en la Plenitud de Dios.

El semblante de nuestro Bernardo irradiaba paz. El dolor del silencio nos punzaba y copiosas lágrimas brotaban desde fondo de nuestros corazones. Los minutos pasaban...sin pensar...sin saber qué hacer...el mundo se detuvo.

Me senté en la cama y abracé a Bernardo; desde nuestro espíritu entablamos una comunicación...él percibe mi inquietud... entiendo que me dice que él velara por su Papá y por mí, que nunca nos faltará nada y que nos acompañará toda nuestra vida.

El tiempo no tenía prisa...pasó un rato...alguien se acercó y me tocó del hombro, me levanté y me sentí abrazada

por el padre amoroso de mi querido hijo; advertí movimiento de murmullos y alguien salió de la recámara. Entonces Bobby me dijo a media voz:

—Ya se le avisó al doctor; no tardará en llegar.

Asentí con la cabeza, en medio de lágrimas y con el corazón hecho jirones nos abrazamos y consolamos.

Cuando llegó el doctor Jesús Villegas examinó a Bernardo; después nos preguntó cómo había sido su respiración y si había tenido alguna reacción en sus últimos minutos. Todos coincidimos que en ese instante no percibimos en él fatiga o ansiedad, todo lo contrario, que su mirada viva estaba fija en la distancia y sin manifestación alguna, simplemente dejó de respirar. En el Acta de Defunción el médico asentó: muerte súbita.

—¿Qué quiere decir muerte súbita? —alguien preguntó.

—Cuando el espíritu sale del cuerpo y éste, en ese instante, queda sin vida —aclaró el médico.

El doctor se despidió y Roberto llamó a la funeraria para hacer los arreglos necesarios.

—Mamá —dijo Nena— cuando vengan por Bernardo hay que entregarles la ropa que le pondrán.

—Nena tienes razón —respondí— debe presentarse con su mejor ropa porque va a “*LAS BODAS DEL CORDERO*” (Ap 19, 9).

Preparamos su elegante traje negro que se había mandado a hacer para las bodas de sus hermanos. Le escribí una cartita y se la puse en una de las bolsas del saco, deseándole mucha felicidad. Siempre había hecho eso en las bodas de mis demás hijas e hijos; yo sabía a ciencia cierta que él ya era muy feliz en el Señor. Busqué el rosario que el Papa le había regalado durante su visita, para que se lo colocaran entre sus manos, pero como no lo encontré le di el mío. En su cuello le puse mi medalla de Alianza, si alguien la merecía era él.

Cuando llegaron las personas de la funeraria, Fernando bajó a Bernardo en brazos; Roberto acompañado por Emilio Frech, amigo de la familia, se fue con ellos.

32. La despedida

Más tarde al llegar a la funeraria nos fuimos a una de las capillas, instantes después llevaron a nuestro querido Bernardo. En silencio y con respeto, todos nos acercamos a contemplarlo, parecía que estaba dormido y en santa paz. Se rompió el suspenso y empezamos a expresarle a Bernardo sentimientos de gratitud y de admiración recordando los maravillosos momentos que habíamos vivido en su compañía. Fue pasando el tiempo entre plegarias al Señor encomendando su alma, expresiones de amor y cantos; nuestra familia y amistades se unieron y en torno a Bernardo formamos *un solo corazón y una sola alma* (Hechos 4, 32).

El Hermano Lasallista, Don Salvador Pérez Orozco nos acompañó y recuerdo que tomando la palabra comentó:

—Bernardo fue un gran ejemplo para los maestros, compañeros de clase y todo el alumnado del Regiomontano. Lo admiramos por su responsabilidad académica, por su entereza para sobrellevar los embates que la vida le presentó, y por su serena aceptación en su situación de vida. Los Hermanos Lasallistas nos sentimos honrados de que un alumno tan distinguido haya estudiado con nosotros. Por nuestra fe—añadió Don Salvador—tenemos la certeza de que Bernardo ya está gozando de la presencia de Dios, los invito a unirnos en oración para que el Señor consuele a su familia por la ausencia de una persona tan amada.

Como a las diez de la noche Bobby nos dijo:

—Siento que, si Bernardo pudiera, nos diría que nos fuéramos a la casa a descansar y que volvamos mañana ¿qué les parece?

Estuvimos de acuerdo y nos retiramos a descansar: mañana sería un día largo. Ya en casa Memo y yo empezamos a recordar

algunas anécdotas de Bernardo. Le compartí entonces una vivencia de otro tiempo, que nunca le había confiado a nadie:

—Fíjate Memo, hace ya diecinueve años, cuando regresamos de la Clínica Mayo venía muy apesadumbrada por el diagnóstico tan abrumador que nos habían dado de la enfermedad de Bernardo.

—Sin embargo, cuando llegue a la casa y vi el rosal de la paz que teníamos en la entrada cargado de flores, pensé: Bernardo será para mí como un rosal, lo voy a disfrutar sin estar pensado ¿cuánto tiempo va a vivir? o que algún día se va a morir.

Memo me escuchó atentamente, sonrió y guardó silencio.

Al día siguiente regresamos a la funeraria y mis amigas empezaron a rezar el Oficio de Difuntos de la Liturgia y escuché:

*Levantán y enrollan mi vida como tienda de pastores
como un tejedor devanaba yo mi vida y me cortan la trama.
Día y noche me estas acabando, sollozo hasta el amanecer.
Estoy piando como una golondrina, gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen*

¡Señor sal fíador por mí!

(Isaías 38, 12.14)

En ese momento caí en la cuenta que verdaderamente el Señor le revela sus planes *a sus amigos (Juan 15, 15)*. Sin yo darme cuenta, el día anterior cuando hice Laudes, el Señor me lo estaba anunciando porque leí el mismo cántico. Misteriosos y claros son los caminos del Señor.

En ese tiempo, nuestra querida hija Paty vivía en Nueva York, la extrañábamos bastante, sin ella no estábamos completos. Al verla llegar nos dio un gusto inmenso y al mismo

tiempo un gran dolor por ella, que con tanta solicitud siempre atendió a su hermano y con el que compartió su música y juegos; regresó para encontrar que su querido hermano Bernardo ya no estaba entre nosotros. Nos abrazamos con muchísimo cariño y lloramos tan irremediable pérdida.

Mi Mamá llegó para mediodía, lloré en sus brazos desconsoladamente; mis hermanos también vinieron y su presencia fue de muchísimo consuelo. Familiares y amigos con cariño nos platicaban los recuerdos que tenían de nuestro amado hijo, nos sentimos muy acompañados. Se vivía un ambiente de mucho respeto y oración. Siempre agradeceremos estas muestras de afecto sincero.

Nos avisaron entonces que ya era tiempo de salir hacia la iglesia para la celebración de la Eucaristía y nos dirigimos hacia la entrada.

El Señor Jesús se hace presente

Cuando íbamos bajando las escaleras para salir, una señora que era ministro extraordinario de la Eucaristía se me acercó y al abrazarme me entregó un Relicario diciéndome:

—ESTA es para ti —y añadió— no alcancé a llevársela a un enfermo.

Estaba conmovida por la muerte de mi hijo y no supe qué decir, tomé el Relicario y lo apreté con todas mis fuerzas. En la Hostia Consagrada que aprisionaba con mis manos, estaba el mismísimo Señor Jesús; esto me causó un sentimiento abrumador, cuando me subí al coche Nena lo notó y me preguntó:

—Mamá, ¿qué pasa?

Sin decir palabra le enseñé el relicario que traía en la mano.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—No sé —respondí.

En el coche también iban Bobby y Chuy Mendoza.

—Mamá trae una Hostia Consagrada —dijo Nena.

Silencio...

—¿Qué van a hacer? —cuestionó Chuy.

Silencio...

—No sé— respondí minutos después.

Afligidos por el dolor y confundidos por la situación guardamos silencio y al llegar a la Iglesia guardé el relicario en mi pecho.

Santa Misa y panteón

Se celebró la Misa de Difuntos a las cinco de la tarde en la Iglesia de San Juan Bautista de Lasalle, fue nuestra primera parroquia cuando los hijos estaban chiquitos. Al entrar al templo Mamá, Nena, Paty, mis hermanas y yo nos quedamos asombradas al ver una valla en el pasillo central formada por mis compañeras de Alianza; con su presencia, cariño y oración seguían apoyándonos, como lo hicieron durante toda la vida de Bernardo. Experimenté un sentimiento muy grande de gratitud, ellas, con su oración de intercesión, alcanzaron de Dios las gracias necesarias para que Bernardo forjara una vida extraordinaria.

—Al ver a las amigas de Mamá —comenta Fernando— flanqueando la comitiva, experimenté la sensación de que le estaban rindiendo tributo a un héroe. Al ir avanzando, percibí que de ellas emanaba como una fuerza y sentí que el cuerpo de Bernardo se hizo ligero, como sostenido en el aire. No lo cargábamos, solamente lo conducíamos, tuve la sensación como de ir flotando. Lágrimas incontenibles rodaban por mis mejillas —continúa Fernando— el trayecto de la entrada del

templo al presbiterio lo viví como en cámara lenta, cuando los minutos se eternizan y quedan para siempre grabados en la mente.

Los integrantes, del Coro de Santa Engracia, iniciaron el canto de entrada y empezó la Eucaristía presidida por el Padre Héctor Carriedo, M.Sp.S., el Padre Roberto Méndez nuestro Párroco y el Padre Gerardo Cárdenas. Durante la Homilía el Padre Héctor leyó la carta del Padre Alejandro González, M.Sp.S. dirigida a Bernardo, que había llegado el día anterior y él no había leído:

16 de enero de 1991

Querido Bernardo:

Hay personas que ofrecen su vida un día, y son buenas, hay otras que la ofrecen por un tiempo, y son mejores, pero hay quienes viven ofreciendo su vida en sacrificio por muchos, esos son los indispensables.

Esos debes ser tú, no dejes nunca de ofrecer tu vida porque tu vida vale mucho. Hay personas que ofrecen cosas y entregan cosas, y otras ofrecen tiempo, dinero, pero eso pasa. Lo verdaderamente importante es “la vida ofrecida para que otros tengan vida”, la vida que se ofrece en sacrificio por muchos, “Jesús” nos enseñó así... con su sacrificio sigue salvando a través de los siglos.

Pídele a Él el amor del Espíritu para seguir ofreciendo tu vida primeramente por: tus papás, que te enseñaron que el amor es vivir para quien se quiere; por tus hermanos, que te llevan en su sangre y en su corazón; por todos los sacerdotes (especialmente por mí, porque creo profundamente en el valor de tu vida), que mucho necesitamos que alguien ofrezca su vida y su sacrificio, para que nunca nos cansemos de ofrecer el perdón del Señor con misericordia, de alimentar al hombre con la vida de Cristo, y para que aprendamos de Él a renunciar

a nuestra propia vida para que muchos vivan de Su vida.

Sabes, he pensado mucho en el sacerdocio bautismal que Dios te regaló, en donde: tu Altar ha sido siempre tu cama y tu silla de ruedas. El Ofertorio ha consistido en ofrecerte tú mismo, desde tu enfermedad, tu voluntad de luchar siempre, tu paz, tu alegría y tu dolor, tus cualidades y tus miserias... el ofrecer todo en unión con Él. La Consagración, se está realizando, dile en cada Eucaristía lo que yo le digo por ti y por mí: tomad y comed porque ésta es mi vida ofrecida por mucho en unión contigo, por la paz, por la unidad, por el amor y por el perdón...

Le pido siempre a Cristo Sacerdote para que cada día valores más tu sacerdocio bautismal y el valor tan grande de tu vida ofrecida por todos en unión con Él.

Ahora que vaya Monterrey te iré a visitar y a escuchar música juntos. Pídele a Nuestro Señor por todas las intenciones y situaciones que llevo en la mente y en el corazón. Con mi bendición y mi cariño sacerdotal.

Alejandro González Ibarra, M.Sp.S.

P.D. Salúdame a tus papás, Roberto, Nena y Paty, y en general a todos tus hermanos.

La Misa continuó, acompañada por los cantos del coro, y durante la Comunión se escuchaba el “Amén” pronunciado al recibir el Cuerpo de Cristo. El templo estaba cargado de un ambiente de nostalgia. Ya terminada la Comunión, el Padre Gerardo Cárdenas pasó al ámbón, nos pidió tomar asiento y se dirigió a la asamblea:

—Hace ya algunos años, el Padre Roberto era el párroco de ésta iglesia. Yo era seminarista y realizaba aquí mi acción apostólica. La familia Dillon venía los domingos a Misa de doce porque esta era su parroquia y tuve la oportunidad de conocerlos. Entablé una amistad muy cercana con su hijo

Roberto y desde entonces los he visto madurar como personas y como familia. Este momento —continuó—es muy especial para ellos y para los que tuvimos la dicha de conocer a Bernardo. Permítanme expresarles mis sentimientos, en ocasiones Dios comparte con nosotros a personas extraordinarias, como flores originales, se podría decir exóticas, que necesitan atención especial para florecer y dar los frutos que necesitan los que los rodean. Bernardo es una persona muy amada por Dios y le encomendó una misión: enseñarnos a ser pacientes, más comprensivos, más serviciales, en fin que fuéramos mejores personas. Para que Bernardo lograra eso lo llenó de dones y lo cuidó con esmero por medio de todas las personas que siempre lo rodearon de su cariño. Los que estamos en esta celebración es porque en alguna etapa de la vida y de diversas formas coincidimos en la vida de Bernardo y experimentamos el imán que de su persona emanaba, que nos motivaba a ofrecer lo mejor de nosotros mismos para apoyarlo, así el Señor logró, a través de su ‘flor especial’ sacar de nosotros lo óptimo de nuestra persona. Por un tiempo determinado, Dios en su infinita bondad quiso compartir con nosotros a Bernardo y así colmar nuestra vida de belleza, bondad y del aroma que proviene de Dios. Bernardo es el ROSAL AZUL DE DIOS.

El P. Gerardo guardó un momento de silencio. Expectante la asamblea aguardaba sus palabras.

—Ahora es el tiempo favorable de que Bernardo reciba el premio merecido: la plenitud del AMOR PERSONAL DE DIOS...Hoy, Dios se allegó a la tierra y cortó la hermosa flor que siempre le perteneció: SU ROSAL AZUL.

En ese instante Memo y yo cruzamos miradas recordando nuestra conversación de la noche anterior y coincidimos que: Dios no se deja ganar en generosidad.

Salimos de la iglesia entre lágrimas y abrazos de muchísimas personas que nos expresaban su cariño. Aunque la mente y el corazón quisieran congelar el tiempo, eso no es



posible...la vida continúa...el cortejo fúnebre se dirigió hacia el Panteón de Dolores. Tomados del brazo, Bobby y yo nos colocamos detrás del ataúd, empezamos a caminar lentamente sintiendo como si una plancha de acero nos aplastaba en una profunda tristeza, de pronto sentí que ‘alguien’ colocado a mi lado izquierdo pasaba el brazo por encima de mi hombro, entonces en mi cabeza y corazón escuché:

—Mamá, aquí estoy contigo; allí, solamente va mi cuerpo.

Seguimos caminando hasta llegar al lugar en donde se iba a depositar el ataúd. En ese momento, tristemente caí en la cuenta que ningún Sacerdote nos había acompañado para bendecir la tumba o decir alguna oración, pero recordé entonces que yo traía conmigo a Jesús Sacramentado y me dije a mi misma: “el mismísimo Jesús viene con nosotros ¿quién mejor para bendecir el lugar y el momento?”. Este pensamiento llenó mi corazón de muchísimo consuelo.

En la paz del Señor y embargados por un profundo dolor, Bobby y yo tomados del brazo, salimos del cementerio. En ese momento volví la vista al cielo y sin lugar a dudas vi como una figura, como una persona con túnica blanca y el pelo dorado. Imagen imborrable, que para mí era Bernardo que iba al encuentro del Padre Celestial.

EPÍLOGO

Amanece el nuevo día... la cama de hospital, la grúa, el elevador, la silla eléctrica... ni suben ni bajan, tampoco van hacia delante ni en reversa y menos dan la vuelta. Todos los ‘aditamentos’ que días antes se ocupaban constantemente, hoy ya no son necesarios... están quietos; su dueño ya nos los ocupa.

BERNARDO YA ESTÁ CON EL SEÑOR.

Hoy es un día de alegría para revivir y compartir entre nosotros las maravillas que el Señor hizo en Bernardo.

Como en cascada brotan los recuerdos y todos deseamos gozar nuevamente aquellos tiempos de ayer, que hoy hacemos presentes. Familia y amistades nos reunimos noche a noche, después de la Eucaristía, para compartir el pan de la mesa y platicar entre nosotros los recuerdos que celosamente hemos guardado en el corazón y que ahora en nuestros interior gritan que los entreguemos. Serán como gotas de rocío que refrescaran nuestros ojos que aun derraman lágrimas de amor y nostalgia, darán también alivio a nuestros corazones sedientos de escuchar una y mil veces más detalles hermosos de la vida de nuestro amado Bernardo.

Estos recuerdos serán como rayos de arco iris que iluminarán nuestra fe, para que reconozcamos con certidumbre que, en el transcurso de su vida Dios llevó a Bernardo de la mano, y de la mano se lo llevó al cielo.

Durante las celebraciones del triduo de Misas nos sentimos acompañados por muchas personas que nos expresaban su cariño y nos ofrecían su oración. Amistades y familiares, por más de una semana, enviaron a la casa deliciosos platillos que disfrutábamos durante las inolvidables y alegres veladas, como si fuera una torna-boda; por supuesto... era... la torna-boda de Bernardo.

A continuación compartiré algunas cartas y mensajes

que nos llegaron en esos días. Además, narraré algunas de las anécdotas de la vida de Bernardo compartimos durante esos días o que posteriormente nos platicaron.

Carta de P. Mariano Siller Malacara, M.SP.S.

Un sacerdote amigo de la familia nos envió la siguiente carta:

25 de enero de 1991

Van a ser las cinco de la mañana y hace rato me desperté pensando en Bernardo Dillon. Al hacerlo no experimento tristeza, sino un extraño sentimiento de admiración, de gratitud al Señor por esa vida que considero un regalo para su familia, sus amigos y para todos los que en una o en otra forma lo conocimos, puedo decir que también de alegría por constatar la acción del Espíritu Santo en esa alma grande, guardada en el vaso frágil de su cuerpo enfermo. Hoy que el vaso se ha roto creo que su contenido no solo sube como incienso de alabanza al encuentro de su querido Alfarero sino que permanece entre nosotros, como enseñanza y estímulo.

Yo quería comentar para ustedes que el Concilio invita a los laicos a ser “fermento para la santificación de la realidad temporal de la Iglesia y del mundo” y me pregunto ¿cómo ser fermento de santificación en esta Iglesia tan agredida y lastimada por la quiebra de los valores del espíritu, por la división y el desaliento, en este mundo tan convulsionado por guerras y desastres, tan destruido también por el creciente materialismo y un alejamiento de Dios verdaderamente dramático?

La respuesta me la daban dos modelos: pensaba concretamente en Conchita, nuestra Madre en el espíritu, y en la Madre Teresa de Calcuta. Una de ellas, apenas ayer, a través de una vida sencilla de ama de casa que apenas dejaba trasparentar su altísima unión con el Señor por su cariño, su paciencia, su alegría; la otra, hoy mujer admirable por su caridad, por esa entrega a los más pobres que está

cubriendo el mundo con su amor hecho servicio.

Si ustedes me dicen: los ejemplos son lejanos por su altura, les responderé: ahí muy cerca de nosotros, esta Bernardo Dillon, un muchacho por la cruz de la enfermedad limitado y a la vez engrandecido por ella. Desde su silla de ruedas hizo mucho por cambiar la porción de mundo en donde el Señor lo colocó. Lo hizo no sólo y no tanto por su brillante inteligencia, sino con su entusiasmo, con su entereza, con su alegría y, sobre todo, con su amor. Puso en el mundo, en su porción de mundo, eficaces pinceladas de amor.

¿Quieres, como Bernardo, ayudar a renovar la parte de mundo que te ha tocado habitar? Ante todo sonríe, sirve, ama; así continuaras la obra de Aquél que tomó nuestra carne para sufrir como nosotros pero también para sonreír con nosotros, para servirnos y, más que nada, para mostrarnos su amor.

Escrito de Anita Montaña de Segura

Mi hermana el día del funeral antes de regresar a Torreón me entregó este hermoso escrito:

*Bernardo eres como
un arroyito no muy hondo, que llega muy lejos;
una mariposa curiosa y aventurera;
un rayito de sol en un celaje al atardecer;
la sonrisa cándida y confiada de un niño;
la bondad de un anciano;
un corazón fuerte y valeroso;
en el alma la paz del Señor, en tu mirada Dios.*

Hoy conocí a un gran hombre

Una de las noches, Fernando nos platicó que un amigo con el que jugaba básquet se acercó después del funeral y le comentó lo siguiente:

“Hoy en la mañana leí en el periódico la esquela de Bernardo Dillon. Me cuestionaba ¿quién será ‘Bernardo’?, pues conozco a todos tus hermanos en el básquet, pero no sabía quién era el que había fallecido”.

—Yo me había dado cuenta —continuó diciéndonos Fernando— que todo el día estuvo con nosotros: en la funeraria, en la Misa y hasta fue al Panteón. Al final del día cuando le agradecí su presencia me dijo: “En la mañana cuando llegue a las Capillas yo no conocía a tu hermano; sin embargo, por todo lo que escuché, por todo lo que me ha tocado vivir en este día, por el gran respeto que tantas personas tienen para él y tu familia, me digo a mí mismo: ‘hoy conocí a un gran hombre’. Fernando, te felicito por tu hermano, tu cuate y me congratulo a mí mismo por haber vivido esta experiencia que me ha marcado para siempre”.

Rosa Elena Dillon Rico, prima de Bernardo

Bernardo:

Me parece que eres de la más alta estirpe de guerreros espirituales, que libran la batalla contra lo adverso día a día; sin ofrecer resistencia al sufrimiento, sin doblegar su espíritu aceptando todo, para que fluya a través de ti, la voluntad de Dios.

Gracias por todas las lecciones de vida que nos das a todos y por ser un ser humano tan maravilloso.

Con profunda admiración y cariño, tú prima

Palabras de Pepe Revuelta

Una noche después de la Eucaristía llegamos a casa y Pepe Revuelta con algunos de sus hijos nos esperaban para saludarnos antes de regresar a Torreón.

—Pepe —dijo Bobby en cuanto lo vio y con los ojos cuajados de lágrimas se abrazaron los entrañables amigos.

—Bobby —fue lo único que Pepe alcanzó a decir y se volvieron a abrazar.

Nos saludamos con mucho afecto, sus expresiones de cariño y solidaridad llenaron nuestros corazones de paz; pasamos a la sala para compartir entre nosotros el cariño y los alimentos, recordando a nuestro querido hijo. Pepe tomó la palabra:

—Nunca en mi vida he conocido a una persona tan segura de sí misma y tan digna como Bernardo. Durante los días que estuvimos en el Rancho Santa Anita aprecié su privilegiada inteligencia y su carácter afable y humilde. La entereza y naturalidad con las que aceptaba las circunstancias de su vida, me calaron en lo más profundo e incrementaron en mí la gran admiración que siento por él.

En silencio recibimos esta opinión, que viniendo de Pepe Revuelta tiene una sobrecarga de integridad.

Un momento después seguimos entre anécdotas y bromas departiendo por un buen rato; oportunamente, Pepe y su familia se despidieron para continuar su viaje. Los abrazos iban y venían deseándonos lo mejor.

Carta de Rosa Mirtala Chapa de Perales

En esos días recibimos la siguiente carta de una empleada de la oficina del Arq. Marcelo Zambrano.

31 de enero 1991

Familia Dillon Montaña

Presente.-

Estimados señores:

No tengo el gusto de conocerlos, pero sí conocí a Bernardo, q.e.p.d. y es como si los hubiera conocido a ustedes. Yo trabajo en CEMEX y desafortunadamente para mí, no lo traté de cerca, únicamente en el elevador.

Su optimismo, buena disposición y amabilidad me causaron muy buena impresión, por eso repito, qué lastima que no lo trate de cerca, pero estoy en un piso diferente al que él estaba.

Deseo felicitarlos por ese hijo, por ese hermano, por ese ser humano tan maravilloso que ustedes forjaron, y me felicito a mí misma por ese compañero de trabajo. Todo un ejemplo. Estoy segura que el día que Bernardo fue a su encuentro con nuestro Padre Dios hubo gran alegría en el cielo – y todavía la habrá – porque los talentos que Nuestro Señor le dio los utilizó su máximo y aún más.

Les envió Misas para Bernardo, con la certeza de que está feliz en el cielo.

Un abrazo,

Rosa Mirtala Chapa de Perales G.

Ofna. del Arq. Marcelo Zambrano

Regalo de parte de Bernardo

En esos días, Bobby recibió una llamada del Ing. Jesús Organista para decirle que si podía pasar por la tarde a saludar y que había un asunto de la empresa relacionada con Bernardo que quería comentarnos. Estábamos contentos de poderlo saludar, además de aprovechar para que nos platicara alguna novedad de los compañeros de trabajo de Bernardo; pero no entendíamos qué pendiente pudiera haber y nos preocupaba que hubiera algún problema que desconociéramos.

—Adelante Jesús, pasen, ésta es su casa —dijo Bobby en cuanto lo vio llegar acompañado por el Ing. Ignacio López, compañero de trabajo de Bernardo.

—Don Roberto, señora muchas gracias ¡qué gusto volverlos a saludar! —respondió Jesús.

Después de saludarnos pasamos a la sala, donde tomamos café y galletas, mientras departíamos cariñosamente los recuerdos y sentimientos que teníamos de Bernardo.

—En la oficina lo extrañamos muchísimo y su ausencia nos duele tanto que no nos sentimos completos —comentó el Ing. Ignacio— Hemos recordado con nostalgia cómo en los últimos meses en ocasiones la mano se le bajaba del escritorio y él ya no podía levantarla, entonces con mucha sencillez nos pedía que se la subiéramos, para poder seguir trabajando con el mouse. —y añadió— El personal de otros departamentos van a darnos el pésame, y nos platican cómo admiraban a Bernardo cuando lo veían llegar puntualmente todos los días con un ánimo increíble, sonriendo y saludando a todos, sin importar la inclemencia del tiempo.

Ante esto guardamos silencio, con los ojos arrasados en lágrimas y recordamos con una sonrisa lo maravilloso que era nuestro Bernardo.

El Ing. Organista nos dijo entonces que uno de los motivos por el que habían ido a hablar con nosotros era porque CEMEX tenía un pendiente con Bernardo y que ellos en su representación nos lo querían comunicar... Bobby y yo nos vimos sin saber de qué se trataba.

—Queremos entregarles este cheque —continuó Jesús— que es el seguro de vida que Bernardo tenía en la empresa.

Bobby y yo, sorprendidos, nos volvimos a ver sin saber qué contestar. Ni siquiera sabíamos que Bernardo tuviera un seguro de vida. Bobby recibió el sobre. Seguimos compartiendo anécdotas durante un rato y luego se despidieron.

Nos quedamos solos, asombrados y en silencio, subimos a la recámara de Bernardo para abrir el sobre. Nuestra sorpresa fue aún mayor cuando vimos el monto...un sentimiento de profunda gratitud nos invadió hacia Bernardo y a Dios...nunca en toda nuestra vida habíamos tenido en nuestras manos tanto dinero junto. En ese momento sentí un nudo en la garganta y hasta me quedé sin aire...como golpe de gracia vino a mi mente la Palabra de Dios que en situaciones económicas muy difíciles, sobre todo cuando íbamos avanzando en edad, con frecuencia compartía con Bobby:

“Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles;

Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas.

Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde, los que coméis el pan de vuestros sudores, ¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!

La herencia que da el Señor son los hijos; una recompensa es el fruto de las entrañas; son saetas en mano de un guerrero los hijos de la juventud.

Dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba:

No quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza.”

(Salmo 127)

Y ahora este hijo nuestro, que tanto y siempre necesito de nuestra ayuda para salir adelante durante toda su vida, viene de alguna forma a recompensar y a hacer viva y eficaz la Palabra de Dios: **LOS HIJOS DE LA JUVENTUD** llenan nuestra

vida de alegría, bienestar y paz.

Decidimos guardar ese dinero y meditar su mejor uso. Meses después Bobby recibió una compensación muy onerosa por una transacción que había hecho; esa cantidad nos servía de colchón para cualquier eventualidad y liberaba el dinero que Bernardo nos había dejado para usarlo en algo que a él le hubiera gustado que hiciéramos. Después de pensarlo un tiempo decidimos hacer un viaje a España durante 45 días en su honor, puesto que él nos lo había regalado. Bernardo que tanto gozaba los viajes nos acompañó y disfrutó con nosotros el estupendo e inolvidable viaje que realizamos.

Visita de Beto Martínez, primer chofer de Bernardo

Uno de esos días, Beto Martínez fue a saludarnos. Se presentó muy elegante de saco y corbata, pues seguía siendo maestro de computación en el colegio Irlandés. Nos dio mucho gusto verlo de nuevo y la conversación giró en los recuerdos que teníamos de nuestro querido Bernardo. Beto tomó la palabra:

—El viernes pasado acompañé a los del equipo de CEMEX al Indio Azteca pues fue viernes de quincena, entre cheves y lágrimas compartíamos remembranzas de Bernardo. Uno de los meseros fue a la mesa y nos preguntó por él, Nacho con voz quebrada le contestó: “Ya se nos adelantó al cielo”. Entonces el mesero —continuó Beto— fue a llamar a sus compañeros y todos se acercaron a la mesa a saludarnos y darnos el pésame; los invitamos a unirse a nuestra conversación para hacer presente a Bernardo y el Ing. Organista dijo: “Vamos a brindar por él, así que traigan cheves para todos y por supuesto para ustedes también”. En ese momento —recordaba Beto sonriendo entre lágrimas— todos, meseros y parroquianos brindamos: “A LA SALUD DE BERNARDO”.

Visita de Ing. Jesús Organista e Ing. Jorge Garnés

Una noche nos acompañaron a cenar el Ing. Jesús Organista y el Ing. Jorge Garnes, fue una velada maravillosa en familia recordando anécdotas de la vida de Bernardo en el trabajo.

Con una sonrisa en sus labios y un dejo de nostalgia en su mirada el Ing. Jesús nos comparte:

—Bernardo siempre nos acompañaba en eventos sociales, deportivos o cualquier actividad que tuviéramos, nos organizábamos de modo que él nos pudiera acompañar; él era parte de nosotros. Recuerdo que en una ocasión que fuimos de pesca —continúa Jesús— Bernardo estaba en la cabina de una pick-up y sin darnos cuenta su puerta no quedó bien cerrada; él se movió dentro de la camioneta y se recargó en la puerta, ésta se abrió y Bernardo se fue hasta el suelo... aún ahorita —nos confía Jesús— me siento mal al recordar el golpe que se dio. Sin embargo, su reacción fue: “no se preocupen, no me pasó nada, estoy bien”. Cualquiera de nosotros, lo menos que hubiéramos hecho, era soltar un majadería, sin embargo él, se quedó tan tranquilo... unos raspones que le ayudamos a limpiar y para él hasta allí llegó el asunto. No quejas...no reclamamos... no enojos.

El Ing. Jorge Garnes, amigo a quien ayudó con el programa para un hotel de su familia en Autlán, nos platicó que en una ocasión, de otro departamento de la misma empresa, se querían piratear a Bernardo y que hasta le habían ofrecido más sueldo.

—Jesús no me lo creía —sonriendo comentó Jorge.

—Por supuesto que no lo creía —contestó Jesús— yo mismo me decía: “hay cariño, no creo que Bernardo acepte”. Sin embargo, me dio ‘la del indio’ y fui con mi superior y le platiqué lo que estaba sucediendo, por supuesto que se enchiló y me dijo: “Investiga lo que le están ofreciendo y dale lo mismo,

pero a Bernardo no se lo lleva nadie”.

Entre risas y nostalgia recordamos aquellas inolvidables aventuras del diario vivir de Bernardo en el trabajo que nos platicaban con tanta sencillez, como si fuera cualquier cosa. Volvimos a saborear la cálida personalidad de nuestro hijo con estos recuerdos.

El Ing. Jesús también nos compartió:

—Aprovecho para decirles que con gran admiración y respeto hemos comentado entre nosotros la trascendencia laboral de Bernardo que se inició en la empresa haciendo sus Prácticas Profesionales; después fue Analista de Puestos y sin importar su situación física, por su potencial intelectual llegó a la Jefatura de Diseños de Modelos y Programación. En ese puesto creó sistemas de informática para el manejo de bancos de información, esto fue de gran utilidad para la dirección de la empresa y actualmente todavía en uso. Teniendo esto en cuenta les quiero compartir —prosiguió Jesús— asistí a un curso en el que se presentaban Programas de Computación para analizarse. Entre los asistentes se investigaba la capacidad del programa para proporcionar los datos necesarios, el alcance que tenía y el tiempo que necesitaba para dar la información. Yo presenté el Programa que Bernardo había elaborado para CEMEX y estaban impactados de su eficacia y trascendencia. Me hicieron muchas preguntas —Jesús nos explicaba— entre ellas fue: “¿Cuánto tiempo tardó la persona en desarrollar este Programa?”. En lugar de contestar, les regresé la pregunta: ¿Cuánto tiempo creen ustedes? Algunos proponían 6, 4, 2 meses. Casi no me podían creer que Bernardo había tardado solamente 3 semanas en crear e implementar el Programa.

La charla continuó en temas de los sistemas de computación y después de un rato Fernando dijo:

—Quisiera yo también aprovechar este momento para agradecerles el afecto y todo el apoyo que le dieron a Bernardo

durante los ocho años que estuvo trabajando a su lado. Estoy seguro—continuó—que la solicitud que le brindaron fue una motivación muy fuerte para seguir trabajando y esto le prolongó su vida, porque como él me dijo en una ocasión: “el trabajo me brinda un ‘para qué’ vivir”. Él se sentía muy útil y necesario.

—Bernardo se sentía muy querido por todos ustedes —intervino Paty— ocho horas de estar en el trabajo y con la seguridad de que contaba con ustedes en todo momento y para cualquier cosa que se le ofreciera, fue algo muy especial para él y que nosotros siempre estaremos muy agradecidos.

—Bernardo por su simpatía y buen humor se ganaba a la gente —respondió Jesús Organista— con mucha frecuencia nos jugaba unas bromas muy simpáticas y además esperaba el momento oportuno...era muy ingenioso.

Entonces algunos platicaron algunas bromas que recordaban de Bernardo y nos reíamos de buena gana. Entre ellas comentaban que en ocasiones fingía que te iba a atropellar con el AMIGO o la silla de ruedas, pero sonriendo, siempre frenaba a tiempo.

—Recuerdo —comentaba Jorge— que cuando había que pagar algo, te señalaba con la mirada la bolsa en la que él tenía su cartera, para que de allí sacaras lo que a él le correspondía...y con su chispa natural decía: “está contado ¡eh!”

—¡Es cierto! —comentó Memo— sabía todo, no solamente lo de la cartera, cada cajón, cada folder, qué había dentro de cada uno de ellos...y te daba la indicación precisa... yo me quedaba asombrado de la memoria para retener tanto detalle en su memoria.

—En la oficina lo recordamos frecuentemente y su ausencia se siente como un hueco...algo nos falta— continuó Jesús—. Cuando iba de un lugar a otro, elevador o estacionamiento, las personas lo veían con admiración; él le

sonreía a todos y al pasar transmitía alegría y paz —concluyó el Ing. Jesús Organista

Visita de Emilio Frech

Una de esas hermosas noches de la ‘torna-boda’ llegó Emilio Frech, amigo de Bernardo, para convivir con la familia y con las amistades que noche a noche nos reuníamos. Obviamente el tema salió y Emilio nos compartió lo siguiente:

—Bernardo te facilitaba la forma de entablar una relación con él. Cuando no tienes experiencia de tratar con una persona con algún problema de discapacidad, no es fácil...uno no sabe cómo llegarle...cómo tratarlo. Piensa uno: “que no se sienta mal” y a veces, uno es el que se está sintiendo mal. Bernardo te facilitaba mucho esas cosas; él no daba lugar de que uno se mortificara de cómo tratarlo, siempre te hacía sentir bien.

—Nunca se le dio el trato de un enfermo —intervino Chuy— siempre se le dio el trato como a cualquiera de los demás hermanos y así fue toda la vida. Cuando uno le ayudaba para levantarse siempre veías ese ánimo de “LISTOS”, que para mí siempre ha sido una parte muy importante de cómo una persona, en esa situación, logra vencerse, cómo logra imponerse al sacrificio y le da fuerza para vivir. Conste...lo tenías que levantar en la mañana y él era el que te motivaba a levantarte y a hacer las cosas.

—Siempre me di cuenta —comentó Paty— que nunca pedía nada que realmente no necesitara, y fuera lo que fuera siempre, siempre, daba las gracias.

—Él nunca nos lo dijo pero —Chuy prosiguió con admiración— Bernardo estaba muy consciente de su situación, más nunca demostró tristeza o estar en una posición de: ¿por que a mí? o en contra de...Todos los días hacía siempre lo mejor y las cosas diarias las hacía extraordinariamente bien.

—Creo que todos en la familia estamos de acuerdo —con sencillez y autoridad participó Fernando— que Bernardo era el que nos llevaba. Físicamente nosotros lo llevábamos en la silla, sin embargo, con la unión y el cariño que nos tenemos fue él quien empujó todo eso a través de su silencio. Él no tenía que decir nada, nada más con vivir, con ser como era —y concluyó— siempre he dicho: las cosas que Bernardo hacía eran extraordinarias, pero Bernardo las hacía ver como ordinarias.

Palabras de maestro de la UDEM

—Un día que fui al banco —comenta Fernando— mientras esperaba mi turno entable conversación con la persona que estaba sentada a mi lado; al presentarnos me comentó que él había sido maestro de Bernardo cuando hizo su Maestría en la UDEM. Y me platicó lo siguiente:

“En esa época yo trabajaba en México, D.F., toda la semana y me venía los viernes en la tarde para llegar puntual a una clase que daba en la Universidad. Ya te imaginas el tráfico a esa hora para llegar al aeropuerto. Muchísimas veces sentía la tentación de quedarme en la ciudad y volar al día siguiente. Pero pensar que Bernardo estaba en el salón de clases...esperándome, era lo que me motivaba a regresar para cumplir con él, como él lo hacía conmigo, con su asistencia y puntualidad.

Plática entre Fernando y el Ing. Lorenzo Zambrano

Fernando relata lo siguiente:

“Unos años después de que falleció Bernardo fuimos a Misa para conmemorar su aniversario. En la Iglesia estaba el Ing. Lorenzo Zambrano porque unos días antes había fallecido su Mamá. Al terminar la celebración fui a darle el pésame y aproveché para agradecerle todo el tiempo que Bernardo había

estado laborando en CEMEX.

—Ing. Zambrano —le dije— soy Fernando Dillon, hermano de Bernardo, no sé si se acuerda que él trabajó en su empresa y le quiero agradecer la oportunidad que le dieron de trabajar esos años. Él siempre estuvo muy contento en la empresa y se vivía como parte de ella.

—Por supuesto que me acuerdo de Bernardo —me contestó— y vaya que lo apreciamos y lo extrañamos. El Programa que él elaboró todavía lo estamos usando y ahora necesitamos contratar a tres personas para que lo saquen adelante y Bernardo lo hacía él solo. Para CEMEX fue un honor contar con Bernardo.

—Muchas gracias Don Lorenzo, una vez más le agradezco su amabilidad, solidaridad y el apoyo personal que siempre le dio a mi hermano Bernardo.

Día de la Asunción de María

En aquel tiempo, fui a Misa y coincidió que era día de la Asunción de la Santísima Virgen, cuando ella subió al cielo en cuerpo y alma. El sacerdote desde su alma y con el corazón nos entregó el hermoso mensaje de que el día del juicio final todos experimentaremos esta misma bendición: resucitar a la nueva vida con un cuerpo glorificado.

En ese momento sus palabras hicieron eco en mí y percibí que el Señor me regaló experimentar en mi mente y corazón la virtud de la Esperanza. Claramente como un día de sol, en mi imaginación visualice a Bernardo corriendo hacia mí y abrazarme con todas sus fuerzas. SÍ CORRIENDO HACIA MÍ. Jamás silla de ruedas, jamás necesidad de que nadie le ayude, él caminará como un príncipe en medio de sus hermanos y yo lo veré con mis propios ojos. Para mí ha sido una gracia muy grande y el mayor consuelo que el Señor me ha dado en la vida, experimentar el don de la ESPERANZA.

Palabras de Bobby sobre Bernardo

SE DEJÓ LLEVAR DE LA MANO DE DIOS.

Bobby en todo momento fue un padre orgulloso de Bernardo, a continuación comparto unas frases que expresan su sentir sobre nuestro amado hijo:

—Bernardo vino a ser un regalo de Dios para la familia

—Humanamente, lo que Bernardo logró en la vida, no se puede explicar.

—Estoy convencido de que Bernardo fue dócil y quiero dejar muy claro, porque así es como lo siento y así es como lo he vivido: **Bernardo fue dócil a la gracia de Dios, se dejó llevar de la mano de Dios.**

—Creo que estarán de acuerdo conmigo, **Bernardo nos**

enseñaba a Dios; toda la fortaleza de esta familia, mía propia, la templanza que vivimos es porque nos nutríamos de Bernardo.

—Cuando necesitábamos fortaleza recurriamos a Bernardo y de allí tomábamos, nos nutríamos.

—Bernardo era como un pararrayos familiar, él era quien atraía y alcanzaba las gracias para toda la familia.

QUÉ MILAGRO MORIRSE CON EL ALMA ENCENDIDA

TESTIMONIOS

Al terminar este escrito, 30 años después de que Bernardo ya está con el Señor, invité a la familia a compartir algo sobre Bernardo.

Fernando Dillon Montaña

Bernardo nació como un desperfecto de la naturaleza... una falla.

Desde el punto de vista humano, algo no buscado.....todo lo contrario a lo esperado.

Sin embargo, este “desperfecto” de la naturaleza, por razones sublimes vino a traer la perfección en la persona, se convirtió en la persona buscada, en la persona requerida, en la persona amada.

Este “desperfecto”, generó actitudes y desarrolló cualidades en los demás que, bajo el contexto de una naturaleza perfecta, no se habrían desarrollado y sobre todo de la forma tan natural en que éstas se engrandecieron.

Me tocó compartir el seno materno con él y también sentir el último latido de su corazón en mi mano puesta sobre su pecho al morir, esto siempre lo he sentido como una gran bendición. Le doy gracias a Dios por haber sido el cua te de Bernardo, una situación que siempre he interpretado como especial, Dios me concedió esa gracia.

El haber vivido tan de cerca y tan íntimamente con Bernardo, me impidió, en su momento, maravillarme de las cosas que hacía que para mí eran de lo más normal: sus calificaciones, su entrega, su entereza, su paciencia, su inteligencia, su sabio consejo, en fin un número interminable de virtudes que, desde su silla de ruedas, ponía el ejemplo y al servicio de todos los que lo rodeamos, me acostumbré a ver en ese ser, falla de la naturaleza...la perfección, por lo mismo, todavía hoy me es difícil hablar de lo maravilloso que fue la vida de Bernardo. Él hacía cosas extraordinarias de una manera ordinaria.

Fue mi compañero de vida, yo empujaba su silla de ruedas, pero realmente él era quien me iba llevando y no solo a mí, sino a todas aquellas personas que fueron tocadas por él.

Me imagino para mis Papás lo doloroso que ha de haber sido al enterarse de la situación de Bernardo cuando era todavía un niño, sin embargo nunca mostraron una pena, o angustia alguna, aceptaron la situación y sacaron lo mejor de ella. Nos ayudaron mucho al ver a Bernardo como una persona normal, no había más; ni consideraciones o apapachos especiales, fue uno más de la familia. Le doy gracias a mis Padres por ello y estoy seguro que Bernardo, en su momento agradeció esto mismo.

Gracias Bernardo por haber sido parte de mi vida y ayudarme a ser la persona que soy.

Martha Páez de Dillon

Admiro de muchas formas la fortaleza de Bernardo, una de ellas fue en su trabajo en Cementos Mexicanos. No dejó de trabajar hasta el último día, hasta que su cuerpo dijo “ya no puedo más”. Compartimos un tiempo trabajando para la misma empresa y recuerdo cuando me acerque a su departamento para pedirle ayuda en aspectos de computación. Él, siempre con su sonrisa, me explicó cómo usar esos programas que yo necesitaba manejar para mi departamento. Vi cómo le ayudaban sus compañeros de departamento en colocar sus manos en el teclado de la computadora... y cómo él con su paz y tranquilidad que siempre mostraba, pedía ayuda. Muy conmovedor el ver el esfuerzo que hacía y nada lo frenaba para seguir trabajando. Sus compañeros lo querían mucho y se sentía ese amor para ayudarlo en lo que fuera. Su trabajo fue un gran pilar en su vida, para seguir luchando en vivir lo más feliz y en la plenitud, como lo hizo hasta el final. Bernardo es un gran ejemplo a seguir por todos los esfuerzos que hizo hasta el último día que Dios le regaló. Una gran lección para todos, para seguir luchando en nuestros caminos hasta el final, aún con limitaciones como él lo hizo.

¡¡¡Te extrañamos Bernardo!!!

Pero ya estás gozando ese cielo en el que tanto merecías estar.

Jesús María Mendoza Oyarzábal

Carta a Bernardo

Hola, Bernardo.

¿Cómo estás en la casa de Dios nuestro Padre?

Al igual que tú lo hiciste, le estamos echando ganas, tu hermana Magdalena y yo, y toda la familia, para un día estar junto a ti, gozando de la vida de Dios en el cielo.

Te escribo para darte las gracias por lo que me regalaste durante tu paso por esta vida terrena.

Jesús nos dijo:

“Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados por sus cargas, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana.” Mt 11, 28-30

Bernardo, tú me regalaste con tu ejemplo, que si es posible hacer esto que nos pidió Jesús. Tú lo hiciste:

“Vengan a mí...”

Tú te acercabas a Jesús de una manera, la más de las veces, imperceptible. Lo hacías de una manera visible cuando ibas a misa a cantarle con el coro del que formabas parte.

“...los que están cansados y agobiados por sus cargas, y yo los aliviaré...”

Cargaste con tu distrofia, y lo hiciste sin quejarte. Generabas y disponías de una gran energía como el más sano de los sanos, para realizar tus actividades de cada día. Lo hacías en casa con tus papás y hermanos, en tu trabajo con tus jefes y compañeros, y con cada uno de tus amigos. Te veía a ti y me quedaba sorprendido con esa actitud de fortaleza que te distinguía.

Ahora, traigo a mi memoria tu disposición de fortaleza, y siento cómo me cargas de tu energía. Muchas gracias, Bernardo.

“...Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón...”

Tu PACIENCIA me impresionaba. En lugar de transmitirnos ansiedad, nos regalabas tu tranquilidad, tu paz interior. Recuerdo la frase: “Paciencia ante la impertinencia”. Cuando querías que algo se cambiara, se realizara, con tu mirada te dirigías a tu papá, mamá, hermanos, compañeros, amigos, a mí, y de una manera tranquila, nos pedías tu apoyo, mismo que de inmediato te lo dábamos. Dios te dotó de una gran INTELIGENCIA EMOCIONAL: controlabas tus emociones, eras consciente de ellas y de las emociones de las personas con quienes convivías y trabajabas. Te auto motivabas y con tu ejemplo nos motivabas a todos. Eras empático y sociable, sin hacer alardes. Hacías muy buen equipo con todos en la familia y con tus compañeros de trabajo. También, Dios te dio una INTELIGENCIA RACIONAL extraordinaria: se te facilitaba el cálculo, eras estratega jugando al ajedrez, diseñaste sistemas durante tu paso por CEMEX que resultaron altamente eficaces para el presidente del consejo y director general, para toda la empresa, y para los clientes y proveedores. Lo más admirable es que todos tus servicios los hacías con HUMILDAD de corazón, sin andar presumiendo.

“...y sus almas encontrarán descanso. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana.”

En tus ratos y días de descanso gozabas leyendo. En esto nos entendíamos muy bien tú y yo. Tú me prestabas tus libros y yo los míos. También te distraías y te emocionabas viendo el beisbol, siguiendo cada temporada a los Yanquis, tu equipo favorito. De ves en cuando ibas al cine. Tuve la dicha de invitarte y llevarte algunas veces, a ver películas de espionaje. Te ocupabas aprendiendo de historia y geografía, en lo que eras un experto. Ibas de pesca con tu papá y hermanos, y también con tus amigos. Viajabas con la

familia. Aprovechabas muy bien tus tiempos de DESCANSO. Hacías, con tu actitud, que fuera TU YUGO SUAVE Y TU CARGALIGERA.

Bernardo, muchas gracias por este gran regalo: mostrarme que sí es posible vivir como nos invitó Jesús a vivir, y de esta forma: amar, como ÉL nos amó.

Un abrazo, cuñado.

Magdalena Dillon de Mendoza

Bernardo, estás presente en nosotros desde siempre, éramos tus piernas, éramos tus pies, éramos tus brazos, éramos tus manos...

Tú nos enseñaste con dulzura, con paciencia, tolerándonos, esperando siempre lo mejor de tus hermanos, tus papás y tus amigos.

Vimos tu esfuerzo diario, tomar el toro por los cuernos y darle para adelante, el sí se puede. Aunque muchas de las cosas estaban en tu contra, nos enseñaste a quitar nuestro egoísmo, a dar sirviendo, especialmente al débil, que fuéramos unidad.

Cuando lo recuerdo, se me llena el corazón de fuerza, la voluntad se me multiplica.

Al pensar en él, se me dibuja una sonrisa en la cara.

El y yo casi no hablábamos, porque nos entendíamos en el silencio, sabía perfectamente qué necesitaba, no teníamos que hablar. Todos descubríamos su necesidad y descubríamos nuestra fortaleza de servir.

Gracias Señor porque conocí a Bernardo, porque viví con él, porque fui sus brazos y sus piernas, gracias por mi familia, y por toda la gente que nos acompañó en este tiempo de dicha, en el que lo tuvimos entre nosotros.

Te quiero Bernardo, te quiero.

Roberto Dillon Montaña

Bernardo: el Héroe de la Paciencia y Abandono en Dios.

Voltear a ver a Bernardo es voltear a ver la Paciencia, cuando dudamos la fuerza que Dios puede depositar en nosotros, Bernardo nos da un ejemplo de lo que Dios es capaz de hacer al abandonarnos a su voluntad, fuerzas inimaginables se producen dentro de los Corazones. Dentro de esa PACIENCIA se gesta la Sabiduría.

Esa fuente de sabiduría divina nos fue transmitida a la Familia de forma “inconsciente” por voluntad divina, sin merecerlo, se desarrolló desde la silla de mi hermano Bernardo.

Por Bernardo, nuestra familia ha servido de apoyo y soporte para muchas otras familias que han recibido de él beneficios de índole divino que generan Paz, que es lo que vino Jesús a regalarnos.

De manera humilde y sin colgarse ninguna medalla, es importante reconocer la trascendencia de la presencia de Dios en Bernardo y la trasmisión que hizo a la familia Dillon Montaña y sus beneficios. Encuentro hoy en mi camino muchas amistades que me comentan cómo mis hermanos los han ayudado de una manera digamos “especial”...diferente..., en un sentido Espiritual, siempre reconociendo un “algo” que llega a lo hondo del corazón y deja huella. No porque mis hermanos lo buscaran sino por el toque divino de Dios y el “Contagio de Sabiduría” que dejó Bernardo en nosotros.

En especial me ha tocado vivir con Tere, mi esposa, muchos momentos increíbles de su crecimiento como persona, pero el más impactante es el que ha tenido en la atención a las personas adultas mayores. Sus logros y avances que han sido de mucho beneficio para las familias y para la comunidad en general. Ella relata, sin yo buscarlo, cómo le fui transmitiendo muchos valores (inconscientes de mi parte) como la empatía, entendimiento al desvalido y enfermo, a leer el corazón del que necesita de un apoyo, etc. Es importante puntualizar que estos

valores no se quedan en el plano humano sino que trascienden en el plano divino, ya que dejan una huella diferente en el que los recibe, insisto...es un regalo que Dios nos hizo a la FAMILIA a través de Bernardo.

Sin duda debe haber el conjunto de muchos valores sembrados en nuestros corazones por parte de nuestros ancestros ganados a base de esfuerzo y amor al prójimo.

Pero ese sabor divino que se impregna en las personas que reciben una ayuda especial de la Familia Dillon Montaña no me queda la menor duda que, “es el regalo que Dios hizo a Bernardo para que desde su postración tuviera una FAMILIA tan grande como las estrellas del Cielo”.

Tere Villarreal de Dillon

Para mí, haber vivido con Bernardo y estar casada con Roberto su hermano, fue y sigue siendo de mucha bendición y riqueza.

Me tocó cuidar a mi madre con la enfermedad de la demencia por trece años. Mi esposo, Roberto, a través de su experiencia vivida con Bernardo, me dio los mejores consejos para atenderla con dignidad, cariño y respeto, entender y aceptar la enfermedad, encontrarle un sentido de trascendencia y como punto importante, descubrí el valor de la empatía en todo el proceso de la enfermedad de mi madre. Se dice fácil, pero cuando se está viviendo, es una situación muy desgastante. Roberto me explicaba con paciencia y ternura muchas cosas que experimentó a través del cuidado de su hermano Bernardo.

Todo aprendizaje me ha servido tanto, que al pasar de los años y siendo presidenta de la Asociación Alzheimer de Monterrey a partir del 2010 hasta la fecha, esas enseñanzas me siguen sirviendo para compartir con otras familias que están viviendo el mismo proceso y se asombran cuando les comparto que fue una riqueza que nos dejó nuestro querido Bernardo a través de su enfermedad.

Gracias Bernardo, por todo y por tanto aprendizaje que sigue trascendiendo a través de los años. Gracias por tu vida y entrega incondicional, por tu paciencia con todos nosotros, por tanto que nos diste a tu familia.

Chuy Dillon Montaña

El 22 de enero de 1991, fecha histórica que dejó huella en los que tuvimos el honor de conocer y disfrutar a Bernardo, mi hermano mayor. Él es mi pilar y mi ejemplo a seguir porque aprendí de él sus grandes fortalezas: su amor por la vida y su fe en Dios. Aunque su capacidad física disminuía día con día, su capacidad mental y fortaleza espiritual crecían a pasos agigantados. Era una persona muy culta que leía de todo, apreciaba mucho la música, el ajedrez, la familia, los amigos y una de sus más grandes satisfacciones fue viajar.

Quiero compartir algunas anécdotas de Bernardo posteriores a su partida que son para mí las más importantes.

Durante el funeral me impactó ver hincado a mi amigo y compañero Jaime Elizondo Chapa que entre lágrimas se despedía de su gran amigo y compañero de trabajo; a su hijo mayor le puso Bernardo, en memoria de mi hermano.

Una noche, después de la partida de Bernardo me desperté pensando mucho en todo lo que disfrutábamos juntos y en todas sus enseñanzas; realmente sentía su presencia; entre risas y lágrimas recordaba las bromas que trataba de hacerle y que casi nunca lograba. De repente, de la nada, el marco que estaba empotrado del clima se vino abajo produciendo semejante ruido que despertó a Laura. Para mí, fue como una señal de que se estaba despidiendo y que de alguna manera me estaba transmitiendo que todo estaba bien y que estaba gozando la presencia de Dios. Capaz que le dijo a Dios: “déjame pegarle un susto a mi hermano”; la verdad, tenía muy buenas bromas. ¡JAJA!

Tengo tres hijos y tuve la fortuna de Bautizar al segundo con el nombre de Bernardo. Me siento muy orgulloso de que se llame como él y de alguna manera al ver a mi hijo crecer, estudiar y hacer deporte me llena de mucha satisfacción, en él veo a Bernardo reflejado. Mi hijo se siente muy contento de llamarse como su tío porque en muchas ocasiones, cuando la gente lo

conoce, le platican de mi hermano y le da gran satisfacción escuchar todas las cosas buenas que su tío Bernardo sembró.

En el 2010 recién había comenzado a trabajar en Banregio tuvimos un evento de 1,000 personas (empleados y directivos) en el Centro Convex. Llevaron un invitado especial que había perdido las piernas en un accidente bajando de un tren y que usaba prótesis. Durante la charla platicó de cómo se tuvo que superar para salir adelante; todo el tiempo mi pensamiento era Bernardo. Al terminar la plática Manuel Rivero Santos, director general del banco, subió al pódium me vio y sin decir más me dijo: “puedes pasar a platicar tu experiencia”. Subí al estrado y empecé a platicar de la vida de mi hermano Bernardo; en un momento me quebré y se me salieron lágrimas de emoción; fue para mí un momento muy importante porque tuve la oportunidad de transmitir el ejemplo de fortaleza, fe y amor por la vida, que mi Hermano me legó.

A mis 53 años, en el 2015 tomé la decisión de correr el Maratón de Monterrey; la prueba máxima en el atletismo. Durante un año me preparé de lo mejor, mande hacer una camisa muy especial con el nombre de Bernardo y lo invité a correr conmigo. El día del Maratón comencé muy bien y a la mitad de la prueba me detuve a aflojar las piernas, de pronto me dio un dolor muy agudo en la rodilla derecha que me impidió correr en forma continua; así que en tramos caminaba y en tramos corría. Durante la carrera experimente de todo: dolor, felicidad, esperanza, y en el kilómetro 25 tuve la dicha de encontrarme con mis padres y darles un gran abrazo. Seguí corriendo y caminando con el dolor agudo en la rodilla. Al llegar al kilómetro 40, Bernardo se me vino a la mente y empecé a pensar mucho en él; de pronto empecé a correr, correr y correr y el dolor de la rodilla se me quitó y esos dos últimos kilómetros fueron mis mejores tiempos de todo el maratón. Como que Bernardo me dijo: “ya no te quejes...me invitaste a correr...pues vamos a cerrar con todo hasta llegar a la meta”.

En el 2020 tome la decisión de nadar la Ruta del Arrecife en Puerto Morelos, Cancún. Esta competencia es un nado de 5

kilómetros en mar abierto; también invité a Bernardo para que me acompañara. Cada kilómetro lo fui dedicando a mi familia: mi esposa, mi padre, Pablo Ferrara y el último se lo dediqué a Bernardo. Confieso que fue el kilómetro más pesado porque la marea y el aire estaban en contra y las olas cada vez más grandes provocaban que uno perdiera el rumbo hacia donde nadar. Nuevamente sentí la presencia de Bernardo que iba a mi lado nadando hombro con hombro apoyándome en el final de la competencia.

Bernardo fue y ha sido mi inspiración en la vida; estoy muy orgulloso de haber tenido la oportunidad de crecer con él y aprender mucho de él. Bernardo nos dio fortaleza, temple, capacidad de aguantar y siempre luchar por lo que uno quiere y anhela. Con él no había términos medios, hacia todo con mucho gusto buscando siempre la perfección; su inteligencia y su amor a la vida le permitían siempre lograr lo que se proponía desde una silla de ruedas. Su físico se fue acabando pero su inteligencia se elevó a otra dimensión.

Fuerte abrazo hasta el cielo Bro.

Laura Garza de Dillon

Una anécdota que recuerdo de Bernardo, mi cuñado, fue del día en el que Chuy me dio el anillo de compromiso. Estábamos en una comida familiar en su casa y él lo había escondido en una rosa en el jardín. Después cuando entramos a la casa todos nos felicitaban y me decían que qué bonito mi anillo. Yo estaba muy feliz y me acerqué con Bernardo a enseñarle el anillo y le dije: “¡Mira qué bonito está!”. Él me contestó: “Sí está muy bonito, pero más aún es lo que representa y significa para ustedes dos que podrán formar una familia”. Me quedé muda y me hizo reflexionar en que quizá él también tenía esa ilusión de formar una familia y en que nosotros debíamos valorar esa bendición. Así que, cada vez que veo una entrega de anillo me viene a la mente el recuerdo de las palabras de Bernardo.

Mónica Ortiz de Dillon

Conocí a Bernardo en enero de 1990, justo un año antes de su entrada en el cielo, pues en ese tiempo empecé mi noviazgo con Memo. Me llamaba mucho la atención cómo todos sus hermanos se llevaban con él y cómo, a pesar de su padecimiento, él era tratado como uno más de la familia. Nunca lo vi quejarse, ni de mal humor, y me impactaba lo mucho que leía y sabía de música. Pero creo que lo que más se me ha quedado grabado es la paz y tranquilidad que se vivía en las capillas y en la misa el día que falleció. Fue la primera vez que yo asistía a un sepelio en donde se sentía tristeza, sí, pero también una gran paz y alegría; con esto pude comprobar el dicho que había escuchado muchas veces “como vives, mueres” y eso creo que fue la lección más grande que Bernardo me dejó.

Gracias Bernardo tu paso por mi vida fue muy corto, pero tu enseñanza muy grande.

Memo Dillon Montaña

No tengo la menor duda que Bernardo vivió una vida plena en función a sus circunstancias físicas, de la forma más ordinaria, natural y discreta posible. Y sin quejarse jamás de nada, sin aprovechar su situación para beneficio alguno y sin buscar llamar la atención.

Lo más sobresaliente de Bernardo fue lo ordinario de su vida, el sello heroico que puso en lo ordinario de su vida. Convirtiendo así su vida en una extraordinaria vida ordinaria.

Mis mejores recuerdos de él están precisamente en lo más cotidiana de la vida, las rutinas de la jornada diaria, el compartir la mesa juntos, su rincón de música y lectura al regresar del trabajo, ir juntos al cine y comer hot-dogs, ver deportes los fines de semana en la tele y los viajes en familia.

Al estar con él se sentía y respiraba siempre un ambiente de paz, serenidad y alegría, y una sensación de “hogar” indescriptible.

Como en algún momento escuché a Papá al referirse a Bernardo, yo también creo que una vida vivida en plenitud nutre y fortalece a todas las personas a su alrededor. Así, todos nos nutrimos y fortalecimos de Bernardo al tenerlo cerca en nuestras vidas.

Para los que vivimos con él o le conocimos, ojalá seamos capaces de reflejar aunque sea parcialmente, y con nuestras limitaciones, aquella enorme riqueza y fortaleza que recibimos de Bernardo en nuestras vidas.

Para todos los que son parte de esta familia, o cercanos y sensibles a esta historia, que no le conocieron, ojalá puedan apreciar y valorar la riqueza y plenitud de la extraordinaria vida ordinaria de Bernardo, el impacto tan profundo y positivo que tuvo en las vidas de los que vivimos con él y le conocimos.

Esta historia no empezó con Bernardo ni terminó con Bernardo, empezó hace ya muchos años, la vimos de cerca en la vida de Bernardo y continúa ahora en nosotros en la medida

en que nos decidamos y esforcemos en vivir a plenitud nuestra vida.

Gracias a Dios por la bendición de haber tenido a Bernardo en nuestras vidas.

A casi 30 años de la partida de Bernardo al cielo...

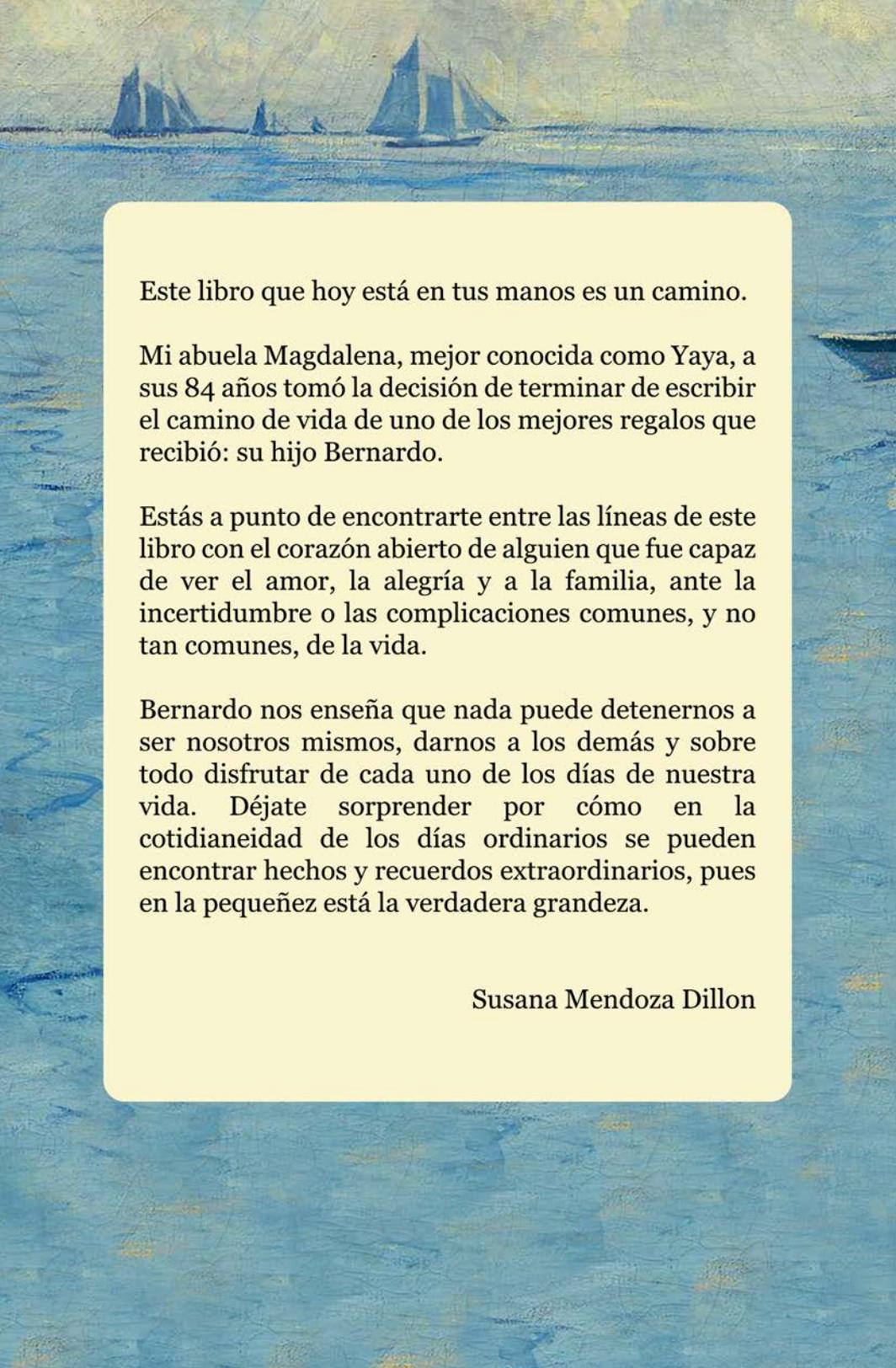
*“Bendice, alma mía, al Señor; y todo mi ser su Santo Nombre,
bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.*

*Él perdona todas tus culpas y te colma de gracia y de
ternura; Él sacia de bienes tus anhelos, y como águila se
renueva tu juventud.*

*Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el
Señor ternura por sus fieles, porque Él sabe de qué estamos
hechos, se acuerda de que somos barro.*

*Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen
como flor del campo, que el viento la roza y ya no existe, su
terreno no volverá a verla, pero la misericordia del Señor
dura siempre, su justicia pasa de hijos a nietos; para los que
guardan la alianza y recitan cumplen sus mandatos.”*

(Salmo 102)



Este libro que hoy está en tus manos es un camino.

Mi abuela Magdalena, mejor conocida como Yaya, a sus 84 años tomó la decisión de terminar de escribir el camino de vida de uno de los mejores regalos que recibió: su hijo Bernardo.

Estás a punto de encontrarte entre las líneas de este libro con el corazón abierto de alguien que fue capaz de ver el amor, la alegría y a la familia, ante la incertidumbre o las complicaciones comunes, y no tan comunes, de la vida.

Bernardo nos enseña que nada puede detenernos a ser nosotros mismos, darnos a los demás y sobre todo disfrutar de cada uno de los días de nuestra vida. Déjate sorprender por cómo en la cotidianeidad de los días ordinarios se pueden encontrar hechos y recuerdos extraordinarios, pues en la pequeñez está la verdadera grandeza.

Susana Mendoza Dillon